

24/1

M A R T H A R O B L E S .

ENTRE EL PODER Y LAS LETRAS:

VASCONCELOS EN SUS MEMORIAS.



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESTUDIOS SUPERIORES

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

MTRD. LETRAS (LIT. ESPAÑOLA)

Letras Hispánicas/División de Estudios Superiores.

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Junio de 1988.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	4
I. Hacia el nuevo humanismo	13
II. La caída de Carranza	48
III. El poder de la pluma	91
IV. El riesgo de la pasión	151
V. Epílogo	198
Conclusiones	206
Apéndice I	218
Apéndice II	229
Apéndice III	236
Notas	238
Bibliografía	253

INTRODUCCIÓN.

José Vasconcelos (1882-1959) fue un hombre de dos tiempos históricos: el del fin del porfiriato y el del inicio de la Revolución Mexicana. El primero se formó en los principios del positivismo y en las costumbres de la clase media que su generación expresó en evocaciones paternas: nostalgia provinciana y apego a los valores que entraron en conflicto con la ruptura revolucionaria.

El segundo es contrastante: comienza con el ascenso de Madero y su complejidad crece con los cambios políticos del país. Sin abandonar el ímpetu del joven ateneísta, Vasconcelos -ya maduro- habría de conferirse en símbolo del tiempo sin retorno en el México moderno.

Las horas de confusión armada y de luchas por el poder son propicias para el surgimiento de líderes mesiánicos. Por sobre la tolvenera y la fiesta de las balas que tanto que decir dieran al muralismo y al expresionismo literario, se agitaban la emoción moral, el sentimiento religioso y un fenómeno peculiar que anudaba el cauce de la incertidumbre católica/conservadora y la de una oposición ostensible al dominio militar: el martirologio cívico, mezcla de repulsa exacerbada y de fanatismo religioso que habría de manifestarse, primero, en los acontecimientos de la Guerra Cristera y, después, en un retorno al mesianismo ya precisado en luchas políticas y electorales, como la cruzada de 1929 por José Vasconcelos.

Si la Bola dejaba su secuela de caudillos y matones, la "santidad" fomentada con aliento porfiriano creaba sus figuras redentoras: primero fue el Vasconcelos educador; luego, conforme avanzaba la oposición a los gobiernos militares, Daniel Flores, quien desfigurara de un balazo el rostro del Presidente Pascual Ortiz Rubio el día mismo de su toma de posesión (febrero 5 de 1930). Aparecieron vates, sufridores y patriotas inmaculados como el "lúcido gafa de la rebelión cristera", escritor y miembro de la A.C.J.M., Anacleto González Flores (1905-1926) para oponerse, con propaganda doctrinaria y espíritu de inmolación cristiana, al dominio opresor y al mundo de la revolución reducido a víctimas y verdugos.

Perdidas las fronteras entre ilegalidad y fe religiosa, en México se mezclaron los lenguajes de la Constitución Política, los del asalto al poder, el mesiánico al modo laico de Vasconcelos y el radical -por implacable y violento-, que se vinculaba al fanatismo cristero. León Toral asesinó a Álvaro Obregón (julio 17 de 1928) convencido de su misión providencial. En *La flama*, al escribir una semblanza de este héroe de la hora, José Vasconcelos habría de llamarlo "el Abel mexicano... defensor de las buenas costumbres"; de valentía ponderada, reconocido patriota entre los ultra conservadores y también conferido en santón por opositor fue el ingeniero Luis Segura Vilchis, fusilado por atentar contra la vida del general Obregón, el 13 de noviembre de 1927, con el célebre estallido de dinamita en el Bosque de Chapultepec, del que el Caudillo saldría ileso. El padre Pro, su hermano Humberto y la

Madre Conchita, cerrarían el capítulo de las vidas ejemplares que desafiaron el poder del Caudillo.

La campaña presidencial de José Vasconcelos (1928-9) inicia otra etapa mesiánica cargada de mártires. Plutarco Elías Calles protagoniza al tirano y el "Partido Oficial", como llamaran al recién creado Partido Nacional Revolucionario, significa "la conversión de la dictadura personal en dictadura de camarilla". Del vasconcelismo surgen nombres como el de Germán de Campo (1904-1929); a diferencia de los jóvenes que lucharon por la religión, éstos "anhelaban conquistar la libertad política". Arrojado por el nuevo idealismo y símbolo del espíritu rebelde de quienes se reunían en torno del Centro Vasconcelista, Germán de Campo iniciaba el martirologio electoral que habría de terminar, de una parte, en la bárbara matanza de Huitzilac y, de otra, en la transformación personal de José Vasconcelos, después de la derrota de 1929.

El autor de memorias, el hombre que evoca el pasado a través de páginas exacerbadas. De pluma rápida, adjetivo pronto y decidido a expresar "su verdad", Vasconcelos se convierte en líder o ideólogo de la derecha en México y a través de juicios condenatorios, asume el signo del Ángel exterminador, el del profeta y el de juez de la historia de una revolución que, durante los últimos años de su vida, no sólo lo había olvidado como protagonista de embates éticos del pasado inmediato, sino que aquella revolución se había ignorado a sí misma: en 1959, cuando muere Vasconcelos, México ya contaba con algunas experiencias

contrarrevolucionarias que transformaban la circunstancia política nacional, en pleno ascenso del capitalismo.

Vasconcelos es el último de los santos civiles del proceso revolucionario. A través de sus páginas autobiográficas se advierte cómo recreó el legado formativo de su espíritu porfirista -moral materna, religiosidad, obediencia a la autoridad, recelo ante el padre y la burla como herramienta crítica- en capítulos memorables de *Ulises criollo*, la mejor obra literaria de sus memorias. Las páginas finales de este primer título de los cinco que integran su autobiografía, son el testimonio de su ruptura con el mundo presidido por Don Porfirio.

Ulises criollo es una obra de rencor en contra de Venustiano Carranza. El odio determina sus juicios políticos. En la última hoja de *Ulises*, entre el caos de la "decena trágica", el temor de Pani y la cita de Coleridge: *Till my ghastly tale is told; / This heart within me burns*", Vasconcelos describe su tormenta en confesiones abiertas de su vida y de su tiempo; trama singular de todas las autobiografías mexicanas: "... desfile patético de anhelos informes, acción caricaturesca de personajes macabros; cielo de Apocalipsis donde no hay un solo reflejo que sea presagio de Aurora..." *La tormenta* es el libro de sus desgarramientos, de sus idas y venidas políticas durante las horas caóticas que van de la Decena Trágica al ascenso de Obregón. Termina al iniciar Vasconcelos su obra educadora. Si en *Ulises* la cita de Coleridge anticipa el fuego que arderá en su corazón, *La tormenta* culmina con la serenidad del *Segundo Fausto*: "Que se

resuelve a la tarea de construir/ La más útil y noble existencia".

El desastre, no obstante la ira que lo envuelve, es el libro en el cual Vasconcelos vislumbra su propio camino hacia Dios. Su estilo, entre la maldición y la duda, quedó definido con certeza: "de sobresaltos". El profeta que aspiró a ser; el hombre mítico de la posterior campaña electoral en la identificación simbólica de Quetzalcóatl, el educador perseguido, se conforman, al paso de las páginas de éste, su tercer tomo de memorias, la figura del arcángel "que lleva en la mano una espada de fuego y en el corazón la justicia, en la mente la luz". Evocaciones que en su espíritu hallaron una síntesis de tiempo, obra y desventuras en páginas incendiadas. Es imposible dejar de asociarlas a las de Dante, cuya imagen la tuvo en la intimidad de sus preferencias literarias. *El desastre* es un libro marcado por el rencor del exilio y señalado por volcar en sus páginas la pasión enardecida del civilizador forzado a abandonar sus proyectos durante su mejor momento.

A los 58 años de edad, en 1939, Vasconcelos se reconoce en la vejez. No se trata de aclarar un camino sinuoso hacia Dios, sino de la conciencia del pecado cuanto agitó su espíritu durante esos años. Escribe, poco antes, *El Proconsulado*, dedicado a la memoria de Antonieta Rivas Mercado, la Valeria de sus memorias. Este cuarto libro de su autobiografía lo elaboró en la insólita paz de la biblioteca de la Universidad de Austin y en la casa que él ocupaba en un barrio norteamericano. Fueron, en apariencia, días sosegados a pesar de que las visitas de

algunos mexicanos reavivaban, periódicamente, su pasión política por el poder. En sus cartas a Alfonso Taracena hay pormenores que completan el conocimiento de ese tiempo. Tiempo que se cruza con arrepentimientos, anhelo de serenidad y conjuras imaginarias para encender otra revolución en México.

El Proconsulado es un libro de condena a Calles; es la hoguera en la cual Vasconcelos hizo arder su propia ira para arrojar allí a los personajes de lo que calificó una y otra vez de infamia mexicana. Entre la pasión política, el estudio filosófico y el recuerdo de sus luchas; el exilio en el mundo del procónsul, evoca con plenitud el infierno desde el cual la patria se vuelve un estado de ánimo: pasión por la justicia ante el agravio padecido. "... Sean cuales fueran los motivos del escritor profesional -escribió-, tengo yo particular deber de proclamar ciertos hechos referentes a la vida pública de mi país. En épocas angustiosas de su historia fui parte a que se levantaran esperanzas que únicamente provocaron crímenes. Y como siguen victoriosos los criminales, mi clamor es el único homenaje que puedo tributar a las víctimas de una causa derrotada..."

El Proconsulado, no sería, conforme lo admiten lectores y editores, el último libro de sus memorias. Acaso por haberse publicado un mes después de su fallecimiento, *La flama* no alcanzó la notoriedad de los presedentes; sin embargo, la memoria de Vasconcelos, sin *La flama*, sería incompleta. No por tratarse del testimonio final; de recuerdos en los cuales se apaga su ira y su

pasión política, sino porque en los sucesos que revive están las dolorosas rectificaciones de lo que inflamara sus páginas anteriores; asombrosas, en este sentido, resultan la descripción del encuentro y su conciliación con Plutarco Elías Calles, en un rancho cercano a Los Angeles; las del desfile de las sombras cristeras y de los fusilados por atentar contra la vida de Obregón. Son páginas sin cuya lectura la historia por él evocada, sus juicios sumarios y su desfallecimiento final quedarían en la sombra. Es, también, el libro de la hipotética rebelión contra Lázaro Cárdenas; el del descenso que va de la ira y el asombro en *Ulises* a la cólera disminuida de quien retorna a la patria vencido por sus propias pasiones y una atroz certidumbre: la de la soledad.

Sin la *flama* habrían quedado incompletas aquella pasión que lo aproximaba a los demás para rechazarlos hasta aborrecer su tiempo, las ideas y hasta la propia vida del José Vasconcelos, íntimo o público.

Alfonso Reyes, quien mantuvo una juvenil amistad con Vasconcelos - *instiladas* naturales distancias y aproximaciones esporádicas - escribió, a su muerte, una página de comprensión serena y con obvia nostalgia por el que se había anticipado a morir "solo un poco". Vasconcelos murió el 10. de julio y Reyes el 28 de diciembre de 1959. Dijo Reyes: "Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo

como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe".

Página premonitoria de su propia muerte, la de Reyes resume la metáfora que dejó Vasconcelos en sus memorias: *algo como una cicatriz de fuego.*

Soltaste, Señor, mi lengua, en airado
clamor de redención. Antes que yo,
profetas tuyos más dignos, fallaron
también en el empeño inútil de restaurar
la justicia. Esto sigue siendo el des-
tino: relámpago fugaz y en seguida la
Soledad y el pavor de la Tiniebla.

José Vasconcelos.

I. HACIA EL NUEVO HUMANISMO.

1. La lucha armada fue el más radical de los hechos de la inconformidad en la era porfiriana. Otros hubo, menos ostensibles, que parecían sumarse a la persistente oposición popular. Al margen de las huelgas de Cananea y Río Blanco o del súbito agotamiento de la paciencia del peonaje, la protesta de algunos creyentes del poder transformador de la cultura apelaba al pensamiento crítico y al retorno de las humanidades como formas de oposición a la doctrina social de los "científicos", base ideológica de la dictadura.

La generación de 1910*, formada en mayoría por jóvenes autodidactas, reaccionaba contra el darwinismo social cuyos "primeros principios" caracterizaban el legado positivista de Gabino Barreda en las aulas y lo que el régimen de Díaz adoptara cual norma de "Orden y Progreso":

La teoría moral de nuestros gobiernos, a partir de la Reforma -escribió Lombardo Toledano-, expurgada de toda idea perteneciente a nuestra tradición humanista por el régimen de Porfirio Díaz, se basaba en la creencia de la esterilidad de toda búsqueda concerniente a las causas de la vida y del mundo, declarando a priori la incapacidad del hombre en ese empeño; circunscribió la investigación a los hechos positivos y sobre éstos asentó

* Definida así por Vicente Lombardo Toledano en "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", *Universidad de México*, revista mensual de la UNAM, tomo I, núm. 2, dic. de 1930, pp. 91-109.

la ética, que resultó, lógicamente, una norma inspirada en las leyes de la biología general. De acuerdo con estas la vida social no es sino la prolongación de la lucha por la existencia que se cumple en todos los órdenes del mundo orgánico; triunfan los aptos, perecen los impreparados; debe protegerse, en consecuencia, a los que han sabido vencer. El derecho debe amparar la libertad humana, instrumento natural de la lucha por la vida, y el fruto de la libre concurrencia de las acciones: la propiedad. Cada quien posee, en conclusión, lo que debe poseer, porque es lo que ha podido lograr en el juego natural de las fuerzas sociales. Así, mediante estos sorites cuya primera premisa proporcionan la doctrina positivista y la biología, pretendió justificar la dictadura porfirista la desigual distribución de la riqueza pública y la tremenda separación espiritual entre la minoría privilegiada y las masas incultas de nuestro país, empleando para ello la escuela, que le dio prosélitos entre los que crean y orientan la opinión pública, la prensa, el púlpito y la tribuna política.*

La defensa del libre albedrío fue el primer concepto opositor al predominio científicista de la vida mexicana. No deja de llamar la atención el hecho de que fuese un argumento de la teología, precisamente, el que encabezara su rescate de las humanidades cuyas bases, al decir de Pedro Henríquez Ureña,

* *Ibid.*, p. 96

provenían del antiguo espíritu griego. Verdadero gufa intelectual del grupo que, a partir de 1906, comenzara a reunirse periódicamente en el pequeño taller del arquitecto Jesús T. Acevedo, el ensayista, crítico y maestro dominicano encabezaría el ánimo renovador de unos cuantos escritores jóvenes quienes, aunque relacionados con la revista *Savia Moderna*, fundada ese 1906 por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, deseaban apartarse del predominio de las letras francesas decimonónicas y, particularmente, de la doctrina positiva que estrechaba sus aspiraciones intelectuales. La Sociedad de Conferencias y Conciertos fue fundada en 1907, meses después de comenzadas sus reuniones en el despacho de Jesús T. Acevedo. Tal Sociedad, en 1910, fue nombrada Ateneo de la Juventud debido a cambios en sus propósitos difusores de la cultura en los cuales recaían, inevitablemente, algunas inquietudes políticas del fin de la dictadura.

Como se sabe, la aparición pública del que sería Ateneo de la Juventud, fue un ciclo de conferencias de las cuales la de José Vasconcelos trató de Barreda y las ideas contemporáneas. Lo que el positivismo significó como fundamento intelectual de la generación de 1910, fue expuesto por el propio Vasconcelos. Reconoció en Barreda al introductor de "altas disciplinas del espíritu", sin referirse a la obra social de aquel educador quien, diría Vasconcelos, *supo pensar su tiempo*.

Contraponiendo los ideales de su generación a los del pasado, definió su tiempo como el de los espíritus que...

(...) ahondan con impulso propio el misterio fecundo; edifican la novedad que ha de ser nuestra expresión, y de esta manera el ideal se realiza, obra en las almas y esclarece el exterior, donde, no obstante cierta disolución aparente, predomina un sentimiento de confianza propio de los periodos exaltados en que los dolores se olvidan y las dudas se iluminan, de los instantes de claridad y de mensaje en que el sentir profético anuncie el advenimiento y la elaboración de los credos que guían generaciones.*

Este párrafo es, sin duda, el más revelador de la distancia crítica que la generación de 1910 tuvo del positivismo. Para que fuera ruptura, su actitud empezó como crítica intelectual. Vasconcelos abrió el fuego de las nuevas ideas al reconocer la herencia de Gabino Barrera y al postular, en espléndidas interrogaciones, la diferencia fundamental con su sistema:

¿Estamos seguros de haber excedido nuestro momento anterior? ¿Seremos realmente de los que asisten a las épocas gloriosas en que los valores se rehacen? ¿O es sólo un vigor de juventud el que nos hace amar nuestro presente y nos lo hace aparecer más

* "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas" (Conferencia dictada en el Ateneo de la Juventud en el año de 1910), *Escritos de Juventud*, O.C., t. I, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957 (Colección Laurel); p. 38.

fecundo que el pasado?*

Vasconcelos pedía a su generación purificar el significado de las palabras y volver a don Gabino Barreda para recordar

[...] que él implantó entre nosotros los fundamentos de un sistema de pensar distinto del que había prevalecido en los siglos de dominación española y de catolicismo. Relacionándolas con el pensamiento libre de Europa, puso generaciones enteras en aptitud, no sólo para hacer asimiladoras de la cultura europea, sino para que, sobre el asiento firme que proporciona una educación de disciplina sólida, desarrollasen las propias virtualidades especulativas y morales.**

Sería difícil encontrar una crítica más justa sobre el legado histórico del positivismo que el expuesto por el entonces joven Vasconcelos. Es indudable que no se ha atendido, en su alcance crítico, su exposición para entender que la renovación filosófica del Ateneo de la Juventud provenía del reconocimiento del sistema en el cual se habían educado y lo que éste representó para la historia cultural de nuestro país.

* *Ibid.*, pp. 38-9.

** *Ibid.*, p. 39.

Agregó Vasconcelos:

*Si su enseñanza (la de Barreda) puede merecer la acusación de incompleta en el sentido superior, la bondad de su método fructificó a pesar de algunos excesos disculpables en el discípulo convencido que impone las doctrinas de maestros un poco limitados. ¿Quién es el gran creador de sistemas que, sintiendo la infinitud del ideal, no piensa, al reflexionar sobre su obra ya concluida, que quizá la haría mejor si la emprendiese de nuevo, que aun quedaron sin expresión y sin recuerdo muchas visiones misteriosas?**

Vasconcelos, al interrogarse, se desprende de la lección de Barreda para entrar, con júbilo, al mundo de Zaratus-tra:

*Amigos míos, es indigno de mi enseñanza quien acata servilmente una doctrina; soy un libertador de corazones; mi razón puede no ser vuestra razón: aprended de mí el vuelo del águila.***

Vasconcelos toma a Nietzsche para valorar históricamente al positivismo mexicano:

* *Ibid.*, p. 39.

** *Ibid.*, p. 40.

(...) Nietzsche, el apóstol de la grandeza, no era traducido del alemán y en México se sustitula el fanatismo de la religión por otro más de acuerdo con los tiempos y que significó un progreso: el de la ciencia interpretada positivamente.*

La visión que tuvo Vasconcelos del papel de sus contemporáneos y aun de su tiempo anticipó el tono apocalíptico que lo dominaría durante su madurez. En el año en el cual escribió su reflexión sobre Barreda, 1910, ocurrió la gran ruptura social y política propuesta por Francisco I. Madero.

El ensayo inicial de Vasconcelos contiene, además, la emoción de esa hora al revisar la filosofía en que se había apoyado la educación del Antiguo Régimen.

De entonces data la creación de la Universidad Popular (1913) cuyo primer rector fue Alberto J. Pani y cierta proximidad con el mundo obrero. Siete fueron los jóvenes que asiduamente se aproximaron al joven y brillante maestro Pedro Henríquez Ureña: Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, José Vasconcelos, Rubén Valenti e Isidro Fabela. Antonio Caso, por otra parte,

* *Ibid*, p.40.

desempeñaría un papel decisivo en la orientación de los estudios filosóficos; concretamente, el espiritualismo que años después fuera indiviso de la cruzada educativa de José Vasconcelos. Letras, reflexión y política concentraban los intereses de aquellos hombres, por la vía de la discusión, desde la biblioteca personal de Antonio Caso (1883-1946), en 1907, quien entonces fuera designado profesor de conferencias ilustradas sobre Geografía e Historia en la Escuela de Artes y Oficios para Hombres.

Fue ostensible y casi inmediata la renovación cultural del porfiriato. Hacia 1909, otros escritores, conferencistas, maestros, músicos o pintores se habían incorporado no sólo a su ánimo civilizador, sino a las actividades públicas que los distinguieron como generación de ateneístas: Diego Rivera, Manuel M. Ponce, Carlos González Peña, Saturnino Herrán, Genaro Fernández Mac Gregor, Angel Zárraga, Nemesio García Naranjo, José Ma. Lozano, etc.

Estudiante de Leyes, maestro en la Preparatoria y redactor de *El Imparcial*, Martín Luis Guzmán se integró al grupo en 1911 con algunas de sus ideas políticas ya formadas. Recién había muerto su padre en la lucha contra los revolucionarios cuando él asiste como abogado a la Convención del Partido Constitucional Progresista. Su actividad intelectual, lejos de apartarlo de las agitadas oscilaciones políticas del momento, parecían involucrarlo más y más en la causa democratizadora primero y, después, a la de la revolución. De su

experiencia. con los grupos del Norte, al mando de Francisco Villa, y de las posteriores luchas por el poder, hasta el ascenso del caudillo Álvaro Obregón, procede lo mejor de su obra. Prosista riguroso y apasionado del periodismo fue él, de entre los ateneístas, el verdadero testigo literario de la revuelta armada y de sus posteriores aspectos contrarrevolucionarios.

Casi todas las disciplinas estuvieron representadas en este grupo que sobrevivió completo hasta 1914, con el nombre de Ateneo de México. Jesús T. Acevedo era considerado la gran esperanza de la arquitectura mexicana. Crítico de arte, lector asiduo y difusor de la estética con fundamento social, fue memorable su conferencia "La arquitectura colonial en México". Su muerte prematura en los Estados Unidos, en 1918, a los 26 años de edad, truncó uno de los destinos más interesantes de esta generación. Algunas de sus tesis, notas, opiniones y conferencias fueron publicadas, póstumamente, en 1920, en la Ediciones México Moderno: *Disertaciones de un arquitecto*, prologado por Federico Mariscal.

Tales nombres, a los que pueden agregarse otros de la siguiente generación (1915) conocida como la de "Los siete sabios", procedentes de la Sociedad de Conferencias y Concier-tos⁽¹⁾ -Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado, Antonio Castro Leal, Jesús Moreno Baca y Teófilo Olea y Leyva-, fueron los que verdaderamente se aplicaron a vulnerar, mediante las ideas y el fomento

de la cultura, la doctrina positiva de la dictadura. Su lucha era en contra del fetichismo de la ciencia y en favor de un sentimiento de responsabilidad humana que debe anteponerse a la conducta individual o social.

Existen varios testimonios que recogen temas, lecturas y descripciones de las actividades intelectuales del Ateneo de la Juventud; de entre ellos destacan las de Alfonso Reyes, en *Pasado inmediato*; las de Lombardo Toledano, dispersas en ensayos y artículos periodísticos y las de José Vasconcelos contenidas, entre otras páginas autobiográficas, en *Ulises Chiollo*. Pedro Henríquez Ureña, por otra parte, calificó de trascendental el quehacer de sus discípulos y amigos. Su pronunciamiento en favor de las humanidades clásicas tuvo en los mexicanos sus mejores frutos, a pesar de su brillante itinerario magisterial por nuestra América.

Todos coinciden en reconocer que su afán renovador partió de la crítica al positivismo cual doctrina social de la dictadura, de las lecturas comentadas de griegos y latinos, de clásicos del Siglo de Oro español y de representantes de las letras inglesas y alemanas, principalmente, las cuales pasaban de la reflexión filosófica a las letras. Henríquez Ureña, en su discurso inaugural del año escolar de 1914, en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, describe un ejemplo del ánimo que prevalecía en aquellas reuniones con los jóvenes que, entonces, estaban en torno de los veinte años de edad:

(...) Una vez nos citamos para releer en común el Banquete de Platón. Eramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien le seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle por más que esto ocurría en un taller inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.*

Con semejante pasión se entregaban al descubrimiento crítico de Dante, Shakespeare, Goethe, Nietzsche, Comte, Spencer o Shopenhauer. Vasconcelos ha citado, entre otras influencias perdurables de aquellos años, a Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poincaré, William James, Wunt, Schiller, Lessing, Winkelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Benedetto Croce, Hegel y Menéndez Pelayo; es decir, protagonistas de tiempos y de culturas apegados al rigor lógico, al pensamiento analítico y al sentido ético de la existencia. Acaso durante aquellas sesiones tuvieran origen la primera preocupación de esos intelectuales por vincular la política a las letras, mediante el sentido moral de las tareas educativas, y la idea del respeto a la individuali-

* Henríquez Ureña, Pedro, "La cultura de las humanidades", Conferencias del Ateneo de la Juventud, Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, México, Centro de Estudios Filosóficos/UNAM, 1962 (Nueva Biblioteca Mexicana, 5); p. 160.

dad como base de espíritu comunitario. En pocos años quedaría demostrado su ánimo civilizador no sólo en la diversidad en la que habrían de desarrollarse cada uno de ellos, sino en un empeño compartido con la siguiente generación para organizar los medios nacionales para la democracia, la justicia y la libertad.

No obstante su actitud opositora a la enseñanza del porfiriato, encontraron el complemento de su formación en algunos de sus protagonistas: Justo Sierra, por ejemplo, al decir de Vasconcelos, hizo de sus propios principios católicos y aun científicistas, materia de constantes debates. Abominaba del dogmatismo y de los entusiasmos comtistas y dedicado, primero, al magisterio y luego a la organización de la cultura moderna de México, desde el Ministerio de Instrucción, Sierra probó su flexible tolerancia reconociendo el nuevo idealismo-francés o la crítica de la ciencia. De ello ha quedado constancia en su vasta y reveladora obra escrita y, concretamente, en su discurso inaugural de la Universidad, en el año del centenario de la independencia mexicana.

El país de entonces no era, ciertamente, un desierto cultural. Si las críticas al régimen y a sus procedimientos de enseñanza surgieron con tal vigor entre opositores intelectuales fue porque en tal actitud científica ante la vida social estaban las simientes naturales de su transformación. Eran pocos los ilustrados; menos aún quienes, desde posiciones creadoras, forjaban elementos para enriquecer la cultura;

pero estaban allí, poseedores de un conocimiento preciso del idioma, estudiosos de la escolástica y celosos del valor de la comprobación. Un Porfirio Parra, autor de dos ejemplares tomos de lógica y de innumerables discursos filosóficos, aún se recuerda por sus brillantes lecciones en la Escuela Nacional Preparatoria.* La poesía, tan mezclada al lenguaje del Modernismo proveniente de tierras americanas y con notables representantes mexicanos, se levantaba con los ateneístas por encima del discutible poder totalizador de aquella ciencia que tanto les incomodaba. Voces como la de Gutiérrez Nájera (1859-1895), Urbina, Nervo, Díaz Mirón, Icaza o Tablada eran las que los jóvenes estudiantes repetían con asombro ante el uso de sus metáforas.

Tiempo de Manuel José Othón (1858-1906), el solitario de la poesía, cuyos cantos a la naturaleza pasarían a integrarse a la conciencia del medio de los futuros escritores. Un trasfondo amoroso, a través de sus versos, algo tendría que ver en el indiscutible espíritu nacional de aquellos jóvenes.

Acaso no fuera tan poderosa la influencia de los positivistas ya que, desde el siglo XIX hasta la primera década del XX, proliferaron obras de erudición bibliográfica, traductores del latín y prosistas apegados al helenocentrismo que con tanto ahínco defendiera, durante su vida de creación, Alfonso Reyes. A su alcance estaban estudiosos tan notables como José María Vigil (1829-1909), traductor de Persio, ensayista, dramaturgo, periodista, maestro, académico, diputado y director

* V.: Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, la. reimp. de la 1a. ed. en un solo volumen, México, FCE, 1975 (Sección de Filosofía).

de la Biblioteca Nacional (1879-1909).*

Bastaría repasar el legado documental de don Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) para dudar de los efectos de una tendencia tan desigualmente positivista. Pareciera que los ateneístas hubieran moderado los efectos arraigados del humanismo colonial, la secuela tomista y las aportaciones de nuestro liberalismo. No obstante el carácter general de la enseñanza durante el porfiriato, el medio cultural de México y la Escuela Nacional Preparatoria estaban más cerca de la universalidad del conocimiento que del mundo de la ignorancia al que nos ha confinado la corriente de la especialidad que ahora, entre nosotros, predomina en las aulas.

Don Ezequiel A. Chávez, portador del spencerianismo, trasmite sus enseñanzas del mismo modo que lo hace un humanista católico, Francisco Pascual García, el latinista Joaquín Arcadio Pagaza o el traductor de ingleses y griegos Balvino Dávalos, maestros casi olvidados en nuestros días.

Eran pocos, ciertamente, pero de la más alta calidad académica, quienes desarrollaban el pensamiento mexicano de esa época. Una huelga sangrienta surgía al lado del periodismo combativo y junto al brote democratizador de Francisco I. Madero. Era el país de los peones, el de la mayoría agobiada por sus males físicos, por su ignorancia y por su indefensión social. Era el de una dictadura cifrada por la exaltada productividad de una aparente riqueza fundada en la miseria. Era la nación castigada, desde sus raíces, con

* Cabe referir, además a Joaquín D. Casasús (1858-1916), traductor de 60 odas de Horacio y de Virgilio, Catulo, Tibulo y

el olvido de su historia y con el contagio de estilos afrancesados. Lugar al margen de los derechos fundamentales y, paradójicamente, centro de una sostenida preocupación minoritaria por el saber, por la expresión poética y por la filosofía.

En favor del Ateneo de la Juventud estaban las contradicciones de aquel México, las diferencias que apartaban el mundo de la aflicción cotidiana del aislado universo civilizador de los intelectuales. Con igual trascendencia proceden, de ese medio desigual, conquistas del derecho y logros de la razón. Sin las armas de la mayoría y el saber de los menos no hubiera sido posible la transformación contemporánea.

Tal contraste resulta explicable en nuestros días: en uno y otro extremos de la sociedad porfirista se habían radicalizado las necesidades; es decir, para los peones resultaba inaplazable el rescate de derechos fundamentales. Tan larga servidumbre invadió los linderos de la muerte y la vida quedó reducida al trabajo extenuante, a la sobrevivencia sin esperanza. Su ánimo pasó de la melancolía característica del estado colonial a una progresiva inconformidad que estallarfa en violencia sin tregua o cuartel. Los obreros, por otra parte, observaban los beneficios de su producción en tanto y creaban una leve conciencia de su significado social.

2. 1906 es uno de los años decisivos en la historia moderna de México: las voces y los hechos, en ámbitos y con expresiones diferentes, concurrían en la inconformidad irrefrenable. Ningún análisis del levantamiento armado sería completo sin esta referencia. El país sólo estaba unido por la oposición, aunque cada grupo por causas diferentes. De la hacienda al taller del artesano, de la fábrica a las aulas, de la imprenta al dibujo caricaturesco, corría un mismo clamor por la libertad.

Desde el pequeño despacho de Jesús T. Acevedo o en la biblioteca de Antonio Caso, los ateneístas abogaban en favor de la aptitud crítica urgidos de un nuevo modelo de disciplina moral, la cual auscultaban de Grecia a Goethe, de Cervantes a Nietzsche, de Chesterton a Croce o en voz de los poetas latinos. Era amplio su repertorio de lecturas, aunque concreto su propósito formativo: abolir los signos del pasado inmediato y conformar, por la vía de la razón, un porvenir honorable y digno, conforme los términos de los más altos ejemplos del humanismo universal.

Sin tales recursos ideológicos, los obreros y los campesinos también aspiraban a otras conquistas de la civilización: las del respeto laboral, las contenidas en los derechos fundamentales del hombre las cuales, a fin de cuentas, proceden de una misma fuente racional.

Si la minoría de letrados analizaba, críticamente, las desventuras del científicismo que estrechaba la conciencia y

las posibilidades del conocimiento, la mayoría, al margen del alfabeto, experimentaba las atrocidades de su servidumbre; jornadas de 18 horas de trabajo para los hombres y 16 para las mujeres; niños explotados; esclavitud disfrazada de tiendas de raya; altísima mortalidad, viviendas precarias y un mismo fin, carente de sentido individual, que sellaba la existencia desde el momento de nacer: trabajar para el hacendado o para el propietario extranjero de las minas, del ferrocarril, de las textileras o de las panaderías.

Si el intelectual razonaba su desesperanza, el peón comprobaba que la razón ajena es incapaz de dotar de sentido a la propia existencia. Así, por vías diferentes, aunque de procedencia semejante, unos y otros se preparaban para el cambio radical.*

En rigor, poca diferencia existía entre obreros y campesinos. Al formarse la incipiente industria mexicana se aplicaron las condiciones del peonaje: eran los mismos hombres, históricamente, los del campo, los de las minas y los de las fábricas; malos salarios, idéntica explotación e iguales sanciones jurídicas para quienes "entorpecieran" el ritmo de la producción. Los derechos, según lo establecía la doctrina social, quedaban fundidos al beneficio económico y al privilegio toda vez que los más aptos resultaban ser los representantes, nacionales y extranjeros, de la clase dirigente.

Los mayores levantamientos ocurrieron en Sonora, con los yaquis y, en Yucatán, con los mayas. Tan arraigado estaba

* Vicente Lombardo Toledano, *Ibid.*, pp. 94, 95, 104 y 105.

el acomodo positivista en la mente de Porfirio Díaz, que en sus informes puede advertirse no sólo un concepto vago de nación, sino la certeza de que el territorio era campo de batalla, revestido de una paz sombría. Así, tales conflictos fueron referidos cual campaña del ejército en contra del enemigo; es decir, los campesinos mexicanos.

Al provenir de un mismo origen rural, los trabajadores cobraron conciencia de su situación por las dos vías naturales: la implícita del peonaje y la expresada por medio de las organizaciones artesanales. Cuando retorna Porfirio Díaz a la Presidencia de la República, en 1884, ocurre en la ciudad de México la primera manifestación laboral, convocada por los artesanos, en la que participaron los campesinos. Esta fecha y tal suceso sellan el principio del llamado porfiriato, conforme el término difundido por Alfonso Reyes para designar la dictadura. Esta de 1884 es la última expresión opositora compartida por campesinos y obreros.*

Veintidos años después, en 1906, llamarían al dictador "Héroe de la paz" por haber derrotado a los mayas en Chan Santa Cruz, pueblo limítrofe entre Yucatán y Quintana Roo. Esto significa que si la resistencia campesina fue ardua, la voluntad de someter a los hombres del campo fue mayor. Se trataba de proteger, a cualquier precio, los intereses privilegiados de los hacendados y, desde luego, las condiciones más deplorables de la explotación de la mano de obra.

* Gastón García Cantú, *El socialismo en México*, México, ERA, . . 1969, pp. 117-119.

1906 fue, también, el año de las 92 huelgas de los obreros de hilados y tejidos. El fallo de Díaz, como árbitro de los trabajadores -enero de 1907-, fue para someterlos a las demandas impuestas por los propietarios. Tal es el año de las exigencias mayoritarias que, cinco después, estallarían mediante una expresión revolucionaria.

De entonces datan el Manifiesto y el Programa del Partido Liberal y la celebración del primer centenario del natalicio de Benito Juárez. El obligado repaso de su biografía y la memoria de su obra dieron ocasión para reexaminar el espíritu de la Constitución de 1857. Los precursores de la Revolución Mexicana tuvieron, así, argumentos para demandar el retorno a los fundamentos de la Reforma.

1906, no lo olvidemos, fue año de la fundación de la revista *Savia Moderna*, lo cual significa que aquellos jóvenes no padecían, en lo intelectual, miserias relativas a las de la mayoría de la población. A pesar de que a Alfonso Cravioto (1883-1955) lo encarcelaron alguna vez por sus sátiras en contra del gobierno de Díaz, no podría afirmarse que ellos conocieran, realmente, el acoso represor de la dictadura. La distancia entre el mundo privilegiado de la minoría y el trágico, infrahumano, de obreros y campesinos, no era solamente de índole espiritual, como también lo apuntara Lombardo Toledano, sino físicamente tangible y respecto de las posibilidades que unos y otros tenían para cobrar conciencia de su propio destino.

Las actividades del Ateneo de la Juventud no fueron, por tanto, producto de su curiosidad caprichosa. Una generación intelectual, casi siempre, se forma por necesidad, por reacción al medio o por solidaridad frente a la desventura o la celebración de algo de interés común. Lo revelador de este grupo fue la coincidencia del talento con la oportunidad de acción, el hallazgo de un guía espiritual de excepción y la voluntad de formarse de acuerdo a los principios del humanismo.

Reunidos en torno de la Sociedad de Conferencias, estos hombres ampliaron sus actividades para acercarse, académicamente, al mundo de los trabajadores. Salir del reducido espacio de sus lecturas discutidas por ellos mismos ensanchó, sin duda, el concepto de ética social que recogían de las lecciones clásicas. Para ellos, no obstante, lo esencial era recobrar el conocimiento de los antiguos griegos para alimentar, con los más altos recursos, una era de reconstrucción nacional que ya esperaban. A diferencia de campesinos y de trabajadores, los intelectuales la creyeron posible a través de la cultura. De estos antecedentes, escribió Pedro Henríquez Ureña:

En 1907, la juventud se presentó organizada en las sesiones públicas de la Sociedad de Conferencias. Ya había disciplina, crítica, método. El año fue decisivo: durante él acabó de desaparecer todo resto de positivismo en el grupo central de la juventud. De entonces data ese movimiento que,

creciendo poco a poco, infiltrándose aquí y allá, en las cátedras, en los discursos, en los periódicos, en los libros, se hizo claro y pleno en 1910 con las conferencias del Ateneo (sobre todo en el final) y con el discurso universitario de don Justo Sierra, quien ya desde 1908, en su magistral oración sobre Barrera, se había revelado sabedor de todas las inquietudes metafísicas de la hora. Es, en suma, el movimiento cuya representación ha asumido ante el público Antonio Caso: la restauración de la filosofía, de su libertad y de sus derechos. La consumación acaba de alcanzarse con la entrada de la enseñanza filosófica en el curriculum de la Escuela Preparatoria.*

El antiguo régimen lo era al ser rebasado por un nuevo lenguaje ideológico y de acción política. Nunca, como entonces, la obra del espíritu de unos cuantos hombres se apega a la voz de la calle. Alfonso Reyes refiere que Díaz había entrado "en esa senda de soledad que es la vejez" y que, por ello, la dictadura expresaba síntomas de caducidad. Es probable. Lo cierto es que, históricamente, los regímenes totalitarios siguen el ritmo de las contradicciones sociales y, en ocasiones numerosas repetidas en la América Latina, duran más de lo que la naturaleza parece consentir. El "caudillo de la paz", de la larga paz, como lo evoca Reyes, se aferraba al poder con leves tentativas electorales y el pueblo, "en el despertar de un sueño prolongado, quería ya es-

* *Ibid.*, p. 160.

coger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos".*

En "Pasado inmediato" no es difícil toparse con ejemplos del arraigado spencerianismo del cual los ateneístas se preciaban de haberlo superado. Como el organismo, la sociedad continuó siendo para casi todos ellos una entidad análoga a los seres vivos: enferman, caducan, mueren y reflejan síntomas de vigor o debilidad, según su estado de salud.

Visto así, resultaría que el del pueblo fue un estallido de sobrevivencia desesperada lo cual reduciría, considerablemente, el efecto que en la historia producen los contrastes, los movimientos transformadores de la lucha de clases y los móviles ideológicos de las revoluciones. Por significativo, es importante transcribir el siguiente párrafo de Reyes, publicado en 1941, en el cual se advierte que si bien su inteligente curiosidad lo transformó en hombre de letras, clásico ya de nuestro tiempo, él mismo no pudo sustraerse de las consideraciones doctrinarias de su juventud:

Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo -Victoria, Francisco José, Nicolás- no se que virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne.

* "Pasado inmediato", Conferencias ..., Ibid., p. 188.

Los Científicos, dueños de la Escuela, hablan derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no posible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la Pax augusta. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, "Don Porfirio", de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.*

Ocurre que en el pensamiento crítico de Reyes, del propio Henríquez Ureña, de Antonio Caso y, con oscilaciones interesantes que iremos observando, en el de José Vasconcelos, no caben las consideraciones radicales de las luchas obreras y campesinas. Tales pensadores, tan apegados a la fuerza ci-

* *Ibid.*, pp. 188-9.

vilizadora de la razón, no dieron el salto de la política como teoría ética, norma y guía de la conducta de los pueblos, a su observación dialéctica de la realidad. En el caso de Vasconcelos, el tránsito fue hacia la acción y hasta la lucha electoral. Era más sencillo considerar el impulso del "resorte oprimido", el "envejecimiento de la paz", que reparar en el significado social de treinta años de levantamientos campesinos, de huelgas socavadas con miseria o con sangre, de la escandalosa mortalidad infantil debido a la insalubridad, a las duras jornadas laborales, a la desnutrición y también, aunque de improbable comprobación, al natural estado de desesperanza que reinaba en un medio amordazado.

De entre las dos generaciones, fue Lombardo Toledano el más sensible observador de los hechos que modifican la conciencia, de los sucesos sociales que se derivan de un sistema dictatorial. Mientras que para Reyes "el aire de afuera (...) estalló como una bomba" y la revolución, lejos de "ser planeada", obedeció a un "crecimiento natural", para Lombardo Toledano el fin de la dictadura y el ascenso revolucionario fueron experiencias individuales tan decisivas en su formación ideológica, que a partir de entonces continuó alimentando aquellas dudas hasta dar con explicaciones filosóficas, sociales, económicas y políticas de esa realidad, mediante la teoría de la lucha de clases y la lógica dialéctica que vino a conocer hacia el final de la década de los veinte.

3. Si el siglo XIX terminó, política e históricamente, en 1906 con las grandes huelgas de mineros y de tejedores, el XX comenzaba en la campaña electoral de Francisco I. Madero. La sucesión presidencial (1908) señaló el tránsito de una a otra épocas. En tales páginas, Madero estableció la ruptura social con lo que, en 1910, era ya el antiguo régimen. Ante la acumulación de las armas y las primeras manifestaciones de la activa inconformidad, se tramaban indicios de una esperanza por venir mediante argumentos laborales y agraristas.

Durante seis años, y sobre el saldo doloroso de un millón de muertos, en México se luchó por llevar a cabo las reformas aplazadas desde las revoluciones de Independencia y de Reforma y crear los medios jurídicos para una conciliación de clases, a través de la Constitución de 1917. Al promulgarse, el último soldado norteamericano de la invasión, al mando de Pershing*, cruza la frontera. Entonces, y hasta 1920, se creyó posible el establecimiento de un gobierno estable, capaz de equilibrar los desajustes extremos del reciente levantamiento armado.

En su informe de 1918, Venustiano Carranza precisó las ideas directrices de la política exterior.** Era el otro lado del problema nacional: si internamente la sociedad sufría el acoso de caudillos y caciques, la desorganización productiva y su connatural descapitalización, divisiones frente al

* *La labor internacional de la Revolución constitucionalista*, Sría. de Relaciones Exteriores, México, s.f. (probablemente de 1918). Telegrama No. 182, p. 385.

***Ibid*, pp. 489-490.

poder y múltiples efectos del reciente caos, respecto de la política internacional el panorama no era más favorable en relación, especialmente, con los Estados Unidos. De 1916 procede el telegrama circular que Cándido Aguilar, Secretario de Relaciones Exteriores, enviara a los gobiernos latinoamericanos para exponer los problemas mexicanos causados por las intromisiones y las demandas de los estadounidenses.*

A diferencia del pasado inmediato, México poseía, hacia 1919, dos medios esenciales para su desarrollo: una Constitución política y una política exterior. Si la primera legitimaba, conforme derecho, las demandas de la lucha armada, la segunda representaba la vasta experiencia anticolonial acumulada desde la época de Guadalupe Victoria hasta las decisiones de Benito Juárez. La nación había alcanzado valiosas definiciones jurídicas para hacer valer, con los derechos individuales, los derechos sociales. Éstos, según Mario de la Cueva, fueron los primeros en establecerse, constitucionalmente, en el mundo contemporáneo.**

Con frecuencia se ha afirmado que la revolución mexicana careció de directrices ideológicas. Nada más falso. La obra de la cultura, a diferencia de los estallidos de inconformidad, no es ostensible ni inmediata. Bastaría repasar cómo se fue conformando el Estado, durante las luchas liberales del siglo XIX, para reconocer el alto valor de las ideas, a pesar de la ignorancia de la mayoría. Aunque al margen del

* *Ibid*, pp. 287-290.

** "El Derecho del Trabajo", en *México y la Cultura*, México, SEP, 1946, p. 862.

universo de las lecturas, el iletrado recibe sus beneficios por diversos medios. Desde los tiempos de los antiguos mexicanos ha prevalecido entre nosotros una poderosa tradición oral que viaja a través de misteriosos correos y que, en su oportunidad histórica, cobra el sentido de la acción para el cambio. Nadie podría negar que hasta el más aislado de los mexicanos se enteró del significado dictatorial del "Orden y progreso" o que, aunque ignorantes de los principios del positivismo, conocían la aplicación local de una doctrina de privilegios.

Efectos igualmente intangibles tuvieron, indudablemente, los empeños críticos de los ateneístas. Su actividad no quedó reducida a los límites de la discusión privada. Si de las aulas procedió su inconformidad, también a ellas volvieron sus resultados. Pero también tuvo fuerza la obra de Justo Sierra, escritor y Ministro de Instrucción, quien, desde veinticinco años atrás, pretendió educar a los mejores universitarios. No carecen de dramatismo algunas de sus frases alusivas al estado de la educación mexicana; para crear la Universidad, en 1910, se requirió de años preparatorios para contar con alumnos y profesores de ese nivel. Acaso la generación de 1915 fuera de las primeras en recibir un legado dispuesto durante años. Al margen del retroceso propio de la dictadura, México aún arrastraba poderosas reminiscencias coloniales. Éstas, en verdad, eran las que combatían los ateneístas a nombre del humanismo. Sus propios antecedentes

personales no les permitían arriesgadas oposiciones políticas. Su lucha fue en el terreno de las ideas y, desde allí, consolidaron cambios que a poco habrían de comprobarse.

Así, en 1917, Venustiano Carranza propone, al poder legislativo, la autonomía de la Universidad. (2) La fuerza de la Constitución requería, como lo dijo aquel Presidente, de libertad e independencia educativa diferentes a las de la Universidad sometida al poder público, como lo fuera en los términos de su fundación por Justo Sierra. Su rector, José Natividad Macías, fue constituyente: dato para comprender el valor que, durante esos años, se daba a la educación como conquista política. También en ese año, Carranza creó el Departamento de Bellas Artes el cual, lustros después, sería el Instituto Nacional de Bellas Artes.

En lo interno, la reconstrucción nacional no podía apartarse de la enseñanza; en lo externo, el fortalecimiento de actitudes opositoras al intervencionismo de los Estados Unidos para consolidar, no obstante el desequilibrio que aún prevalecía en el país, nuestra soberanía y las bases para el desarrollo.

Si los ateneístas tuvieron un papel protagónico en la ruptura cultural con el *antiguo régimen*, sus discípulos inmediatos, los de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, serían los creadores de las instituciones. De los primeros, destaca la obra de José Vasconcelos, su pasión compartida

por la política y las letras y por protagonizar, más que ningún otro de sus coetáneos, un drama entre dos tiempos: el de la caída porfirista y el de los gobiernos de la revolución. Tales tiempos son, también, los distintivos de una y otra generaciones. La primera, formada en torno de la figura de Henríquez Ureña e, inevitablemente, apegada no sólo a la biblioteca personal de Antonio Caso, sino a sus nuevas inclinaciones filosóficas para demoler el positivismo, traía consigo la verdadera herencia decimonónica de Gabino Barreda; la segunda, instruida, además, con las nuevas críticas a la pedagogía y a la doctrina social, sería la de una transición hacia la modernidad.

Los tiempos eran diferentes entre uno y otro grupos porque entre ellos mediaba el curso del levantamiento armado. Desde el ascenso electoral de Madero, los ateneístas se disgregaban por entre diversas facciones revolucionarias: Alfonso Reyes, el más directamente afecto, habría de orientarse hacia el servicio diplomático después del asesinato de su padre durante la Decena Trágica, del cual quedaría una dramática constancia literaria en su *Oración del 9 febrero*.* Martín Luis Guzmán, con los ejércitos de Francisco Villa. A la caída de Madero, Vasconcelos salía desterrado por Victoriano Huerta hacia los Estados Unidos para retornar, al año siguiente, como Ministro de Educación Pública del gobierno pro-

* *Oración del 9 de febrero*. (Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913), Prólogo por Gastón García Cantú, México, ERA, 1963 (Col. Alacena).

visional del general Eulalio Gutiérrez, Presidente de la Convención de Aguascalientes, con quien también habría de colaborar Julio Torri; entonces, con la tragedia familiar a cuestas y una difícil posición política, Alfonso Reyes parte hacia España. Antonio Caso y Nemesio García Naranjo permanecieron en la Universidad, aunque ambos hubieran aceptado integrarse al gobierno de Victoriano Huerta, del cual García Naranjo fungiría como Ministro de Instrucción Pública.

La inestabilidad del país no sólo se reflejaba en la frecuente movilidad de los bandos armados; también los intelectuales pasaban de uno a otro grupos a pesar de que los sucesos demostraran frecuentes traiciones. Aliarse a Victoriano Huerta, por ejemplo, tras la Decena Trágica, resulta uno de los hechos más inexplicables toda vez que esta generación abogaba por el nuevo humanismo, por la justicia y la libertad. Otros más congruentes, como Isidro Fabela, acudían a la Convocatoria de Venustiano Carranza con el Plan de Guadalupe, destinado a combatir a Huerta. A partir del madurismo y durante el resto de sus vidas, la posición crítica de los intelectuales sería oscilante y, en no pocos casos, desbordada.

En realidad, pasados los años y apaciguado el torbellino del "acomodo" gubernamental, no resultan tan claras, como aquellos protagonistas las supusieron, las proposiciones críticas o las líneas del nuevo saber que tanto los animaran durante sus años juveniles. Al respecto, Octavio Paz examina

este ajuste intelectual en la obra del Estado y un espíritu cortesano que ha invadido casi todas las esferas de la vida pública mexicana:

Una vez cerrado el período militar de la Revolución, muchos jóvenes intelectuales -que no habían tenido la edad o la posibilidad de participar en la lucha armada- empezaron a colaborar con los gobiernos revolucionarios. El intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. Los poetas estudiaron economía, los juristas sociología, los novelistas derecho internacional, pedagogía o agronomía. Con la excepción de los pintores -a los que se protegió de la mejor manera posible: entregándoles los muros públicos- el resto de la "inteligencia" fue utilizada para fines concretos e inmediatos; proyectos de leyes, planes de gobierno, misiones confidenciales, tareas educativas, fundación de escuelas y bancos de refacción agraria, etc. La diplomacia, el comercio exterior, la administración pública abrieron sus puertas a una "inteligencia" que venía de la clase media (...). Su obra ha sido, en muchos aspectos, admirable; al mismo tiempo, han perdido independencia y su crítica resulta diluida, a fuerza de prudencia o de maquiavelismo. La "inteligencia" mexicana, en su conjunto, no ha podido o no ha sabido utilizar las armas propias del intelectual: la crítica, el examen, el juicio.

*El resultado ha sido que el espíritu cortesano -producto natural, por lo visto, de toda revolución que se transforma en gobierno- ha invadido casi toda la esfera de la actividad pública.**

Tales generalidades casi se ajustan al destino de algunos ateneístas y de unos cuantos "sabios" de la generación de 1915. Sería difícil, sin embargo, suponer al espíritu cortesano producto de una incapacidad para utilizar la crítica. El de los intelectuales, como ocurre con toda la población, ha sido un problema social más profundo: las reminiscencias del colonialismo y su connatural espíritu conservador del cual, ciertamente, no se han salvado numerosos escritores. Por eso, el ejemplo de José Vasconcelos, más que desconcertar por sus apasionadas contradicciones, parece levantarse cual señal de advertencia cuando, en política, se esgrimen arbitrariamente los valores del espíritu.

Ha sido más notorio el declive político del escritor mexicano que el de cualquier otro ser vinculado a las tareas intelectuales o a las artísticas. Esto es así por la vehemencia con la que expresan juicios y por la fuerza que aplican en la emisión de opiniones. Al escritor, especialmente en México, se le ha asociado a una suerte de autoridad moral. No olvidemos que el nuestro, a pesar de logros acumulados durante tres revoluciones -la de Independencia, la de Reforma y la de

* Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 3a. reimp. de la 2a. ed. corregida y aumentada, 1973 (Col. Popular, 107), pp. 140-1.

1910-, sigue siendo un pueblo de iletrados, de mayoría de medias letras y de un puñado de personas verdaderamente formadas en el conocimiento.

José Vasconcelos, como hombre de dos tiempos históricos, conservó, del porfiriato, ciertos hábitos políticos que los hombres de la revolución prolongaron mediante formas renovadas del elogio al gobernante, por ejemplo; o a través del acatamiento del Presidente como autoridad que decide por sobre la Ley. Vasconcelos, durante la etapa del gobierno de Álvaro Obregón, reproduce los extremos de las dos épocas: ante Venustiano Carranza, el denuesto: expresión revolucionaria contra el adversario; frente a Obregón, el elogio exaltado. Después de 1929 sólo quedarían en el vocabulario político de Vasconcelos, la injuria y el desprecio. Tales actitudes coinciden con el ascenso de la oposición al gobierno, la que principia en 1917 al promulgarse la Constitución y cobra ímpetu en la rebelión "cristera" de 1926. Primero, los exiliados en los Estados Unidos; después, los opositores en el interior del país. Vasconcelos inflamó el lenguaje de varias generaciones contra los gobiernos contemporáneos; por eso su estilo y su vida revelaron, para algunos, la figura excepcional del crítico y del profeta. Quizá el elogio más depurado de su manera de ser, y de la expresión literaria que lo distingue, sea el que dijo en su presencia Jesús Guisa y Azevedo en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua:

(...) es, *El solo, todo el México moderno, la afirmación y negación de todo, el afán de construir y la necesidad de destruir, la sed de novedades y el amor de lo tradicional, la originalidad de que es capaz el genio de la raza, la inquietud de México, la conciencia de Hispanoamérica, la defensa de nuestro ser, el custodio, vigilante siempre, de nuestro acervo hereditario, la afirmación más constante y lúcida de nuestro destino, el más joven de nuestros escritores, el hombre de la prontitud y de la premura, del ansia y de la urgencia, de la alegría y del alborozo, de ir para adueñarse de ella, a la verdad.**

Este párrafo ejemplifica las pasiones literarias que despertó Vasconcelos en hombres como Guisa y Azevedo quienes, en su ámbito, enderezaron las críticas de la Revolución Mexicana y de sus hombres. No era nuevo el tono de alabanza a una personalidad; Guisa continuaba la ya habitual exaltación de su obra. Además de un carácter, al modo definido por Alfonso Reyes, José Vasconcelos era considerado, en su época, innovador de las letras de combate, personaje del desafío al poder. Vasconcelos era, en síntesis, el hombre de las maldiciones en una hora de singular violencia.

No deja de asombrar el que, a pesar de sus desafíos exacerbados a los hombres de poder, Vasconcelos hubiera sobrevi-

* Guisa y Azevedo, Jesús, "El hombre y la lengua" (Discurso de recepción como individuo de número, pronunciado el día 31 de octubre de 1956). *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Espa-*

vido a tantas muertes en torno suyo, por causas políticas menores a las que él emprendió: 52 generales, muchos vasconcelistas y opositores diversos... Como si estuviera protegido por un cerco de palabras, él criticaba y arengaba; enjuiciaba condenando y repartiendo amenazas eternas a los protagonistas del Mal, de la barbarie política y de la codicia sin fin; nada, nadie perturbaba aquella voz mesiánica: Vasconcelos, no obstante haber gritado, escrito y publicado "SU VERDAD", murió de su muerte a los 78 años de edad.

II. LA CAÍDA DE CARRANZA.

1. En 1914, José Vasconcelos era, probablemente, agente confidencial de Venustiano Carranza*, no obstante haberlo omitido o negado en sus recuentos autobiográficos. Lo que entonces ocurre entre el abogado oaxaqueño de 32 años de edad e impreciso escritor todavía y el Presidente Constitucionalista es, acaso, el hecho más determinante de su personalidad política y literaria.

En abril de 1914, mientras se encontraba en la ciudad de Nueva York, Vasconcelos se entera de la invasión norteamericana a Veracruz y, sorpresivamente, envía a Carranza una misiva, con su relato de los hechos, conforme la interpretación del gobierno de los Estados Unidos. El siguiente párrafo anticipa al Vasconcelos conservador, susceptible de respuestas insólitas, que habría de caracterizar al autor de la *Historia de México* y, por sus efectos, al encendido escritor de páginas autobiográficas:

... no tocaba otra cosa a nuestro partido que protestar contra la invasión del territorio nacional y la matanza de mexicanos. Esto debía hacerse aunque la protesta nos restase toda la

* Aunque los indicios parecen confirmarlo, no hay documentos que lo comprueben; sí los hay, en cambio, de que lo hubiera sido de Francisco I. Madero, aunque no se conocen, con precisión, la duración de su estancia y la índole de sus tareas.

*simpatía de quienes en verdad, han sido nuestros mejores amigos, pero tal amistad no debía llevarnos a la deshonra, y por eso aplaudimos todos la protesta por Ud. formulada. Una simple protesta no hubiera complicado las cosas y si habría levantado el prestigio de la Revolución; pero no debo dejar de informar que habiendo venido esa protesta acompañada de una exigencia contraria a los hechos consumados y a la posibilidad en la conducta de este país, la referida nota de usted ha causado gran desorientación y aun la represalia que ya tomó el gobierno americano restableciendo el embargo de armas, como medida militar precautoria. Comprendo perfectamente la necesidad de adoptar una actitud decorosa ante el extranjero, pero la situación peligrosa que esto ha creado, hace indispensable que se emprendan negociaciones hábiles y rápidas que nos eviten un completo fracaso diplomático.**

Negociar la invasión de Veracruz, en vista de la superioridad militar de los estadounidenses, mitigarían, en cierto modo, el temerario desaffo de Carranza y su insólita actitud defensiva la cual, como el propio Vasconcelos reconoce, sembraba de desconcierto al gobierno de los Estados Unidos. Este hecho, como ningún otro, demostraba al exterior el cambio mexicano, el surgimiento de un nuevo concepto nacional que habría de manifestarse, en poco tiempo, a través de la Constitución de 1917. García Cantú, al razonar la

* Documentos históricos de la Revolución Mexicana. T. II: Revolución y régimen constitucionalista, Editados por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana bajo la dirección de Isidro Fabela, México, FCE, 1962; pp. 71 y siguientes.

conducta de Vasconcelos, escribió que ese desconcierto no recayó sólo en los invasores, sino también en compatriotas que no comprendieron "de que virtud salía un país diferente al que habían conocido":

*La política de sacar partido de las humillaciones, de plegarse al más fuerte, de someterse paladeando la propia derrota para obtener las imágenes de la amargura, reflexionando sobre la inutilidad de la lucha, fue, en todo, su verdadera filosofía. De allí su desquite y su furia. No le perdonó a Carranza el haber hecho exactamente lo que debía; al desolr su advertencia, plegadiza a los Estados Unidos; vergonzante y temerosa. Puso el valor que nunca tuvo en su lengua y desató lo que llamé, sin escrupulo ninguno, su venganza.**

Al inicio de su misiva de abril 26 de 1914, Vasconcelos se dirige a Carranza con un "Muy respetable señor y distinguido amigo" y la primera frase es para confirmar lo escrito en sus tres cartas anteriores; es decir, su opinión respecto de los norteamericanos era exactamente la misma e igual su tendencia a disminuir el significado de la invasión en vista de que, según él, Los EE.UU., provocados por los insultos a su bandera, se resolvieron a emplear la fuerza contra Huerta, y se decidieron a bloquear Veracruz y Tampico. Considerando que no existía guerra con México, no se deci-

* García Cantú, Gastón, *Las invasiones norteamericanas en México*, México, ERA, 1971 (Serie Popular Era, 13); p. 312.

dieron a declarar un bloqueo que surtiera efectos contra el comercio internacional. Sin embargo, se creyeron obligados a detener el cargamento de armas que para Huerta conducía el vapor "Ipiranga". Deseando evitar fricciones con Alemania se resolvieron a dejar libre el curso del barco y en caso necesario, a apoderarse del cargamento en territorio mexicano. Con este objeto ordenaron al almirante de su marina que se apoderara de la Aduana de Veracruz y los demás edificios públicos que considerara necesarios. En consecuencia de estas ordenes, las fuerzas americanas desembarcaron en Veracruz, las tropas huertistas evacuaron la plaza y los vecinos del puerto, ratificando para su ciudad el dictado de heroica, hicieron lo que corresponde al mexicano cuando mira fuerzas extrañas en el suelo de la patria, disparar contra ellas.*

En realidad, Vasconcelos confirma la doble actitud que ha prevalecido en nuestros países latinoamericanos, respecto de la intervención estadounidense en asuntos internos: unos son los que, por defender la soberanía y a nombre del derecho repelen, enérgicamente, medidas de intromisión y otros los que justifican formas imperialistas cual privilegio de superioridad política o militar de unas naciones sobre otras. El "cauteloso pensamiento" de Vasconcelos, como lo supuso Isidro Fabela, hubiera quedado satisfecho con una simple protesta del Gobierno Constitucionalista, para no complicar

V.: Documentos históricos, ... op. cit., pp. 71-2.

las cosas; sin embargo, Carranza no ignoraba lo que esa simple medida conciliatoria, en apariencia, hubiera representado para nuestro país. No se trataba de discutir las causas de la abierta invasión, sino de combatirla, a pesar de que el nombre de Victoriano Huerta apareciera en el conflicto.

Basta repasar sus memorias -*Ulises Criollo, El desastre y La tormenta*- para corroborar la tendencia de Vasconcelos a confundir a las personas con los problemas nacionales. Este ejemplo fue el primero y, desde luego, el más revelador. Él esperaba, sin duda, que Carranza cambiara su estrategia política con los Estados Unidos al convencerse de la buena voluntad con que nuestros vecinos entraban, armados, a nuestro país para reducir al asesino de Madero.

La respuesta que, con los hechos, le diera el Presidente Carranza fue una lección moral que jamás le perdonaría Vasconcelos: reforzar el antiimperialismo; exigir, una y otra vez, el retiro de tropas norteamericanas del territorio nacional; apegarse a los principios constitucionalistas y, como se enterara Vasconcelos en Nueva York, por medio del Agente de la Revolución en Washington, Roberto Pesqueira Morales, enviar un nuevo agente confidencial del ejecutivo hacia los Estados Unidos; Rafael Zubarán Capmany.

En la citada misiva ya es notoria la diferencia de posiciones de uno y otro. En los últimos párrafos Vasconcelos informa a Carranza respecto de una entrevista que tuvo,

la noche anterior, con Pesqueira -de la cual dice enviar copia del contenido. Al enterarse de la llegada del nuevo agente, dejó caer el primer destello de inconformidad que no tardaría en convertirse en "su venganza".

*En esa conferencia supe que ya venía un agente especial y mucho lo celebro, pues estoy seguro de que esa persona por su capacidad y demás condiciones alcanzará éxito lisonjero. Con la venida de esta persona se evitará que continúe cierto desorden que ha existido, a causa del cual se han multiplicado entrevistas de periódicos y declaraciones sobre este delicado asunto, formuladas por personas de capacidad y buena intención, pero desautorizadas y, muchas veces desacordes. Esto, principalmente, causa mala impresión, pues los funcionarios americanos han llegado a sentir que les es difícil conocer con-quién deben tratar, entre las muchas personas que suponen más o menos cercanas a la política de usted.**

Hombre de derecho, de principios nacionales y firme en sus decisiones, Carranza no transigió en ningún aspecto que afectara la legalidad del país. La diferencia de carácter entre ambos -y a causa de esta separación-, arrastró a Vasconcelos hasta la deserción del constitucionalismo. El oaxaqueño llegó a asegurar que Carranza lo desterró del país, sin que existan pruebas de ello y que por ello permaneció

* *Ibid.*, p. 73.

una larga temporada en los Estados Unidos, después de 1914. Este es el antecedente que explica la adhesión entusiasta de Vasconcelos al Plan de Agua Prieta por la cual su destino político ascendió al poder con el grupo sonoreense.

Su breve participación en el efímero gobierno de Eulalio Gutiérrez no le creó suficientes méritos para convertirse, en 1920, en Ministro y luego fundador de la Secretaría de Educación Pública. Su verdadera fuerza frente a Obregón comenzó en 1914 y con la posterior arremetida contra Carranza a través de artículos periodísticos, mismos que compiló, con los otros de Enrique González Martínez, Antonio I. Villarreal, [†] Jesús Urueta, etc., y con telegramas, discursos y documentos tendientes a exaltar la figura obregonista, en *La calda de Carranza*, libro que fuera referido como al paso, en *La tormenta*.

2. El poder de la nación, hacia 1919, parecía estar en manos de Venustiano Carranza; sin embargo, la proximidad de las elecciones presidenciales dividieron a los jefes del ejército en grupos de intereses personales contrapuestos entre sí. El más significado de ellos, entonces, fue Álvaro Obregón, visible caudillo del grupo sonoreense, en el cual destacaban Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill y Adolfo de la Huerta. Decididos a no ceder en su lucha por el poder y a combatir a fondo el signo carrancista, los obregonistas también se empeñaron en desprestigiar al ingeniero Ignacio Boni-

* (1879-1944) Precursor de la Revolución desde 1906; miembro del Partido Liberal y exiliado, por ello, en los Estados Unidos. Candidato a la Presidencia de la República en 1929, igual que José Vasconcelos y Pascual Ortiz Rubio. Fue, asimismo, compañero de Gabinete de Vasconcelos durante los

llas, candidato a la Presidencia y leal a Carranza, maderista y, de 1917 a 1920, embajador de México en los Estados Unidos.

1920 fue año de enconados enfrentamientos. Si los militares hacían del país un fácil territorio para manifestar su codicia, algunos intelectuales también se aprovechaban de esta hora de odios y de rivalidades para entrar en el acomodo de los gobiernos de la revolución. Con semejante frecuencia se dejaban oír balaceras y adjetivos: las dos armas que, a fin de cuentas, llevaron a la tumba a Venustiano Carranza.

Dos hechos, por sobre el cúmulo de episodios, destacaban entonces: el *Manifiesto* de Alvaro Obregón y las páginas de José Vasconcelos en contra de la que llamó "corrompida dictadura carrancista".

Si al primero se aliaban los hombres de armas; al segundo, los de la pluma o del lenguaje académico. Sendos hechos quedaron en dos testimonios respectivos y, hoy, aleccionadores: el Plan de Agua Prieta⁽³⁾ y *La caída de Carranza*, en cuyo prólogo escribió Vasconcelos:

El fracaso notorio en todas las ramas de la administración, el mal corazón y la poca inteligencia del señor Carranza; la sangre que derramó, las arcas que vaciaba sin razón y sin cuenta, todo esto fue causa de que Carranza se desprestigiara y se hiciera odioso; pero la pretensión de imponer un sucesor indigno, un sucesor que era como otro Carranza, elevó a tal punto la indignación pública, que la revolución se hizo

inevitable, y con ella sobrevino la caída y después la muerte del más nefasto, el más corrompido; el último de nuestros dictadores.

(...) El derrocamiento del carrancismo fue obra de las ideas más que de las armas, y puede afirmarse que resultó de una explosión de las conciencias indignadas. Se realizó sin batallas. Los mismos que antes habían combatido con la espada, comprendieron que en aquellos momentos era más eficaz el poder de la idea, y convirtiéronse en oradores y en periodistas.*

Registro elocuente de aquellos sucesos que terminaron con el asesinato de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920, en Tlaxcalaltongo, Puebla. Extraña manera de ver un supuesto tránsito entre la espada y la pluma. Conforme el contenido de *La caída de Carranza*, no hay duda: el soldado disparó su fusil y el intelectual, al margen de las armas, se valió de la pluma. Ni el uno ni el otro pasaron a desempeñar sendos quehaceres. Eso, acaso, lo escribió Vasconcelos para reforzar su certeza de que "todos" estaban contra Carranza, especialmente, "los mejores" hombres. Ningún carrancista se libraría del adjetivo hiriente o de la injuria envilecida. El ensañamiento contra Luis Cabrera, el solitario e independiente intelectual** que sirviera al país como Ministro de Hacienda, fue uno de los centros de ataque de su preferencia.

En el compendio de Vasconcelos no faltaron las agre-

* *La caída de Carranza. De la dictadura a la libertad*, México, Imprenta Murguía, 1920; pp. VI y VII.

** Cabrera había publicado, a más de notables artículos desde 1909, la versión de *El Cantar de los Cantares*, edición privada del autor, en 1919, 48 pp. de texto y 30 pp. de notas. Admirable versión en nuestro idioma, resultado de la compulsión del texto hebreo y de la Vulgata. Como se sabe, Cabrera habló y tradujo obras de ocho idiomas.

sivas páginas de Enrique González Martínez en su contra. Las transcritas de *El Heraldó de México*, de junio de 1920 -"Lo que se ve detrás de las memorias de Cabrera. El ex-ministro pide para su santo" y "Un balance sin pasivo. Lo que se ve y no se ve en las memorias de Cabrera"-, podrían integrarse a la antología del peor periodismo mexicano. En ese tiempo, Luis Cabrera publicó un libro excepcional en nuestro medio, *La herencia de Carranza**, por entregas, en *Excelsior*, bajo el pseudónimo de licenciado Blas Urrea. El citado diario sólo reprodujo una parte. La terminación del penúltimo y el último capítulos no fueron publicados entonces porque según el prudente juicio del director del diario, Rafael Alducin, implicaban un alto riesgo dada la violencia política de la hora. Para comprender tal peligro resulta imprescindible transcribir un párrafo de la Carta-prólogo de Blas Urrea:

(...) antes de la revolución de 1910 el señor Cabrera nunca había sido empleado público, y si ayudó al régimen del Sr. Madero hasta la muerte de éste y si más tarde colaboró con el Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista fue porque creyó de su deber consagrar alguna parte de su tiempo y de sus energías a la solución de los problemas sociales que trata consigo la revolución, pero nunca porque pensara dedicarse profesionalmente a la cosa pública. Cabrera fue un colaborador leal y firme del señor Carranza desde 1913 hasta el último

* México, Talleres Gráficos de la Imprenta Nacional, 1920.

día de su gobierno como Presidente, pues vela en él al hombre que mejor encarnaba los ideales de igualdad social y de autonomía política, que veníamos persiguiendo los mexicanos. Y tan estrechos fueron los vínculos políticos de ambos, que desde 1914, en época de la Convención, ya algunos tachaban a Cabrera de incondicionalismo considerándolo ligado única y exclusivamente al señor Carranza. Nada tiene pues de extraño que a la muerte de éste, Cabrera realice con mayoría de razón los propósitos de retirarse a la vida privada.*

A diferencia de la crítica que Vasconcelos, como ateneísta, decía defender como parte de los atributos del humanismo, incurrió en la difamación más abyecta y en el acomodo de posiciones políticas, según las oscilaciones apasionadas de su circunstancia. Por causas incomprensibles, este aspecto del carácter intelectual de Vasconcelos ha sido omitido, disminuído y hasta disfrazado en los numerosos ensayos que nuestros estudiosos contemporáneos le han dedicado. Fue Isidro Fabela, a través de los documentos históricos, quien primero advirtió una peligrosa mentalidad reaccionaria en el abogado oaxaqueño; después, mediante argumentos críticos, Gastón García Cantú habría de definirlo como el "ideólogo de la derecha" no sólo por sus gestos anticarrancistas, sino por su *Historia de México*, cuya interpretación fuera compendio de Lucas Alamán, de Carlos

* *Ibid.*, p. 4.

Pereyra y de sus propios apasionamientos y, finalmente por sus páginas últimas en contra de la vida: "La B-H":

*El fuego es un baño de aseo que nos devolverá una naturaleza libre de excrecencias y también de superestructuras; bella naturaleza como la del Sol, que vive de incendio. El fuego es el resultado de la fisura de los elementos que al reunirse para construir, fueron a dar con el callejón sin salida que es la vida (...). Quizá ya lo único que merece el planeta es arder. Quizás no hay otro escape hacia la salud. Los fariseos de la libertad, la igualdad, la fraternidad, andan espantados de su obra y ambicionan ponerse de acuerdo (...)**

Ejemplo, éste, de sus estallidos emocionales. Un temperamento así, gobernado por resentimientos o por odios recogidos al paso, no estaba dotado para expresar juicios políticos confiables. El Vasconcelos de *El Proconsulado*, el de *La tormenta*, el de *En el ocaso de mi vida* o el *De Robinson a Odiseo*, no era, en lo sustancial, diferente al autor de artículos periodísticos difamatorios. Desde los días de Carranza fue claro el hecho de que el oaxaqueño protagonizaba un drama de dos tiempos; uno, su origen como crítico y porfirista, enriquecido con el gran hallazgo espiritual de Madero; otro, el de la Revolución, cuyos principios ideológicos chocaban, en todo, con su trasfondo conservador. Hombre de indudables pasiones, como todo creador,

* De *En el ocaso de mi vida*, "La B-H", transcrito por Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962*, México, Empresas Editoriales, 1965; p. 970.

Pereyra y de sus propios apasionamientos y, finalmente por sus páginas últimas en contra de la vida: "La B-H":

El fuego es un baño de aseo que nos devolverá una naturaleza libre de excrecencias y también de superestructuras; bella naturaleza como la del Sol, que vive de incendio. El fuego es el resultado de la fisura de los elementos que al reunirse para construir, fueron a dar con el callejón sin salida que es la vida (...). Quizá ya lo único que merece el planeta es arder. Quizás no hay otro escape hacia la salud. Los fariseos de la libertad, la igualdad, la fraternidad, andan espantados de su obra y ambicionan ponerse de acuerdo (...)*

Ejemplo, éste, de sus estallidos emocionales. Un temperamento así, gobernado por resentimientos o por odios recogidos al paso, no estaba dotado para expresar juicios políticos confiables. El Vasconcelos de *El Proconsulado*, el de la tormenta, el de *En el ocaso de mi vida* o el *De Robinson a Odiseo*, no era, en lo sustancial, diferente al autor de artículos periodísticos difamatorios. Desde los días de Carranza fue claro el hecho de que el oaxaqueño protagonizaba un drama de dos tiempos; uno, su origen como crítico y porfirista enriquecido con el gran hallazgo espiritual de Madero; otro, el de la Revolución, cuyos principios ideológicos chocaban, en todo, con su trasfondo conservador. Hombre de indudables pasiones, como todo creador,

* De *En el ocaso de mi vida*, "La B-H", transcrito por Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962*, México, Empresas Editoriales, 1965; p. 970.

su energía se orientaba a la obra civilizadora o al afán devastador, con idéntico empeño, conforme la gúfa de sus emociones.

De entre los ateneístas, fue el suyo uno de los destinos más contrastantes y el único del grupo que habría de tener confrontaciones públicas trascendentes. Nadie, como él, gozaría del inmediato reconocimiento, antes y después de su obra como educador; pero tampoco alguno de ellos sería objeto de repudio o de escándalo como lo fuera el posterior candidato a la Presidencia, tras su sangrienta derrota. Hombre de extremos irreconciliables, no sería el indicado para lograr la síntesis histórica de su circunstancia, durante el período carrancista; tal empresa sería realizada por un escritor independiente, al margen de grupos o de corrientes intelectuales: Luis Cabrera, la figura más combatida, después de Venustiano Carranza y de Bonillas, no obstante sus calidades de excepción.

Entre *La caída de Carranza* y *La herencia de Carranza*, quedó el sello de dos posiciones políticas opuestas. Lo que en Cabrera era explicación, en Vasconcelos adquiría un tono de desbordamiento; lo que en el ex-secretario de Hacienda se manifestaba cual efecto político de una época de desorden y de lucha por el poder -"la revolución es la revolución"-, en el autor de artículos periódicos aparecía como juicio moral de un poseedor del bien y de la verdad quien, consciente de su destino mesiánico, combatía los signos nefastos de modo primario, aunque, por ello, no menos peligroso. Algunos párrafos

de "No permanezcamos neutrales", uno de sus artículos de 1920, durante la lucha electoral, sirvieron para difundir términos adjetivados en contra de Carranza y de sus funcionarios de gobierno:

*El poder, es verdad, se lo disputan los empleados de la Administración Carrancista y un candidato del pueblo. Para ser candidato se necesita tener personalidad propia, se necesita ser libre. Para ser carrancista se necesita combinar el incondicionalismo de Pastor Rouaix con la estulticia de Aguirre Berlanga. Sólo los mediocres y los serviles han podido soportar la necesidad infinita del jefe del carrancismo. Por eso, Carranza no ha podido integrar un gabinete, y a excepción de Cabrera, que es un esclavo bien pagado y mal tratado, los carrancistas no son más que nulidades. Carranza ha empobrecido a México; pero ha enriquecido el idioma. Mientras la lengua castellana haga oír en el mundo sus melodiosos acentos, Carranza será recordado por haber suministrado la raíz de un nuevo verbo, el verbo CARRANCEAR. En el caló mexicano, CARRANCEAR es lo mismo que hurtar. Por eso los revolucionarios de buena fe y los revolucionarios ilustrados, fueron dejando a Carranza; pero no sin que antes Carranza lograda privarlos del poder, privarlos de la vida, privarlos de la libertad, privarlos de todo lo que podía quitarles, hasta no dejarnos a muchos más que el honor, grande por cierto, de ser sus enemigos.**

* La calda de Carranza, Op. cit., pp. 63-4.

Notable reducción simplista de una de las más complejas etapas de la historia contemporánea de México. Descapitalizado, acosado por las sublevaciones de caudillos militares, presionado por la intervención norteamericana, el país iniciaba, con enormes dificultades, un orden constitucional recién instituido. El dilema de Carranza era claro: ceder a las demandas del grupo sonoreense, con Álvaro Obregón a la cabeza, o establecer un orden legal en la sucesión del Poder Ejecutivo. Lo fundamental, en todo caso, era apartar la política nacional del caudillismo y de las reminiscencias armadas.

Carranza pretendió combatir al militarismo en el poder. Como lo confiara a Blasco Ibáñez, quien entonces preparaba una obra sobre México, muy pocos civiles fueron presidentes en el país: "Es preciso que esto acabe, para bien de Méjico, deseo que me suceda en la Presidencia un hombre civil, un hombre moderno y progresivo que mantenga la paz en el país y facilite su desarrollo económico. Hora es ya de que Méjico empiece a vivir como los otros pueblos".*

Tal lucha civilista -emprendida a partir del ideal de la Constitución-, era compartida por miembros del recién creado Partido Nacional Democrático, presidido por Luis Manuel Rojas, quien sería autor de importantes libros sobre la intromisión de Henry Lane Wilson en contra de Madero: *México pide justicia*. ¡Yo acuso al embajador Lane Wilson...! Su enjuiciamiento criminal

* V.: Krauze, Enrique, *Puente entre siglos. Venustiano Carranza*, Investigación iconográfica de Aurelio de los Reyes, Asistente de investigación: Margarita de Orellana, México, FCE, 1987 (Biografía del Poder/5); p. 151.

para decidir si hubo difamación contra el embajador americano, y alta traición a la Patria (México, 1926), y La culpa de Henry Lane Wilson en el gran desastre de México (1928) y uno de los fundadores de Revista de Revistas y de la Gaceta de Guadalajara. Fue Rojas, justamente, el Presidente del Consejo Constituyente de 1917.

El Partido Nacional Democrático postuló candidato a la Presidencia (1920) al ingeniero Ignacio L. Bonillas, a quien llamara Vasconcelos "títere de Carranza". Para entender el conflicto entre el civilismo del Presidente Carranza, durante los preparativos para elegir candidatos y los propósitos del grupo sonoreense, es necesario recurrir a las páginas de Alfonso Taracena* para seguir pormenores de una historia militar y el trágico fin del propio Carranza.

Esta fue una lucha de 60 días: desde la llegada a Laredo de Ignacio L. Bonillas, el 17 de marzo de 1920, hasta el asesinato de Carranza, en Tlaxcalaltongo, el 21 de mayo de ese año.

El itinerario de la caída de Carranza revela la forma sostenida del golpe de Estado del grupo sonoreense en lo político y lo militar.**

* Taracena, Alfonso, *La verdadera Revolución Mexicana. Sexta Etapa (1918-1920)*, México, Ed. Jus. 1961 (Figuras y Episodios de la Historia de México, 93); pp. 204 y sigs.

**Véase el Apéndice I.

3. A causa de la lucha electoral entre civilistas y militaristas, el de 1920 es uno de los periodos más confusos de nuestra historia y el que, sin duda ha provocado los mayores apasionamientos nacionales.

La figura de Álvaro Obregón, inclusive en nuestros días, continúa asociada a la de un caudillo casi heroico, de difícil examen, ya que su triunfo sobre Carranza no fue sólo de índole personal: a Obregón siguieron, en la Presidencia de la República, cinco militares, a pesar de que, con pretexto de la rebelión delahuertista, decenas de jefes del ejército fueron asesinados.

Durante estos 6 años, a partir del oscuro distanciamiento de 1914, José Vasconcelos se confirió en acusador y juez de Venustiano Carranza. Tal fase de su biografía, casi ignorada, constituye el puente indispensable para comprenderlo no sólo como escritor político, sino como ministro del gobierno de Álvaro Obregón. *La tormenta*, especialmente, abunda en datos que, a veces, aclaran más una posición interesada de Vasconcelos que un supuesto principio político, ligado al espíritu del maderismo. Esto ocurre porque la trama autobiográfica parece anudada no por hechos históricos en sí, sino por su primera pasión amorosa: Adriana,

con quien viaja a Washington, a París, a Nueva York... y en cuya figura queda desvanecida la importancia real que él tuviera como representante diplomático -o agente confidencial- del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Su autobiografía parece escrita para destacar la propia representatividad en diversos conflictos nacionales: de allí el riesgo de aceptar su veracidad, toda vez que muy pocos sucesos y menos documentos podrían encontrarse para avalar sus afirmaciones.

Hasta 1920, hay que insistir en ello, Vasconcelos era un abogado de prestigio con inclinaciones filosóficas, más conocido por conferencista, aunque ya hubiera indicios del que sería estilo autobiográfico a través del ensayo, tramado de sentencias morales y de emoción adjetivada. Antes de examinar sus artículos reunidos en *La calda de Carranza*, acaso los que verdaderamente le dieron notoriedad en ese año, veámos cual era su obra hasta entonces:

Teoría dinámica del derecho, folleto de 22 páginas; tesis profesional con la que obtuvo el grado de Licenciado en Derecho, en 1907.*

Dos conferencias**: "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", dictada en 1910, en el Ateneo de la Juventud

* *Obras completas*, t. I, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957; pp. 13-35

***Ibid.*, pp. 37-78..

y "El movimiento intelectual contemporáneo en México", del 26 de julio de 1916, leída en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú.

*Pitágoras (Una teoría del ritmo)**, cuya primera edición de La Habana, 1916, fuera aumentada y corregida en 1921, para Editorial Cultura, ya que las notas de la segunda parte del ensayo no pudieron ser incluidas en la edición de 1916, "porque el autor se encontraba desterrado en la ciudad de Nueva York y las comunicaciones con México estaban interrumpidas", según él mismo escribió en el prólogo, fechado enero de 1921.**

Esta simple afirmación, una de tantas contradicciones que aparecen en sus escritos, sugiere dudas respecto de su veracidad. Tales dudas, vinculadas a los sucesos en torno de su conflictiva relación con Venustiano Carranza, nos obligan a considerar ciertos aspectos que, por desmentir sus afirmaciones, aclaran algo de esta oscura etapa de su biografía: el primero nos remonta a las cartas citadas en páginas anteriores, las escritas a propósito de la invasión norteamericana a Veracruz, en abril de 1914, de cuyos efectos se desprende la causa del imposible "destierro" que le infligiera el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza.

Si, como Vasconcelos lo afirmara, padecía *destierro* en los Estados Unidos, resultan incomprensibles sus evocaciones de la Convención de Aguascalientes, celebrada, en esa ciudad, del

* O.C., t. III, pp. 9-86.

**Idem., p. 9.

10 de octubre al 9 de noviembre de 1914. No sólo estuvo allí, sino que de allí saldría, en pocos días, su nombramiento como Ministro de Educación del efímero y fugaz gobierno de Eulalio Gutiérrez (3 de noviembre de 1914-16 de enero de 1915). Esto significa que, en caso alguno, estuviera *desterrado* ("Regresé a Nueva York (de Washington) resuelto a volver a México por mi cuenta, sin contacto con carrancistas ni villistas", diría en *La tormenta*. Otro antecedente: al triunfo del constitucionalismo, Carranza mismo lo nombró director de la Escuela Nacional Preparatoria. Otro disgusto entre ellos habría de empeorar su tensa relación ya que, en pocas semanas, sería cesado por no pronunciarse en contra de Villa y de Zapata, caudillos a los que pretendía someter el carrancismo para iniciar el orden en el país. "Pese a su odio por esos caudillos -escribió José Joaquín Blanco-, Vasconcelos reconocía que eran ellos quienes estaban haciendo la Revolución, mientras Carranza le parecía una especie de bufonesco emperador de la barba florida ocupado casi exclusivamente de emperifollarse para desfilarse galantemente por las plazas que Villa y Zapata conquistaban".*

No sólo eso; Carranza, "el de las uñas listas", protagonizaba, para el influyente abogado oaxaqueño, el símbolo del mal y el del desprecio. Al cese como director de la Preparatoria siguió, al parecer, una orden de aprehensión por parte de los carrancistas y, "nuevo prisionero de Zenda, el 16 de octubre de 1914 Vasconcelos huyó de la cárcel carrancista descolgándose desde

* Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, FCE, 1977 (Vida y Pensamiento de México); p. 64.

la ventana de su celda por sábanas anudadas, mientras una bella mujer entretenía amorosamente a los policías. Se dirigió a Aguascalientes, a la Convención".*

Tales pasajes, en *La tormenta*, no son del todo claros: evocados después de 24 años, estos episodios están guiados por la antipatía acumulada, por el rencor mascullado durante dos décadas. Con frecuencia mezcla el término "carranclanes" al de Don Venustiano, cual obvia contradicción de sentimientos entre el Vasconcelos protagonista y el escritor resentido.

La tormenta (1938), casi en su totalidad, está dedicada a revisar "uno de los períodos más confusos, perversos y destructores de cuantos ha vivido la Nación; y también la época más dispersa, pecadora y estéril de mi vida"^{**}; es decir, el de la revolución armada, a partir del efecto del cuartelazo de Victoriano Huerta hasta el ascenso de Plutarco Elías Calles. Una buena parte de la obra, sin embargo, refiere pormenores de sus repudios personales; especialmente la inquina contra Carranza y su sombra política, a quien responsabiliza, directamente, de su salida del país, aunque nunca -no obstante largas descripciones sobre las vicisitudes ocurridas durante el breve gobierno de Eulalio Gutiérrez- se encuentran pasajes en los que el Jefe del Ejército Constitucionalista determinara, concretamente, su destierro:

Expulsado de mi país por las balas de Carranza y por

* *Ibid.*

**"Preámbulo" a *La tormenta*, O.C., t. I, *Idem.*, pp. 724.

*el asco de la situación que triunfaba, me encerré en la Biblioteca de Nueva York y allí tuve por patria a la filosofía griega.**

"El asco de la situación que triunfaba", fue, acaso, el móvil de su salida. Vasconcelos era muy dado a confundir una impresión moral con la realidad histórica; sólo que, en este caso, tal confusión tiene implicaciones políticas de suma gravedad: decirse desterrado era una manera de confirmar los atributos de dictador que le asignaba a Carranza y, al conferir a su enemigo el capricho de expulsar del país a un ateneísta, símbolo del bien y víctima perseguida, Vasconcelos agregaba argumentos para enriquecer su imagen del Prometeo acosado, del profeta que "anuncia a los pueblos la verdad y la justicia", como él mismo llegó a considerarse desde muy joven, sólo que "la incomprensión de los demás" fue orillándolo a un estado de autocompasión y de "asco" por cuanto lo rodeaba hasta abominar de esa "masa de bárbaros", indios irredentos, que pretendió educar alguna vez:

*Las masas embrutecidas no engendran profetas; y si llegan a tenerlos no los comprenden; oyen sus palabras y aun simulan aprobarlas; pero no actúan. Separan el ideal de la práctica y esto es ya degradación y estulticia. Pues la palabra noble ha de mover el ánimo; de otro modo se vuelve farsa.***

* *Ibid.*, p. 993.

***Ibid.*, p. 725.

Si alguien asumió la tarea de desprestigiar a Carranza fue él precisamente y por ello sería premiado, en pocos meses, con un nuevo nombramiento durante el régimen provisional de Adolfo de la Huerta; enlace decisivo para el gabinete de su entonces admirado Álvaro Obregón de quien habría de afirmar, en "No permanezcamos neutrales", algo que después procuró olvidar:

*¡SER OBREGONISTA HOY ES COMO HABER SIDO MADERISTA AYER!
Debemos ser obregonistas, soy obregonista. ¡Proclamarlo es un deber!...**

No habría de pasar mucho tiempo para que tales palabras se transformaran en un juicio contrario. Poseedor de una prosa ágil, con indudables aptitudes narrativas y capacidad persuasiva, Vasconcelos tenía una inteligencia educada, de una parte, por el ideal del humanismo y, de otra, rebasada por la fuerza de sus emociones; es decir, lejos de alcanzar el equilibrio totalizador que anunciara en *El monismo estético* (1918), su talento podía incurrir en conductas similares a las de la barbarie que tanto detestaba. Sus juicios eran radicales, carentes de la mesura propia del humanista o del observador político y de la prudencia del pen-

* *La calda de ...*, Op. cit., p. 63.

sador que actúa conforme principios e imperativos morales. En ese mismo artículo, en su párrafo inicial, lanzó una premisa peligrosa. ya que, con su experiencia, podría desmentirse: "No sólo nuestras instituciones, no sólo nuestras libertades (desde hace tiempo holladas), nuestra Patria misma y nuestro porvenir están en peligro".*

Si en *El monismo estético* -obra desigual formada con dos ensayos y una conferencia-, aspiraba a crear un sistema estético, análogo al musical, sólo que con el agregado de un "yo redentor", en el periodismo incurría en esa suerte de desequilibrio que tanto lo intimidaba por apartarlo de las actividades "exclusivamente espirituales". En 1920. estaban trazadas, con claridad, las dos líneas del Vasconcelos educador/escritor político/profeta desencantado. Una, casi transparente en "Arte creador", lectura de diciembre de 1916, en la Sociedad de Bellas Artes de Lima, que anticipa los afanes de *Robinson a Odiseo*, de *La raza cósmica* y, particularmente, del fondo espiritual que sustentaba su tesis de una nueva civilización mestiza, la cultura americana original y redentora, de cuya raza nueva, mezclada, habría de provenir la esperanza de expresiones originales:

(...) aquí (en América) no se trata de elegir o de cultivar una escuela, sino de crearla; los maestros americanos están llamados a ser iniciadores de tradición (...) Complicado es el Pathos estético de estos pueblos que son nuevos, pero no primitivos; que

* *Ibid.*, p. 66.

se sienten aptos para vibrar con el lirismo impetuoso de los amaneceres; pero reclaman asimismo la perfección, el refinamiento, la luz meridiana de la madurez (...). No puede darse mejor oportunidad para las grandes creaciones: tener a nuestra disposición los útiles del arte, la sabiduría del procedimiento, y sólo el asunto totalmente nuevo. Más aún, también cierta novedad del corazón, pues el cruce de las razas ha desplazado en un ligero brinco a distancia, todas las inclinaciones específicas, ya imperiosas en nuestros antecesores, y a nosotros nos toca un período de indecisión y de elección, extraordinariamente propicio para el milagro. Milagro de una conciencia que se dispone a acudir a las sollicitaciones de una naturaleza ansiosa del esfuerzo práctico, capaz de someterla a las mil finalidades de la industria, y ávida de la inspiración iluminada que ha de redimirla de su inexpressión primitiva, haciéndola pasar transfigurada a los simbolismos y las interpretaciones de un arte, de una literatura, de una cultura.*

Esta es la gufa del humanista; ideal que lo llevaría a realizar una tarea educativa singular al estar fincada en su extraña conciencia del potencial cultural americano; en la fuerza creadora de un mestizaje cuya fuente original, -los indios-, eran para él signo de barbarie, primitivismo abominable protagonizado en sus llamados "carranclanes", en villistas o en los "ebrios zapatistas" a quienes no sólo no comprendió jamás,

* "Arte creador", *El monismo estético. Ensayos*, O. C. t. IV, Op. cit., p. 44.

sino que llegaría a combatirlos con todos los adjetivos despectivos posibles.

"Bovarismo carranclán", encendida refutación a Luis Cabrera, deslinda a su manera las diferencias del destino de los bolcheviques y el de la revolución mexicana, en la hora de Carranza. Aquí se trasluce "el otro" Vasconcelos, capaz de comprender cambios a lo lejos, transformaciones revolucionarias cuyas matanzas, contradicciones y luchas internas no cita porque, sencillamente, las ignoraba. En este artículo Vasconcelos, sin saberlo, defendía el sistema leninista cuyos principios, casi sin excepción, podrían enunciarse como contrarios a sus ideales tan apegados, como él mismo asegurara una y otra vez, al espíritu democrático de Madero. Las noticias incompletas, vagas y generalmente tardías, que se dispersaban por el mundo occidental sobre la revolución bolchevique no tuvo, en Vasconcelos, al único confundido. Sin embargo, asombra el hecho de su intransigencia respecto del natural caos que arrastraba a la mexicana y su generosa comprensión para los alcances conocidos de la de Europa Oriental. Sólo los ingenuos pueden suponer que, en pleno proceso revolucionario, un país camina sin contradicciones, sin acosos o sin asesinatos provocados por levantamientos internos y por las naturales luchas por el poder. Las comparaciones de Vasconcelos parecen inauditas:

Las confiscaciones de Lenin responden a una teoría de gobierno, a una reforma social. Las confiscaciones de Carranza

za son actos de venganza personal y no pueden dar otro resultado que crear la desconfianza y el mal ejemplo, y alentar la inmoralidad y el atentado.

La revolución carrancista ha creado nuevos terratenientes, nuevos opresores, nuevos ricos.

La revolución rusa ha transformado el régimen económico de Rusia y ha acabado con la gran propiedad.*

Pretenciosa analogía de Vasconcelos quien, de un plumazo y con notable facilidad, pasó por alto 300 años de historia colonial. Lucas Alamán podría avalar sus afirmaciones. Vasconcelos, como su antecesor, reducía la historia a actos personales de gobierno: efectos de una voluntad personal casi mágica. Los liberales, oportunamente, entendieron el profundo significado de la independencia nacional: combatir el colonialismo, no sólo a través del desarraigo de sus instituciones, sino en las formas de la propiedad, del laicismo, de la producción y de lucha por consolidar un Estado. Rusia, con su símbolo imperial, pasaba del absolutismo a los indicios de la dictadura del proletariado; México, de la servidumbre secular -combatida por las conquistas liberales que no tardaron en empañarse con nuevas invasiones extranjeras y con la experiencia dictatorial de Porfirio Díaz- a la formación del Estado nacional. Cien años de Independencia eran conmemorados por un dictador a punto de ser rebasado por la primera revolución del siglo XX, y la más significativa entre las de proposiciones democráticas.

* "Bovarismo carranclán", *La calda...*, *Op.cit.*, p. 71.

Una de las características de los pueblos coloniales ha sido, en todo tiempo y lugar, el olvido o la ignorancia de su historia: de ahí la fuerza cultural del colonizador. Las grandes conquistas nacionales han procedido, justamente, del acto de recobrar el propio pasado y no, como de hecho lo supuso Vasconcelos, de una voluntad de transformarse, desligada de sus precedentes, para ser, de pronto, un país similar a otro u otros, en distinto grado de progreso; es decir, nada más proponérselo, México podría ser, en 1920, semejante a la Unión Soviética.

La misma historia ha demostrado que tales analogías son imposibles, que las contradicciones locales obedecen a sus propias causas y que no hay progreso posible si antes no se resuelven los conflictos que estremizan la lucha de clases y las condiciones de la producción.

Aunque Vasconcelos nunca comprendiera lo que eso significaba, en términos políticos y culturales, tenía razón en sus observaciones: el nuestro, entonces y antes, era un país de miserables, dominado por la ignorancia de la mayoría, envilecido por luchas de poder y escenario de combates desiguales por la propiedad de la tierra y por el establecimiento legal de derechos fundamentales; es decir, sin reparar en ello, Vasconcelos enlistaba las características de un pueblo con reminiscencias coloniales, cuyos efectos van más allá de la sola pobreza derivada de la explotación; más allá de las luchas locales por aspirar a ciertos derechos.

La monarquía rusa contaba, a principios del siglo, con una burguesía agraria e industrial superior a la nuestra; aquí, sólo agraria. La industria estaba en manos de extranjeros. La sociedad, durante la dictadura, quedó dividida por terratenientes y peones; por unos cuantos letrados y millones de ignorantes; por un puñado de funcionarios frente a la minoría de artesanos y de trabajadores cuya realidad en nada difería de la del peonaje. Mientras que la revolución rusa tenía el baluarte del proletariado, en México, naturalmente, avanzaba una revuelta protagonizada por millones de campesinos sin conciencia cabal del sentido de su lucha. No obstante, su ideología quedó demostrada en los fundamentos de la Constitución de 1917.

Cuando los prejuicios se anteponen a los juicios no queda sino el ensañamiento contra la persona que representa al "dominador". Vasconcelos encontró mayores afinidades intelectuales en Lucas Alamán porque ambos coincidían en el criollismo conservador. No siguió la escuela de Guillermo Prieto, ignoró a Ignacio Ramírez y también pasó por alto las tesis históricas de Justo Sierra, contenidas principalmente, en su *Evolución política del pueblo mexicano*, cuyas primeras ediciones datan de México: su *evolución social*, México, J. Ballezá y Cia., 1900-1902; Tomo I, vol. I, pp. 33-314 (bajo el título *Historia política*), y t. II, pp. 415-434 (bajo el título *La era actual*). Leyó y reconoció al historiador Carlos Pereyra, a quien cita varias veces en sus memorias, pero nunca hizo de su obra un juicio

crítico, aunque acepta que su lectura le fue útil para escribir su *Breve historia de México*.

Hay en él, como en numerosos intelectuales mexicanos, una sutil contradicción: curiosidad de escritor frente a la lectura y velocidad de periodista en la cuartilla. La urgencia íntima por avanzar camina al lado de la certeza de que en nuestras letras todo está por hacerse. De allí el reiterado hábito de insistir -como el mismo Vasconcelos lo hace- en que de todo se adolece: crítica de calidad, talento narrativo, juicio analítico, aliento poético... Así, algunos se entregan a la tarea de combatir el atraso sin ocultar errores de improvisación. *Breve historia de México* es uno de tantos ejemplos que demuestran que no basta conocer la sintaxis para convertirse en historiador. Allí, Vasconcelos elimina la comprobación por la conjetura; mira su pasado de reojo, sin detenerse ante asociaciones probables. Domina la prisa no la reflexión. Pareciera que sus páginas no fueran respondiendo a la sucesión de dudas que dijera George R. Collingwood ni que sus temas obedecieran a cierto afán por descubrir una trama, un suceso o una causa de la situación observada. Para él, las luchas por el poder son asuntos de confesionario. Es la versión del pecado llevada al extremo de la sustitución del rigor crítico. Lejos de explicarse las razones que anteceden su réproba realidad, reduce su presente al súbito estallido de barbarie. Fácil salida para quien no se decide a ir más allá de lo aparente, más allá de un cómodo supuesto. Como el

caso de las revoluciones mexicana y rusa, inventó analogías imposibles para ilustrar sus afirmaciones. Acomodó la Historia a cierta argumentación política para sus fines ideológicos. De ahí la semejanza entre su estilo como historiador y su personalidad política: exalta o condena; elogia o denosta. Para él, de hecho, ni siquiera el del saber podría considerarse camino de salvación. A cada instante brota su índole moral -que no ética a la manera de la Grecia clásica- y, casi sin darse cuenta, va fundiéndose a su célebre y ya reconocido lenguaje inquisitorial.

De manera alguna ignoró la exposición rigurosa de los historiadores. Fue, sin lugar a dudas, lector asiduo; por ejemplo, encomió a Theodor Mommsen en su *Historia de Roma*. No sólo siguió con interés la obra de Toynbee sino que escribió páginas y referencias frecuentes sobre este autor.* No obstante, sus propios temas no fueron explicaciones del pasado, sino alegatos. *Breve historia de México* es una revisión ideológica de sucesos que conducen a la condena política del México liberal. Sus habituales reducciones lo confunden al punto de suponer al liberalismo adversario del catolicismo en el cual vio, desde su madurez, la gufa de las conductas personal y colectiva.

Veamos, por ejemplo cómo no existieron para él las culturas precolombinas ni alguna obra digna de memoria

* "Toynbee, enseña", *Novedades*, México, 13 de mayo de 1948, p. 4A; "Toynbee Profeta", *Revista Todo*, México, 4 de nov. de 1954, p. 11; V.: José Vasconcelos (*Hemerografía 1911-1959*), *Boletín Bibliográfico de la S.H.C.P.* núm. 311, México, 1935.

desprendida del hecho singular de la Conquista:

Ingresamos a las filas de la civilización bajo el estandarte de Castilla, que a su modo heredaba el romano y lo superaba por su cristiandad. Y es inútil rebatir siquiera la fábula maligna de una nacionalidad autóctona que hubiera sido la víctima de nuestra nacionalidad mexicana, es decir, hispanoindígena (...)

Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios (...)

*(...) la figura del conquistador cubre la patria del mexicano, desde Sonora hasta Yucatán, y más allá, en los territorios perdidos por nosotros, ganados por Cortés. En cambio, Cuauhtémoc es, a lo sumo, el antepasado de los otomles de la meseta del Andhuac, sin ninguna relación con el resto del país.**

Lo anterior fue escrito catorce años después de su hermoso discurso al ofrecer al Brasil una estatua de Cuauhtémoc a nombre de México. Entonces Secretario de Educación Pública, otro era su juicio respecto de la antigüedad mexicana. Su elogio de Cortés era contrapunto de su admiración por nuestro mayor héroe indígena. Al instante de entregar la efigie del "joven abuelo", para ser colocada en una plaza de Río de Janeiro, Cuauhtémoc tenía la condición simbólica de una hora

* Breve historia de México, 6a. ed., México, Eds. Botas, 1950, p. 6.

decisiva para la América Latina; en la *Breve historia...*, sin embargo, apenas quedaría en recuerdo perdido en el territorio desértico de los otomíes. Este era el Vasconcelos del reconocimiento mexicano:

*(...) Y ahora Cuauhtémoc renace porque ha llegado para nuestros pueblos la hora de la segunda independencia, la independencia de la civilización, la emancipación del espíritu, como corolario tardío, pero al fin inevitable de la emancipación política.**

En catorce años un escritor puede y debe modificar algunos de sus juicios políticos; el historiador, en vista de nuevas comprobaciones, de datos agregados o de inferencias que van surgiendo al paso de otras preguntas, también puede rectificar sus afirmaciones. Pero, en el caso de referencias como la citada, no se trata del cambio a la solidez del escritor ni al enriquecimiento teórico del historiador, sino de una confirmación del hábito distintivo de José Vasconcelos: el de los pareceres regidos por su temperatura política.

Cuando esto ocurre, cuando dominan las expresiones propias de una ideología en política, la historia queda como texto adicional de la argumentación y no resultado de un método de conocimiento por el cual un autor se aproxima, gradual o completamente, al tiempo del cual escribe.

*"Discurso de Cuauhtémoc en el ofrecimiento que México hace al Brasil de una estatua de Cuauhtémoc", *Cartas y documentos, O.C.*, t. II, *ob. cit.*, p. 851.

La *Breve historia de México* es un tratado de lamentaciones y denuestos. Sus capítulos son un amplio resumen de la antihistoria nacional; es decir, en ellos expone su lista de sucesos sin más comprobación que el aserto de su autor, José Vasconcelos. Así, supuestamente avalado por sí mismo, elaboró su llamada "doctrina funesta" para calificar la Revolución de Independencia. El adjetivo, en el Vasconcelos historiador, sustituye al documento, a la inferencia aguda, a la conclusión necesaria o al examen circunstancial en los cuales se apoyan quienes rehacen intelectualmente el pasado.

Es importante recordar que uno de los historiadores que Vasconcelos decía reconocer fue Theodor Mommsen, cuya célebre obra fuera reconocida con el Premio Nobel -segundo que la Academia adjudicaba-, en 1902. Su vasta *Historia de Roma* es, en verdad, un monumento de erudición en el cual domina el relato hilado de hechos, la explicación implícita de sucesos y la inevitable inclusión de un ambiente verosímil desprendido del conocimiento que Mommsen tuviera de otras disciplinas. Comenzó, cuando joven, a escribir poesía; sin embargo, en este sabio investigador estaba, verdaderamente, un filósofo, un jurista, un historiador y un hábil político. En las casi 4,000 páginas que integran su obra son mínimas las referencias bibliográficas y, sin embargo, resulta innegable su profundo conocimiento del mundo romano. En pequeño, con modestísimos resultados, Vasconcelos seguramente pensó en la obra de Mommsen al idear su resumen histórico de México. Acaso admiró, también,

la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* por Edward Gibbón: el verdadero clásico del género. En Vasconcelos hay más indicios de su reconocimiento a este tipo de intelectuales que de su conocimiento de sus respectivas obras. Hombre de indudable talento, el mexicano aspiraba, según lo afirmó una y otra vez, a la gran obra, a la ópera monumental; pero ésta no estaba, por cierto, entre las disciplinas vinculadas a la historia.

Su procedimiento ante la historia puede observarse en uno de sus artículos políticos en el cual refiere un hecho improbable -la obra inicial del partido Bolchevique en Rusia- para condenar la labor hacendaria de Venustiano Carranza.

El siguiente párrafo ejemplifica cómo Vasconcelos incurria en analogías imposibles:

La revolución rusa emitió papel moneda, pero ese papel moneda no ha sido desconocido por el gobierno, porque desconocerlo equivaldría a robar al pueblo su pan, y los rusos no han robado al pueblo. Si han despojado, ha sido a los ricos, no a los indigentes.

Los carrancistas, en cambio, no han despojado sino a los inermes, al pueblo bajo con los car-

tones y los bilimbiques; a los enemigos personales, con la confiscación de haciendas y fincas.

La revolución rusa echó mano del dinero de los bancos, pero ese dinero lo ha empleado en fomentar las industrias nacionales. En cambio, el oro de los carrancistas, repartido entre los favoritos, ha ido a engrosar los depósitos de los bancos extranjeros, y ha servido para los paseos diplomáticos y otros lujos de los serviles.*

La obra de Luis Cabrera sacó de quicio a Vasconcelos. Sus argumentos lo llevaron a comparaciones, como la citada, para justificar el golpe de Estado de Álvaro Obregón que estaba en ciernes. Si la Revolución Mexicana era el oprobio, conducida por Carranza, la rusa era el ejemplo a seguir, guiada por Lenin. Muy poco después de estos artículos, publicados en diarios obregonistas, Vasconcelos reconocería una cierta verdad histórica y ensalzó la revolución en el poder de Obregón, mientras que comenzaba su diatriba contra el socialismo, la cual no abandonaría ni

* "Bovarismo carranclán", *ob. cit.*, pp. 71-2.

en los últimos días de su vida (Véase *En el ocaso de mi vida**).

Menospreciar la historia ha sido hábito frecuente en numerosos intelectuales mexicanos. Acaso como reminiscencia del colonialismo, ha prevalecido el prejuicio respecto de los supuestos vínculos odiosos de tal disciplina con la política, como si éstos ensuciaran la pureza de la creación literaria. Tal costumbre alcanza nuestros días, a pesar de la imposibilidad de comprender obras o autores desprendidos de su circunstancia. Pocos críticos han reparado en el hecho de que: nuestros principales hombres de letras -y por tanto sus obras- no pueden sustraerse del carácter de su época ni de los episodios políticos que comprometen sus ideas. ¿Cómo examinar a Vasconcelos mismo sin considerar el espíritu exacerbado que pasa de la revolución a la contrarrevolución?

Acaso en "Las responsabilidades de Luis Cabrera, o el que debe irse es Carranza", Vasconcelos ejemplificó no sólo su ignorancia histórica, sino la deformación de los hechos, a nombre de sus ambiciones políticas.

Curiosamente, escribió el citado artículo en abril de 1920 y días después, en mayo, Luis Cabrera hacía lo propio en las páginas reunidas en *La herencia de Carranza*. Ahí, en "La política económica", Cabrera relató y comprobó

* México, Populibros "La Prensa", 1957.

cuál había sido la política de Carranza en todos los aspectos económicos de la revolución, desde 1913 a los tres años de su gobierno de 1917 a 1920.

Escribió Vasconcelos:

[...] el señor Carranza, que para ciertas cosas jamás vacila, encontró por fin el planta-firmas, el sello de hule que buscaba, en la persona de un pariente, que instaló como tesorero de la Nación, y el señor Cabrera, que ya no estaba para hacer feos al caldo, se encargó de la Secretaría de Hacienda, sin condiciones.

Ello no obstante, y a pesar del incondicionalismo jurado, cada vez que se expedía alguno de los decretos escandalosos sobre la nulidad de alguna emisión de bilimbiques, el señor Cabrera cuidaba de contestar a sus censores: que él no disponía, que él era nadie, que él no hacía otra cosa que rubricar las órdenes del Jefe Supremo. El Supremo, el nuevo López, que se había instalado en Veracruz.*

Luis Cabrera, en su notable análisis, afirmó lo que sigue:**

* La calda..., op. cit., p. 77.

**La herencia de..., op. cit., p. 40 y sigs.

Contrastando con la política del general Díaz de preferir al extranjero y de conceder tan excesiva protección y ventajas a su capital que lo convertía en una inversión privilegiada, la política del señor Carranza procuraba el fomento de la riqueza por los nacionales mismos, y para ellos, o por los extranjeros, pero sobre una base de igualdad con los mexicanos [...]

Como siempre que se habla de la política financiera de Carranza se supone que ésta es obra exclusiva de Cabrera, voy a presentar algunos datos cronológicos que servirán para que el lector pueda dar a cada cual lo suyo.

Cabrera hace ver, siguiendo el párrafo anterior, que el encargado de Hacienda, en los dos primeros años del gobierno Constitucional, fue don Rafael Nieto⁽⁶⁾ y que él, Cabrera, fue nombrado Ministro en 9 de abril de 1919. De los cuatro años y un mes que Carranza gobernó como Primer Jefe, Cabrera estuvo en la Secretaría de Hacienda un año y un mes; y, de los tres años y días que Carranza fuera Presidente, Cabrera fue su ministro un año y un mes. Total, en siete años Cabrera tuvo a su cargo lo hacendario dos años y dos meses. Nada de lo cual consideró Vasconcelos para abarcar en su injuria tanto a Carranza como a Cabrera, durante los siete años del período mayor de la revolución armada.

El primer decreto que creó el papel moneda, en 26 de abril de 1913, lanzado por Carranza, dice:

Considerando: que es deber de todos los mexicanos contribuir en parte proporcional para todos los gastos del ejército hasta el restablecimiento del orden constitucional y,
 Considerando, por último, que el mejor medio para acudir a todas esas necesidades, sin causar perjuicios directos y materiales a los habitantes del país, es la creación del papel moneda, he tenido a bien decretar lo siguiente (...)*

Cada uno de los generales de la revolución: Villa, Obregón, Diéguez y González, emitieron papel moneda. Es importante que Vasconcelos lo omitiera porque su crítica habría incluido a quien postulaba como Presidente para rectificar, según él, la nefanda obra de Carranza.

Cabrera hace una pormenorizada relación del cobro de impuestos en oro, incluyendo el del petróleo, para pagar las armas y municiones que adquiría el gobierno, principalmente en los Estados Unidos. Al término de la lucha armada el papel moneda sería cambiado por moneda contante y sonante, de uso nacional, y con una depreciación convenida. Todas las clases sociales contribuyeron, así, a la revolución. Carranza no comprometió al país en ningún empréstito. Al caer, en 1920, había, por primera vez, un importante excedente en la Secretaría de Hacienda.

La intención difamatoria de Vasconcelos fue muy obvia:

* Ibid.

Si el carrancismo es bueno -suposición de mariguano-, el mérito es de Carranza.

Si el carrancismo es malo -verdad de Perogrullo-, entonces la culpa es de Carranza.

Todo lo cual, por supuesto, no basta para absolver a Cabrera.

*Cabrera es enormemente culpable, aunque en el fondo de su juicio no apruebe los chanchullos del bilímbique, y aunque tal vez se estremezca de las ejecuciones que su jefe ordena, por encima de los mandatos de la Suprema Corte.**

Y, finalmente, lo que a Vasconcelos preocupaba:

Lo que verdaderamente urge es un cambio de Presidente.

*Para restablecer nuestro crédito necesitamos cambiar de Presidente.***

*Votemos por la candidatura independiente; por la candidatura de Obregón, afirmando el propósito de defender nuestro voto, de hacer respetar nuestro voto.****

*Las elecciones del primer domingo de julio no se llevaron a cabo. De eso, nada escribiría Vasconcelos y sí, en cambio, del asesinato de Carranzá, en el epílogo a *La calda de Carranza*. En resumen, su versión quedó en algunas frases me-*

* *La calda...*, *Idem.*, p. 79.

** *Idem.*, p. 80.

****Idem.*, p. 82.

morables, por indignas:

(...) La muerte de Carranza ha sido como un óleo de paz: ha bastado que Carranza desapareciera para que los enemigos de ayer se busquen reconciliados; para que los mexicanos de todos los matices de opinión vuelvan a sentirse hermanos; y así que se escriba la historia de este agitado período social, a manera de epitafio tendrá que decirse: "desde la muerte de Carranza volvió a reinar la concordia entre todos los mexicanos.*"

En las últimas páginas de *La tormenta*, Vasconcelos desliza las escenas de su conveniencia política personal. A punto de regresar a México se entrevista, en Los Ángeles, con Álvaro Obregón. Acompañados de Antonio I. Villarreal, de un teniente coronel Carpio -"muy adicto a Obregón y que después fue su víctima"- y acaso de otras personas que Vasconcelos no recordó. Discutieron las posibilidades del fin del carrancismo y, a la frase del Caudillo: "haremos las cosas bien; no quedarán descontentos...", siguió la declaración de apoyo, los preparativos del retorno a México y los artículos difamatorios "en hojas de segunda categoría o en publicaciones ocasionales (...) pero con divulgación suficiente" que constituirían "su" campaña de prensa, la cual, según Vasconcelos mismo diría, es de las que el propio autor desearía olvidar:

con algo de lo escrito por Villarreal y por mí compuse un volumen,

* "Epiflogo", *Idem.*, p. 246.

La caída de Carranza, párrafos de combate que viven lo que dura una campaña; luego, ni el autor desea volverlos a leer.*

Lo que siguió es historia conocida; a la muerte de Carranza, sin embargo, ocurrieron los acomodados de la confusión de poderes. Con el nombramiento de Adolfo de la Huerta, Presidente provisional por decisión del Congreso de la Unión (mayo 24 al 30 de noviembre de 1920), comenzaba otro capítulo en el destino de José Vasconcelos: rector de la Universidad Nacional y, desde allí, responsable de los establecimientos y de los programas educativos del país, hasta su ruptura con Álvaro Obregón del 2 de julio de 1923, fecha en la que abandona, contradictoriamente, sus ligas con los regímenes y con los protagonistas de la Revolución.

* *La tormenta*, op. cit., pp. 1193-4.

III. EL PODER DE LA PLUMA.

1. La personalidad de José Vasconcelos, no obstante el reconocimiento público que tuviera desde sus años de ateneísta, era de índole tan apasionada que lo mismo tendía a crear seguidores fanáticos que enemigos jurados. Y es que sus juicios, en todo tiempo y circunstancia política, iban vinculados a imágenes catastróficas, a figuras exacerbadas que sacudían la ya de por sí desequilibrada emoción de los mexicanos frente a los hechos revolucionarios.

Antes de escribir su obra autobiográfica, utilizaba el conocimiento a manera de látigo contra cualquier obra de gobierno; fue desmesurado en la acción e iracundo al evocar su ajuste de cuentas. Careció de método, a pesar de que "La teoría del ritmo" estuviera entre sus páginas favoritas. México, para él, nunca dejó de padecer un desastre moral, económico y político "provocado por gobernantes indignos y por la pasividad de un pueblo que ha dejado de ser revolucionario."* Desastroso también lo fue durante el levantamiento armado y, conforme su versión de la historia, más desastroso en la lucha liberal. En el capítulo que Emmanuel Carballo dedica a las entrevistas y comentarios relacionados con José Vasconcelos, incluyó fragmentos de sus cartas políticas** que completan la visión amarga de su experiencia mexicana y que aclaran, también, la parcialidad que guiaba su pluma para condenar, de

* Emmanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965; p. 28.

** *Cartas políticas de José Vasconcelos. (Primera serie) 1924-1936. Preámbulo y notas de Alfonso Taracena*, México, Editora Librera.

manera más que religiosa, la conducta de los representantes del Mal. En la misiva del 2 de septiembre de 1933, por ejemplo, quedó el testimonio de su "asco", no de su curiosidad para entender la realidad que tanto abominó:

*Y estoy harto y asqueado de nuestros cien años de historia vil, pero a fin de no perder el derecho a señalar esa vileza, sigo y seguiré dispuesto a reanudar la pelea en el instante en que se coloque la lucha en los términos que corresponden después de tanto hablar. Pues llega un momento en que la misma palabra se envilece si no se acompaña de acción.**

La suya fue, lejos de aproximarse a una teoría, actitud catastrófica del mundo, de su mundo. Gastón García Cantú la consideró visión apocalíptica de una autobiografía antepuesta a los sucesos externos. El juicio ético, sustituto de la explicación reflexiva, lo llevaba a prejuzgar conforme el íntimo modelo del hombre ideal: profeta y "ángel exterminador", cuya tarea ha sido predestinada a elevar su espíritu hasta la obra mesiánica. De allí sus prédicas y su intolerancia distintiva; de allí su afán permanente por vivir en el "ojo del huracán" y de protagonizar la gran figura del escándalo que tanto lo satisfacía. En el fondo de esta tendencia suya estaba la obvia religiosidad que nunca consiguió conciliar con sus afanes. Más que la tarea racional, le interesaba el ejercicio condenatorio como un traslado del confesionario al púlpito.

* *Ibid.*, p. 44.

Tras la desmesura, un desesperado grito por buscar el equilibrio anunciado en su *Monismo estético*, la armonía musical procurada, en términos ideales solamente, para la sinfonía literaria y el sentido estético soñado para combatir el infierno dantesco que avivaba su lucha entre el Bien y el Mal. Leámos la explicación de García Cantó:

(...) Vasconcelos vela en el pasado el difícil equilibrio alcanzado por el Bien sobre el Mal. La historia, por consiguiente, obedecía a un plan divino; ajeno e inasible para la voluntad humana, comprendido entre límites que la sola razón no vislumbra: el principio de cuanto existe y el fin de la vida. Creación y destrucción; advenimiento y ocaso de los tiempos. Del Génesis a la historia del hombre, cuya obra se realiza en dos extremos: ascenso y caída. La noción del progreso, que surge a expensas de la técnica, la economía y la política, no es digna de la ambición humana, sino destino de sometimiento. En ello no podrá haber ni perfección ni dicha, ni, menos aún, inmortalidad. El concepto catastrófico no es del dominio común: lo intuyen, lo escuchan los grandes reformadores a quienes se debe, de vez en vez, la derrota del Mal.*

Y Vasconcelos se sintió llamado a combatir el espectáculo del Mal, a elevarse por encima de la maldad, de la mentira y del crimen de sus contemporáneos. Él, "ángel extermina-

*"Vasconcelos, historia y política", *Cruce de caminos*, México, Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., 1985; p. 16.

dor" por llamado divino, debía apelar al Bien, a la virtud y a la verdad, aunque en ello llevara la pena del acoso o de la incomprensión del pueblo bárbaro, del primitivismo brutal de su Nación miserable, envilecida y engañada por sus gobernantes.

Su embate íntimo era entre el profeta y el mesías; si la razón lo conminaba al anuncio catastrófico, las emociones lo empujaban a la acción para el cambio. Contraste difícil el suyo ya que, en numerosos pasajes del *Ulises criollo* y de *La tormenta*, principalmente, reitera que, aunque ateneísta y presidente del Ateneo de México, nunca coincidió, cabalmente, con sus compañeros: "escribían cargados de citas", insistió, como si tuviesen temor a expresar y sostener sus propias ideas, como si arrastraran la necesidad de demostrar que ellos también pensaban como otros. Deja entrever cierto menosprecio por sus coetáneos, aunque reconozca la fuerza descriptiva, el talento de Martín Luis Guzmán o la importancia de Alfonso Reyes como hombre de letras. En realidad, él apelaba a la existencia de intelectuales de lucha y en lucha, de seres cultos, aptos para gobernar y, al mismo tiempo, dispuestos a sostener las armas, a pelear con ideas y con balas. Es tan obvia esta tendencia suya a preferir los estados de desequilibrio social que antes, durante y después de su campaña como candidato a la Presidencia de la República, insistió en la necesidad de batirse, de levantarse contra los tiranos dictatorzuelos. La mayor causa de su amargo resentimiento procede,

precisamente, de que los vasconcelistas no lo siguieron por "cobardes". Abandonado el líder mesiánico, no quedaba sino afirmar que los bárbaros no lo merecían y que el pueblo mexicano no tenía remedio.

El epitafio que previó para su tumba era la frase de su carta a la juventud:

*Los hijos de vuestros hijos, llorarán por lo que perdieron perdiéndome.**

En sus contradicciones estaba su infierno. Una tras otra, las páginas de su autobiografía van hilando el proceso de deterioro íntimo, la confusión que padecía entre su idea de grandeza espiritual y el ánimo devastador que lo dominaba no solamente en política, sino en sus amorfos casi brutales, cuyas descripciones lo presentan como un ser inmaduro, ajeno al respeto y desbordado en pasiones pueriles. La muerte, la humillación y los actos vejatorios se anteponen a su ingénua imagen de amante experimentado. En el *Ulises criollo* confiesa el asco que le producían los nacimientos de sus hijos; en *La tormenta* y en *El proconsulado* insiste en su menosprecio al matrimonio como si con el solo anuncio de su simpatía por el celibato justificara el humillante confinamiento de la esposa a quien, a todas luces, despreciaba; como el país, ella estaba siempre dispuesta, siempre disponible para emitir el perdón. Ni ella ni México podrían vincularse al rompimiento; tampoco Adriana o Valeria,

* *La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y Tragedia*, México, Compañía Editorial Continental, 1959; p. 350.

porque la mujer y la Patria debían permanecer cuando y en donde él los necesitara. Extraña actitud la suya, que no deja de revelar su pasión materna. Las más intensas páginas del *Ulises Criollo* corresponden a la evocación de la única mujer a la que verdaderamente amó: su madre.

Como sus adulterios, los supuestos exilios de Vasconcelos estuvieron regidos por estados de ánimo. Jamás se divorció de la esposa; nunca dejó, verdaderamente, al país. Acaso este hombre de singular talento nunca comprendió que su actividad intelectual requería de tales momentos de tensión entre el odio y la proximidad amorosa, entre la humillación de quienes lo amaban y el respeto que les merecía. Si algún carácter está regido por la política, es el suyo; sin embargo, tan contradictorio era que no pudo ceder a la tentación de transcribir esta reveladora afirmación suya en la que asegura su preferencia por "los trabajos del alma":

*Nunca me dio a mí por el liderismo político, porque mi actividad siempre la reservé para los trabajos del alma que investiga toda la amplitud del mundo. Y el político ha de limitarse en forma reducida. Pero siempre juzgué que era deber de patriotismo, de hombre, contribuir a que el ambiente en que uno va adesarrollar su vida deje de ser el de la tribu canibal y se convierta a los usos de una mediocre civilización, por lo menos.**

* *La tormenta, Op. cit., p. 1099.*

La política, entonces, quedaba a cual deber de hombre y de redentor: su sacrificio de profeta mesiánico. Que buscaba la bandera de "la regeneración", afirma, y que por ella estaría dispuesto a seguir a cualquier hombre honrado que la representara. Lo interesante es que sólo en una ocasión encontró a ese supuesto símbolo de honradez: Álvaro Obregón, uno de los más sanguinarios caudillos del levantamiento, pero el único que reconoció en el poder, al menos mientras así lo necesitara la capacidad de Vasconcelos.

Entre el símbolo ya desencantado de Obregón y la esperanza del cambio civilizador surgió su campaña electoral en 1929: nunca más cedería a la tentación de confiar en la honorabilidad política de otro líder. Más que el Poder Ejecutivo, que indudablemente deseaba, Vasconcelos aspiraba a conferirse en signo, el más alto, del Bien en política y para ello se apoyaba en lo hecho como Rector de la Universidad y, posteriormente, Secretario de Educación.

Luis Cabrera, con cierto tino, dio en uno de los blancos de las contradicciones vasconcelianas. "Cacerfa de gazapos" no es sólo la página de un lector puntilloso del *Ulises criollo*, sino la detallada manera de observar al enemigo para cazarlo en el terreno en el que ambos verdaderamente creían: el intelectual. Allí le recuerda sus ligas con los americanos con quienes, desde 1910, cuando se organizó el antirreleccionismo, estuviera asociado mediante un bufete de abogados. Cabrera descalifica la anunciada pureza política del profeta y

no sin ostensible saña desenmascara algunas de sus acciones posteriores:

Después de algunas actividades políticas que no llegaron a conspiraciones, anduvo, por que él quiso, a salto de mata, más bien, de vacaciones campestres. Pero al estallar la Revolución, se fue a Washington al lado del Dr. Vázquez Gómez. Al triunfo de Madero volvió a México, pero no se ocupó en reclamar su parte del botín, por sus servicios: una curul, una gobernatura, un ministerio, que fácilmente habría podido obtener. Como él mismo lo dice, prefirió aprovechar su influencia para hacer dinero como abogado; por supuesto a base de clientela americana de esa que desde años atrás venía comprando la riqueza nacional. Su ambición no era, pues, de poder; cuando menos de migajas de poder, sino de dinero.*

En la página de Cabrera domina un tono burlesco, aunque no por ello menos apegado a la verdad. Vasconcelos, ciertamente, aprovechó los vaivenes del país para permanecer en el extranjero, durante años, al lado de Adriana: protagonista principal de *La tormenta* ya anticipada, con lujo de detalles, en el *Ulises criollo*. Las ganancias de su próspero bufete le permitieron vivir sin alarmantes dificultades durante mucho tiempo, aun en Nueva York, años después. Asombra la facilidad con la que Vasconcelos confiesa las vicisitudes

* Cabrera, Luis, "Cacería de gazapos", *Obras Completas*. T. II; *Obra Literaria*, Edición preparada y dirigida por Eugenia Meyer, México, Ediciones Oasis, 1974, p. 359.

padecidas por la esposa, casi siempre abandonada en México, quien se veía obligada a "vender joyas y algunos muebles" para mantener a sus hijos en tanto y él permanecía con Adriana en el nada ingrato, por cierto, ambiente neoyorkino. En *La tormenta* narra cómo obtuvo un salario de los americanos para trasladarse a Perú como parte de un programa anual de actividades educativas. Inclusive puede leerse, también, cómo fueron infructuosas sus tentativas empresariales para que los estadounidenses invirtieran en algunos negocios relacionados con productos peruanos o con navíos mexicanos. Todo esto no sirve más que para abundar en ese espíritu sembrado de confusión que con tanto celo enjuiciaba a Carranza por tratar con los norteamericanos en circunstancias que Vasconcelos, lejos de comprender, utilizó para degradar su acción de gobierno.

Hombre de confesiones significativas, él mismo se encargó de crear desconfianza en sus lectores para dudar respecto de sus intenciones verdaderas como profeta y civilizador. Su obra educativa, como saldo de una vida, se ha levantado por sobre sus demás acciones políticas. Pero aun éstas requieren de un examen sereno porque seguramente la memoria oral, al ponderar sus logros, recae en una emulación exacerbada de su personalidad o de sus propósitos moralistas. A favor de su prestigio ha quedado la mala administración educativa de los gobiernos contemporáneos y, desde luego, la ignorancia que prevalece en el medio. En contra suya están sus

propios textos, tan cargados de omisiones y de referencias exaltadas de su propia personalidad. A nuestra generación corresponde analizar con justicia las palabras y los hechos, ya que entre el poder y las letras se desliza el descrédito de las humanidades.

A la duda de cuáles fueron los verdaderos móviles que llevaron a Vasconcelos a la rectoría universitaria, salta la primera respuesta suya en *El proconsulado*:

*Mis adversarios hablan pretendido hacer de mí un maestro de los jóvenes, un predicador del futuro, como si mi actuación en la política nacional hubiera comenzado en la Universidad. Nunca fui ni siquiera catedrático de nuestra Universidad y cuando pasé por ella, como rector, actué como político que reforma y organiza de nuevo, no como decano que dentro de la Universidad elabora un futuro.**

Importante confesión suya con mar de fondo. Nunca, es rigurosamente cierto, Vasconcelos manifestó interés alguno por ser reconocido como educador, a la manera tradicional. Lector de obras de la Grecia antigua, consideró que la formación es asunto primordial de la política y que tanto la literatura como la *Paideia* son resultado de una cultura en ascenso, indivisa de la libertad y plegada al ejercicio crítico.

El maestro es, ante todo, conforme tal criterio, un

* *El proconsulado (Autobiográfica)*, O.C., t.II, Op. cit., p. 292.

"soldado del alfabeto"; es decir, inteligencia creadora y combativa, ajena a la necia actitud de los burócratas y dispuesta a auscultar, con hechos, las vías de la imaginación.

Nunca expresó, como Secretario de Educación, simpatía alguna por esos profesores anquilosados, temerosos del cambio y del poder combativo de la inteligencia. Procuró rodearse de personas inteligentes y activas, capaces de comprender el compromiso político de la razón educada.

Fue en una de sus conferencias dictadas en Lima en donde comenzó su fervor público por la raza cósmica, por la esperanza del mestizaje educado y civilizador que podría levantar a América por sobre las culturas contemporáneas. Confía en las humanidades, no en los humanistas ni en los escritores mexicanos. Primero en su autobiografía y luego en sus respuestas a Emmanuel Carballo, Vasconcelos habría de reiterar su desconocimiento de autores y de obras nacionales, como si en ellos estuviese el signo del atraso o el de la barbarie que tanto menospreciaba. A Justo Sierra, entre otros, atribuye su desinterés por el acervo nacional. De los dos cursos de historia que recibiera de él, Vasconcelos sólo decía recordar su encomienda de leer a Platón, a Dante y a Shakespeare y, luego, volver a leerlos: tal su mensaje a una generación más apegada a la historia de Grecia que a la suya propia. Su "perfecta virginidad en cuestión de autores mexicanos", resulta dudosa: Lucas Alamán es influencia demasiado ostensible para ser

negada; aunque también lo pretendió ocultar, acaso como una manera de manifestar su repudio a las reformas de Juárez, es imposible que no conociera a Ignacio Ramírez o, al menos, sus proposiciones educativas. En cambio, reconoció que de entre lo mejor de los programas de Gabino Barreda y de Justo Sierra, con los agregados de lo hecho por Lunacharski en la Unión Soviética y lo suyo propio, había ideado -desde sus tentativas al lado de Eulalio Gutiérrez- un proyecto político de educación nacional. A Emmanuel Carballo dejaría otro de los testimonios de su jactancia, de esa forma suya de negar a autores nacionales cuyas obras, o al menos parte de ellas, necesariamente consideró:

*Hasta la fecha, nunca he leído a Ignacio Ramírez. Si algo de malo hay en ello, la culpa la tiene Antonio Caso. Un día, echando mano de los anaqueles de su biblioteca, agarró un par de volúmenes de lomo colorado, y me dijo: "¿Conoce usted esto? Esto es Ramírez. No lo lea, no vale la pena". Y los azotó contra el suelo. Yo que entonces, justamente entonces, padecía por leer a Gatama Buda en inglés y en francés, pensé: "No, no hay ningún peligro de que yo lea eso". Así vivíamos.**

El que así hablaba era el Vasconcelos de 76 años de edad, próximo a morir. Tal confesión, justamente por citar a

* 19 protagonistas..., Op. cit., p. 35.

un importante reformador del liberalismo, no deja de ser preocupante. Significaría que el fundador de la Secretaría de Educación Pública, en 1921, no sólo menospreciaba las conquistas del laicismo en la educación -lo cual no ocultó-, sino que discurría en función de un país que casi se inventaba con él, como si el pasado debiera borrarse. De ser esto cierto tendríamos a José Vasconcelos como el verdadero iniciador de la improvisación educativa de los gobiernos de la revolución; que tampoco fue. Tal conducta, por cierto, ha sido distintiva de todos sus sucesores, excepto Jaime Torres Bodet, su secretario personal en la SEP y autor, durante el sexenio de Adolfo López Mateos, del Plan de Once Años: Única tentativa que se ha dado por recobrar el programa iniciado por el propio Vasconcelos, aunque enriquecido por la circunstancia nacional y por el fundamento reformado del Artículo 3o. de la Constitución, y el de Porfirio Muñoz Ledo, que contenía una reforma amplia y diversa de la educación, desechado al separarlo de la Secretaría, en 1977.

Vasconcelos, tan enemigo de la barbarie y de la improvisación gubernamental, incurrió en conductas que abiertamente reprobaba. Su proyecto educativo, en lo general de sus proposiciones, representaba una esperanza unificadora por la vía del conocimiento y del desarrollo de aptitudes. Sin reconocerlo directamente, recobraba la mejor herencia del siglo XIX, mediante la reconquista de los clásicos y la universalidad

ya anunciada por los humanistas, desde el siglo XVI. Educar, en México, no es tarea imposible cuando concurren la voluntad del Ejecutivo, el presupuesto indispensable y la imaginación creadora del Secretario en turno. Esto, que parece sencillo, ha sido lo más difícil de combinar. Sobre todo cuando se ha añadido la intervención del sindicalismo que, para bien de Vasconcelos, no existía en sus años de educador.

Consciente del valor de la pluma y de la fuerza que representa el conocimiento en un medio cifrado por la innegable ignorancia, Vasconcelos, acaso en el mayor acto de honradez de que fuera capaz, reconoció una verdad válida para todos los tiempos mexicanos: la literatura y el quehacer de la cultura, entre nosotros, son indivisos de la política. No sin mezclar tal afirmación a otras teñidas de resentimiento, en los días últimos de su vida, después de escribir el saldo de la memoria y de recrear en páginas singulares el espejo saturado de sí mismo, llegó a la conclusión indirecta de que el compromiso ético del intelectual mexicano es, justamente, el que se desprende de su realidad social:

La mala suerte engendra toda literatura. Escribí mis libros para incitar al pueblo contra el gobierno. Me creyeron un payaso. Escribir es hacer justicia. No quería séquito literario, quería gente armada. ¿Qué escritor que en verdad lo es no es un político? El que ignora la política está perdido; igual le ocurre al que se evade de la realidad (...) en México no hay

*literatura porque casi nunca se dice la verdad (...) La literatura debe ser, fundamentalmente, protesta. Su raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está escrita en los códigos. Aunque sea en el orden moral, debe triunfar el bien para que haya una verdadera expresión literaria, sino esta se convierte en prostituta que acata o disimula los actos perversos de los poderosos. El único pueblo antiguo que produjo gran literatura fue Grecia, porque en él a veces triunfaba el bien o, ante su derrota, surgía la enérgica protesta de un Esquilo, de un Aristófanes (...)**

Mezcla de guerrero y hombre de ideas, a veces equivocó sus campos de batalla y, por tanto, sus instrumentos de lucha. Cuando acertó al combinar la política con la razón, el resultado fue uno sólo: el acierto de su cruzada educativa, la mayor del México contemporáneo.

2. El mejor Vasconcelos, como hombre de ideas, puede encontrarse en *De Robinson a Odiseo* y, desde luego, en la primera parte de *El desastre*: capítulos, ambos, correspondientes al proyecto educativo más importante de la hora, en América Latina. A diferencia de sus recuentos del desdén, frente a diversos actos de gobierno, estas páginas se levantan por

**Ibid.*, p. 21.

sobre las demás de su ciclo autobiográfico por su clara correspondencia entre la forma expresiva y su fondo propositivo: equilibrio notable entre la fuerza descriptiva de un suceso político y la prosa ágil, siempre apasionada, de un protagonista de la más audaz empresa revolucionaria: la educación popular.

Memorias, diarios, misivas y páginas confesionales integran el vasto mundo del yo en la literatura. Acaso porque las nuestras no son, todavía, letras que resultan de una tradición rica y diversa, el género autobiográfico representa el más reducido capítulo de la joven literatura mexicana.

El único registro minucioso y cotidiano de nuestras letras es el de Carlos María de Bustamante, iniciado en 1822 y concluido en 1848, durante los días de la intervención norteamericana. De los 42 tomos manuscritos, que se conservan en el Colegio de Guadalupe de Zacatecas, Elías Amador, en 1896, editó uno y defectuoso, ya que suprimió los documentos que Bustamante, celosamente, agregaba a sus notas -hojas volantes, manifiestos, etc.-, los cuales enriquecen notablemente sus comentarios históricos y sociales. En 1980, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, bajo la dirección de Gastón García Cantú, editó los primeros cinco tomos completos y paleografiados del *Diario Histórico de México*, al cuidado de Manuel Calvillo y de Rina Ortiz. Desgraciadamente, el trabajo fue interrumpido, en 1983, a poco de haber concluido el período de la citada administración.

Lejos de integrar un diario íntimo, el de Bustamante es el más completo registro personal de su época al cual agregaba el estado del clima de cada día y algunos juicios complementarios de los sucesos anotados. Obra singular: en ella escribía Bustamante desde el recuento de hechos del día hasta resúmenes periodísticos cuya lectura, hoy, resulta indispensable para conocer la vida mexicana de aquellos años. El que una obra como ésta, cuyo autor funda su propia tradición e importancia relevante, permanezca inédita en su mayor parte, es imperdonable, aunque comprensible en nuestro medio cifrado por la omisión o por la escasa curiosidad intelectual.

Ninguna historia de la literatura mexicana, que se precie de serlo, podría prescindir de tal obra: mezcla de narración descriptiva, de puntual realismo social, de interés histórico y de contenido político. *El Diario histórico de México* no tuvo sucesor alguno; sin embargo, la costumbre de anotar sucesos o de escribir observaciones personales que lindan con las letras por su calidad narrativa o por la variedad temática, se extendió a otros autores importantes. Entre los conocidos destacan, de Antonio de Robles, los tres tomos de su *Diario de sucesos notables* y, por Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*.

Federico Gamboa sería el primer introductor del género autobiográfico en nuestra literatura. Los cinco tomos conocidos de *Mi diario, mucho de mi vida y algo de la de otros*

(1892-1911), conforman lo que podría distinguirse como el diario o los *cuadernos* del escritor cuya vida se funde a sus ejercicios de creación. Alfonso Reyes solía afirmar que estas páginas de Gamboa son el mejor documento para comprender el porfiriato. Los cuadernos restantes -salvo lo publicado en *Excelsior* hasta 1939, permanecen inéditos en propiedad de su descendencia. No es posible, aún, persuadirlos para editar su obra completa. Aunque ésta, según las leyes mexicanas, sea del dominio público desde 1969.

En 1977, José Emilio Pacheco antologó, prologó y anotó el *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, libro formado con una selección de los cinco volúmenes citados y con las anotaciones publicadas en *Excelsior* del 17 de marzo de 1940 al 10 de agosto de 1941; y del 12 de junio de 1960 al 8 de marzo de 1961. "El testimonio de Gamboa -escribió Pacheco- es el único que abarca medio siglo en la vida del país: comienza en el porfiriato y termina en el cardenismo"*, es decir, en 1939, año de su fallecimiento.

A diferencia de los cuadernos de sus antecesores, el *Diario* de Gamboa revela su itinerario en el dominio de la prosa, el de su capacidad descriptiva y el del auscultamiento psicológico de algunos personajes citados. No teme explorar sus propios estados de ánimo y a sí mismo se observa, en ocasiones, como si se tratara de un protagonista novelado. Allí,

* *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, Selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977 (El Hombre y sus Obras); p. 15.

en sus páginas, el autor habla consigo mismo al punto de que el lector supone que tales cuadernos llegaron a formar la segunda naturaleza del autor.

Otros diarios, apenas conocidos por párrafos o cuartillas rescatadas al azar, integran la parte más íntima de sus autores. Los de Concha Urquiza o de Antonieta Rivas Mercado, por ejemplo, cumplieron el penoso destino del secreto confiado a los cuadernos. El de Concha Urquiza, más diverso que el de la Rivas Mercado, no sólo contiene arranques de novela, fragmentos poéticos en prosa, observaciones psicológicas de algunos conocidos o comentarios a lecturas, sino que ella hizo del diario una suerte de ruta interior hacia el descubrimiento de su sensualidad mediante una lucha constante entre su erotismo y su religiosidad. Mujeres de obvio talento, estudiosas y sensibles a los brutales efectos de la desigualdad social de las mexicanas, una y otra coinciden al apuntar que en este medio la inteligencia femenina ha estado confinada al aislamiento y orillada a padecer la conciencia callada de sus pasiones crítica o creadora.

Quien haya leído las páginas de estas dos mujeres no se asombrará al encontrar cierta coincidencia trágica en sus muertes: Antonieta se suicidaría de un balazo en el interior de la Catedral de Notre Dame; nadadora profesional, Concha Urquiza falleció, ahogada, en las aguas del Pacífico. Una y otra, conforme las dolorosas anotaciones de sus diarios, prácticamente inéditos, vivieron períodos tormentosos no sólo a causa

del amor, sino por las dudas de su sentido de ser.*

A ellas debemos la introducción, en nuestras letras, del verdadero intimismo en primera persona. Algunas páginas de Antonieta Rivas Mercado, indivisas en el examen de la obra de José Vasconcelos, serán tratadas en páginas posteriores del presente ensayo.

No diario, sino relato más cercano a la crónica, Álvaro Obregón escribió *8 mil kilómetros en campaña*: batallas y sucesos militares en los que participó durante la revuelta armada. Numerosos protagonistas de la revolución escribirían sus impresiones o memorias, pero éstas no caben en la consideración del género que nos ocupa.

En sus *Apuntes*, Lázaro Cárdenas legó el testimonio personal de su obra política y de gobierno. Tales páginas resultan importantes por su contenido político: son las observaciones de un Presidente de la República ante los hechos, las personas y los sucesos que habrían de transformar el destino del país durante una época de reformas sociales significadas.

En cuanto a los escritores más próximos a las jóvenes generaciones destaca la vasta zaga de *La vida en México* por Salvador Novo, la cual abarca tres tomos correspondientes a los periodos presidenciales de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho

* V.: Robles, Martha, *La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional*, t. I, México, Centro de Estudios Literarios/ Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, 1985, (Letras del XX); pp. 135-158 y 179-200.

y Miguel Alemán. No precisamente del género del diario, sus observaciones son las de un cronista habituado al ejercicio periodístico en prosa de poeta. Pocos escritores contemporáneos superan el dominio idiomático de Novo, su ironía o la destreza de su organización verbal, siempre rítmica y melodiosa.

Unos cuantos, casi inexistentes, son los diarios íntimos de autores mexicanos. Permanece inédito el del cauteloso Alfonso Reyes, aunque unas páginas se conozcan de él en *Diario 1911-1930*, publicado por la Universidad de Guanajuato, en 1969, con prólogo de Alicia Reyes y nota de Alfonso Reyes Mota. Algún informe, reflexiones al paso, comentarios circunstanciales y leves indicios sobre sus quehaceres privados; en realidad, el de Reyes es reflejo fiel del hombre de letras que anota sus ejercicios del día con la casi ostensible conciencia de su ser trascendental. No hay, al menos en lo publicado, la fluidez confesional del verdadero escritor de diario, el diálogo consigo mismo que distingue a quienes, lejos de suponer su importancia, escriben por fervor a su dialogante de papel; sin embargo, no deja de ser la página de taller, el pliego doméstico de quien, en frases de ejercicio cotidiano, va templando la pluma y moldeando la tinta para forjar la prosa y ordenar el fondo de las ideas.

Diario revelador y original es, sin duda, el de José Luis Cuevas: mezcla de dibujo, relato y fantasías eróticas, sus cuadernos van hilando el universo privado de un inventor de sue-

ños públicos. Exhibicionista, imaginativo, capaz de fabular la insignificancia rutinaria, Cuevas, desde el dibujo, se aproximó al juego de las palabras como si se tratara de un corredor de espejos entre forma y sonido, entre el trazo figurado y la figuración verbal. *Cuevas por Cuevas. Notas autobiográficas* (Era, 1965), con Prólogo de Juan García Ponce, es un paseo entre fabuloso y real por el mundo diverso, impropio y desbordado de su imaginación realista. Allí concurren personas vivas e imaginarias; sucesos y sueños; pesadillas de la razón y no pocos disparates presididos por el yo de Cuevas, protagonista principal y testigo indiviso de tan peculiar laberinto de palabras.

Asiduo del Diario, Cuevas creó un "Cuevario" para extender la página de la intimidad a la publicación regular en periódicos y revistas. Graciosa y siempre vivaz, Cuevas ha logrado rozar el género del cuento a partir del relato cotidiano. *Historias de viajero* (Premiá, 1987), prologado por Marco Antonio Campos, es ejemplo de su indudable capacidad narrativa. Las suyas son, al decir de Campos, "experiencias singulares que recoge el viajero tiempo después de haberlas vivido y las convierte en admirables cuentos sin ficción".

Acaso existan numerosos escritores mexicanos fieles a la tarea del cuaderno diario; sin embargo, ninguno ha dado el salto cabal a la página impresa. De algunos escapan ciertas cuartillas que, a veces, han alcanzado a la curiosi-

dad de los lectores en periódicos o revistas. Así se conocieron, en la revista *Hoy*, fragmentos de diario por Salvador Novo. *Cuaderno de escritura* (1969), por Salvador Elizondo, es de las escasas excepciones. El autor se vale del lenguaje para "expresar su propia naturaleza"; es decir, su naturaleza literaria en cuyo fondo refleja el sueño de una identidad tramada con palabras, conformada por medio de la voz que va y viene, solamente en apariencia, en una realidad que comienza y concluye en el universo de las letras. Imagen, color, textura, forma o sonido: todo llega a conferirse en signo del lenguaje y todo es capaz de transformarse en materia de escritura de tal suerte que el retrato del autor es su escritura.

El correo indiscreto que existe entre colegas deja caer, de vez en vez, nombres susurrados de quienes cultivan ésta, el más misterioso de los géneros. Ocasionalmente leemos algunas páginas que fueran íntimas en suplementos o revistas culturales; tal el caso de *la letra e*, por Augusto Monterroso, algunos de cuyos fragmentos fueron publicados en el semanario *Sábado*. Como si se tratase de miembros de una cofradía se mencionan, no sin un dejo de honda curiosidad, a diaristas contemporáneos: Gustavo Sainz, Bernardo Ruiz, Alessandra Luiselli, Salvador Elizondo... ¿acaso Sergio Pitol y Sergio Fernández?... Sin más condición que la de transcribir un diálogo consigo mismo, esta materia autobiográfica se mezcla al retrato ajeno y a la reinención de la realidad por medio de un juego

profundamente individual: es el juego especular que permite al escritor ser a través de otro que es, al mismo tiempo, él mismo; en medio de sus múltiples reflejos, el quehacer del diario se inventa y se recrea a sí mismo al paso cotidiano de sus páginas. Pareciera que se trata de una manera de fundir, imaginariamente, el tiempo y el espacio y que el autor de su propio lenguaje se perdiera en ese mundo de voces y de letras para reencontrarse desde dentro de una realidad reinventada en el sueño de las voces.

Hasta hoy, el del diario ha sido considerado género secundario -por raro y por carecer de referencias de calidad- en nuestras letras. Es probable que el natural desarrollo de la ficción permita reconciliarnos con estos capítulos marginados de la literatura mexicana. Diarios y biografías ocuparán, seguramente, un espacio importante en la revisión cultural del futuro inmediato. Por ahora, seguirán los ejemplos en su estado semivisible, semilegible y casi proscrito.

Destacar la importancia de la monumental obra autobiográfica de José Vasconcelos ha requerido, en estas páginas, del repaso superficial de títulos y autores que podrían emparentarse, levemente, al género de *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre*, *El Proconsulado* y *La flama**: libros que reúnen un empeño sin precedentes toda vez que vinculan al intelectual con los asuntos del poder, al narrador de excepción con el

* Nunca se incluye *La flama* en lo que, editorialmente, ha dado en considerarse obra autobiográfica o *Memorias* de Vasconcelos. Es probable que esta omisión se deba a que se trata de una obra editada a poco de su muerte o, también, a que, de sus obras, es la más desconocida por los lectores.

hombre de lucha y al autor de escenas confesionales con quien más hondamente ha manifestado los efectos de sus padecimientos políticos. Por Vasconcelos conocemos, ha través de la literatura, el drama que ha distinguido la extraña comunión de la política y las letras.

Otras autobiografías se han escrito, aunque no numerosas, entre nosotros: de Manuel Maples Arce, *A la orilla de este río* (Madrid, 1964) y *Soberana juventud* (Madrid, 1967); *Memorias. La victoria sin alas* (México, 1970), de Jaime Torres Bodet cuyo propósito fue el de evocar algunas de sus responsabilidades en la defensa de la política exterior de México y *Autobiografía. Tiempo de arena* (en *Obras escogidas*, México, 1961), libro en el cual el poeta refiere aspectos de su propia vida, aunque con cierta morosidad, con precaución diplomática y sin el fuego interior que en ocasiones se trasmite en obras de este género.

A mediados de los años sesenta, don Rafael Giménez Siles ideó dos colecciones para Empresas Editoriales: "Cartas a los jóvenes (economistas, arqueólogos, políticos, etc.)" y "Nuevos Escritores Mexicanos del Siglo XX Presentados Por Sí Mismos". La primera contenía el mensaje de los mayores a especialistas jóvenes sin desatender aspectos autobiográficos. Entre otros autores, destacaron las colaboraciones de Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano y don Jesús Silva Herzog. La segunda, en ediciones magras prologadas por Emmanuel Carballo,

estuvo conducida por el propósito "de dar a conocer en páginas autobiográficas la fuerte personalidad de los jóvenes escritores mexicanos del momento (...)" . Menos de una veintena de autores -hombres en su totalidad- integraban las variantes listas en las guardas de los primeros títulos; sin embargo, no todos cumplieron y el original proyecto editorial no prosperó. Si bien algunos de los que fueran considerados escritores noveles resultaron aves de paso por las letras, otros como Sergio Pitól y Fernando del Paso destacarían como narradores; José Emilio Pacheco en la poesía y Vicente Leñero en la dramaturgia. De aquellos, tres ensayos autobiográficos fueron especialmente importantes por su agilidad narrativa, por la inmediata influencia que ejercieron en lectores más jóvenes y por apuntar cambios sustanciales en el uso del lenguaje.

A pesar de que sólo unos cuantos escribieron su autobiografía, allí quedó el brote de un cambio decisivo para nuestras letras. Gustavo Sainz, por ejemplo, incorporó el universo de los barrios, el habla marginada a la letra impresa, el desparpajo de la hora y el fin de una época de obediente conservadurismo. Carlos Monsiváis comenzó a crear al personaje Monsiváis que hoy representa con notoriedad: cronista mordaz del medio tono, difusor del lugar común, comentarista apasionado del cine y más entregado a la tarea del locutor participante que a la obra del escritor.

Destaca, asimismo, la autobiografía de Sergio Pitól; allí, el trasfondo formativo del escritor mexicano: sus lecturas,

las dudas editoriales, el silencio de la crítica, un mundo que se descubre en otras lenguas, a través de obras y de paisajes; miedo y silencio, la dificultad inicial de reconocerse como indudable talento. Otros autores de la misma colección fueron Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Marco Antonio Montes de Oca, José Agustín...

Víctor Manuel Villaseñor, por otra parte, publicó sus *Memorias de un hombre de izquierda*, uno de los escasos testimonios mexicanos del género.

Otras autobiografías se han escrito, aunque no numerosas, entre nosotros. Los pintores, principalmente, agregan a su búsqueda formal un recuento de episodios formativos, las vicisitudes amorosas o sus dificultades profesionales. En *Pensamiento y poesía* (UNAM, 1960), Manuel Rodríguez Lozano escribe y habla con otros mediante entrevistas; narra, cuestiona, expresa dudas y describe su relación con el arte, la cultura y con algunas personas de su tiempo. Fragmento de memoria, forma de auscultar la situación del artista en un medio hostil, desfavorable para la obra de creación. Tal documento resulta de utilidad toda vez que el estudioso busca elementos para comprender el mundo de los llamados Contemporáneos, la hora del Vasconcelos en campaña presidencial, los tormentos íntimos o sociales de Antonieta Rivas Mercado... Empero, no solamente ese México se encuentra allí, también aparecen juicios críticos a la pintura, los comentarios o los reflejos de un mundo que se antoja próximo y actual...

Y, por José Clemente Orozco, *Autobiografía* (Eds. Occidente, 1945) libro el cual, a diferencia de lo que afirma el autor, resulta necesario para conocer su universo: "(...) no hay nada de particular, ningunas hazañas famosas, ni hechos

heroicos, ni sucedidos extraordinarios o de milagros. Sólo las continuadas y tremendas luchas de un pintor mexicano por aprender su oficio y tener oportunidades de trabajar. Lo mejor de mi existencia se ha desarrollado durante la época llamada revolucionaria y en esta ferozmente guerrera de convulsiones espantosas que muy bien pudieran terminar en parto de los montes, pero que de todos modos son de lo más divertido". Lo particular, precisamente, consiste en ser el retrato escrito de uno de los mayores muralistas mexicanos de todos los tiempos, a través de un lenguaje espontáneo, chispeante e indiviso del tono irónico de los jaliscienses.

Con mucho qué decir y sin saber cómo escribirlo, Benita Galeana, en *Benita* (1940), ha expresado su propio recuento autobiográfico. Casi analfabeta, dice o dicta los episodios inauditos de su juventud. Su lenguaje no va más allá de cien vocablos; sin embargo, tanta intensidad hay en el relato que al imaginar cualquier escena medio descrita, el lector completa las voces o las frases que le faltan. Más que autobiografía, *Benita* es el trazo de una pasión por vivir y el desesperado afán por descubrir, precisamente, un lenguaje.

Las cartas autobiográficas completan los ejemplos de este género literario en nuestras letras. La misiva de Vicente Lombardo Toledano a Henri Barbusse revela su tránsito del espiritualismo al marxismo, y de su filiación en la CROM (Confederación Revolucionaria Obrera Mexicana) a la lucha de clases, a través de la organización de los trabajadores en los

sindicatos que, más tarde, conformarían la CTM (Confederación de Trabajadores de México).

Voltear al pasado, evocar los nombres, los rostros o los gestos amados en los rincones de su infancia de pueblo, fue lo que Andrés Henestrosa incluyó en *Tres cartas autobiográficas* (1969): "Retrato de mi madre (carta a Ruth Dworkin)", "Los cuatro abuelos (Carta a Griselda Álvarez)" y "Sobre el mí (Carta a Alejandro Finisterre)". Breve folleto en cuyas páginas domina la sensación de nostalgia, *Tres cartas autobiográficas*, al publicarse, rompe la costumbre mexicana de ocultar, entre lo inédito o impublicable, el acervo epistolar en primera persona.

Cuando Vasconcelos difunde la primera edición de *Ulises criollo*, (1935), los lectores mexicanos sufrieron, en verdad, un gran desconcierto: uno de sus escritores, por vez primera, les espetaba algo más de 800 páginas confesionales, tramadas de pasión política y erótica, sembradas de adjetivos y de frases condenatorias del sistema político. Y con el asombro causado por el relato de sus adulterios, de sus confesiones lujuriosas o de sus vaivenes por el paisaje mexicano llevaba Vasconcelos, también, las formas de un estilo que habría de sacudir, desde sus cimientos, la prosa del momento. *Ulises criollo* era algo más que memoria recreada: puente testimonial entre la vida y la pluma; es decir, Vasconcelos rompía de pronto las tendencias literarias de dos tiempos mexicanos: el de su gene-

ración del Ateneo, cuyas inclinaciones estilísticas más generales detestó Vasconcelos desde su juventud y, el vanguardista, ávido de experimentación innovadora, que representaba el grupo de *Contemporáneos*, principalmente. Dos extremos que no sólo quedaban en la natural distancia generacional, sino en sus aspiraciones estéticas, culturales y políticas.

La costumbre del susurro acabó de pronto. Vasconcelos -inaudita acción en nuestras letras- publicaba "su verdad" respecto del pasado inmediato y al recuento de episodios agregaba la condena, el juicio político o la interpretación de parte respecto de los sucesos. Y eso fue, precisamente, lo que más desconcierto provocaba en los lectores porque si alguna influencia colonial ha prevalecido es la de no emitir comentarios políticos directos y la de no comprometerse, por ignorancia, pereza o temor a la sanción, con opiniones adversas a quienes ejercen las tareas de gobierno.

Un velo de inconformidad se rasgaba de pronto a través de la palabra impresa. Aunque Vasconcelos hubiera practicado el periodismo conocido como "de golpe", durante 1920, inauguraba con su autobiografía algo que los intelectuales mexicanos no practicaban: escribir, como voz y parte, aspectos de una lucha social indivisa del dilema de Sarmiento: Civilización o barbarie. Él, protagonista y autor del mayor empeño en favor de la cultura; luego, líder mancillado en 1929 y hombre de ideas que desde otras fronteras se detiene a repasar los hechos que

ración de la cultura, por una forma de progreso regido por la razón educada y sensible a la expresión civilizadora de las artes, ya era ostensible cuando organizaban conferencias y discutían en torno a Pedro Henríquez Ureña.

Más que sus coetáneos mexicanos, por sobre la aún imprecisa influencia que Henríquez Ureña ejerciera en Vasconcelos, concretamente, se levanta por encima de sus páginas la figura nietzschiana: que apela por la cultura de la grandeza en horas de pasión wagneriana. En su *Monismo estético* -texto próximo a tales lecturas-, Vasconcelos es claro en su intención estética: hacer de las letras una *sinfonía*; concierto, el más alto, de la razón con la forma armónica de los símbolos expresivos; es decir, para él, y así lo sostuvo siempre, el dilema no consistía en encontrar coincidencias entre el discutido fondo con la trillada forma, tan en boga durante los años treinta y cuarenta, sino que lo fundamental para un creador llamado a enriquecer con su obra personal el acervo civilizador de la Patria, consistía en unir la fuerza de una emoción apasionada con la intención regulada por las ideas: *sinfonía*, sí, que se ensancha y "explora el universo y, convertido (el discurso) en precisa ciencia lógica (que) desenvuelve la pluralidad infinita organizada en normas".* Para él, la prosa es el recurso expresivo del espíritu: su sustancia misma cuyas finalidades, a través del estilo, no son otras que comunicar o convencer.

* Vasconcelos, José, "La sinfonía como forma literaria", *Monismo...* Op. cit., p. 21.

Y él, apenas comenzar su sinfonía autobiográfica, se dio a la tarea de convencer a la manera del más alto estilo de Ópera alemana: música de Wagner, evocaciones míticas -Quetzalcóatl y "Huichilobos"- y el trasfondo del voluntarismo histórico que desde Shopenhauer y Nietzsche descendía al ejemplo del mestizaje mexicano, con una peculiaridad: si la sociedad era irredenta, Vasconcelos, por sí mismo, protagonizaría la conversión de sí en obra cultural: de allí su sentido mesiánico y de allí, también, su intención civilizadora mediante la decisión individual del cambio. (Recordemos el ejemplo de Goethe).

Como Nietzsche, Vasconcelos también procuró interpretar el carácter de su cultura. Sus primeras páginas son las de la exploración del sentido; guía orientadora de sus inclinaciones filosóficas las cuales, bien a bien, nunca lo condujeron a premisas o a conclusiones interesantes. Nietzsche, ciertamente, no lo llevaba a la realización de un destino en la filosofía, sino, como corresponde a su fase de Zaratustra, al ejercicio de la voluntad de poder: tal el Vasconcelos fundador de la Secretaría de Educación Pública quien, consciente del poder transformador de sus ideas, repudia proposiciones de otros para "experimentar" o "explorar las condiciones de la enseñanza". Abominó de los "teóricos" de la educación y anteponiendo la frase "las ideas las fabrico yo..." instaba a sus colaboradores a dedicarse, solamente, a la actividad creadora.

La del educador es la fase más próxima al Nietzsche

en tránsito de *El origen de la tragedia* a *Así habló Zaratustra*. Su vida como intelectual se debatía entre las inclinaciones apolíneas de sus curiosidades filosóficas y el desbordamiento dionisíaco que va de lo puramente lujurioso en su relación con Adriana hasta la sublimación del asceta que sólo se entrega al placer de la obra de creación. Frase a frase, Vasconcelos mismo va trazando sus ligas de identidad nietzschiana hasta hacer suyo un lenguaje de voluntarismo, una expresión propia frente a la cultura y su sentido moral:

*Ni el escritor, ni el profesional, ni el político podrán consumir tarea de fondo si no se someten a regla casi monástica, si no prescinden de los halagos del trato y aun de las satisfacciones de la familia y de los amigos.**

Como Nietzsche, o acaso influido poderosamente por sus lecturas, Vasconcelos va en busca de los griegos y de las lecciones orientales o hinduistas en pos de un sistema de equilibrio, de una "sinfonía". En realidad, se aproximaba a la filosofía como un medio de afirmación de su voluntad de vivir; es decir, como el filósofo prusiano, Vasconcelos abominaba del "filisteísmo cultural", de la comodidad heredada por una cultura lerda, lenta y medianamente fecunda. Pero, no solamente de sus expresiones más inmediatas, sino del trasfondo antiestético y de leve originalidad. Tal la causa por la que, cabalmente, no

* *El desastre*, O.C., T.I., Op. cit., p. 1279.

se entendió con los miembros de su generación intelectual y por la que, inclusive frente a Antonio Caso a quien, conforme lo escrito en sus memorias, más respetaba llegó a considerarse el profeta de la raza mestiza: con él, el Bien de la razón y la condena a siglos de pasiva mediocridad; por él, el ascenso del nuevo Quetzalcóatl investido de razones vitalistas; guerrero combativo a quien nada lo arredra y prelado de la civilización iberoamericana de la modernidad.

Desmesura y actitud existencial regida por el constante riesgo de vivir fueron, como en Nietzsche, categorías vasconcelianas. Todo riesgo avalaba su genialidad y cualquier acción justificaba su embate a la estupidez. Superhombre iluminado por Atenea, conducido por la ruta de los evangelizadores del siglo XVI, ennoblecido en sus principios éticos por la moral de la Cruz y aspirante a una estética redentora de la América hispana, José Vasconcelos, en el acto más trascendente de su vida, discurreó la transformación de la barbarie mediante un programa que, en verdad, se antojaba no sinfonía creadora, como lo hubiera sospechado cuando autor del *Monismo estético*, sino *bella opera de acción social*, como dijera D'Annunzio al enterarse del programa básico de la nueva Secretaría de Educación Pública mexicana:

Mi plan estableció un Ministerio con atribuciones en todo el país y dividido para sus funcionamiento en tres grandes departamentos que abarcaran todos los institutos de cultura; a saber: escue-

las, bibliotecas y Bellas Artes. Bajo el rubro de Escuelas se comprende toda la enseñanza científica y técnica en sus distintas ramas, tanto teóricas como prácticas. La creación de un Departamento especial de Bibliotecas era una necesidad permanente, porque el país vive sin servicios de lectura y sólo el Estado puede crearlos y mantenerlos como un complemento de la escuela: la escuela del adulto y también del joven que puede inscribirse en la secundaria y la profesional. El Departamento de Bellas Artes tomó a su cargo, partiendo de la enseñanza del canto, el dibujo y la gimnasia en las escuelas, todos los institutos de cultura artísticas superior, tal como la antigua Academia de Bellas Artes, el Museo Nacional y los conservatorios de Música. También desde la escuela primaria operan juntos los tres departamentos, encargados cada uno de su función: las ciencias enseñadas por la escuela propiamente dicha; la gimnasia, el canto y el dibujo a cargo de especialistas y no del mismo maestro normal, y la Biblioteca al servicio de todos, en sus diversos departamentos: infantil, técnico, literario, etc.*

Simple en su exposición, brillante en cuanto propósito de acción y absolutamente irrealizable en un gobierno de poder personal, teñido de luchas entre caudillos y caciques y aún informe respecto de sus compromisos nacionales derivados del cumplimiento constitucional.

* *Ibid.*, p. 1225-6.

Vasconcelos, heredero del signo de la voluntad de poder del pensamiento sajón, omitió un detalle peculiar de la realidad mexicana: los grandes ideales, entre nosotros, nunca han procedido de una voluntad individual, sino de tres revoluciones sociales.

3. El Nietzsche que aspira a la voluntad de poder, el que pregona la libertad y el goce de vivir, ejerció una permanente atracción sobre aquel Vasconcelos que quiso encontrarse en el vigor de las pasiones heroicas.

El tema de las influencias es arriesgado: suele confundirse simpatía con dominio. Bien a bien, nunca ha quedado claro este término con respecto de la literatura. Para evitar peligrosas analogías o afirmaciones temerarias es preferible señalar parentescos; es decir, los autores se eligen entre sí porque una parte de sí mismo se reconoce en el otro; también porque el otro aclara, plantea o examina situaciones que el uno encuentra complementarias o coincidentes. El parentesco surge cuando un autor, al descubrir al otro, extiende sus lazos de identidad. Hay quienes se encuentran en el estilo y, en tratándose de ideas, en métodos o proposiciones.

Goethe, por ejemplo, se convirtió en símbolo de hombre clásico; Nietzsche, en autor de una aventura existencial, la del Superhombre que vive en constante peligro por haberse desprendido de los valores de una cultura decadente. Hombre en quien

la voluntad de dominio se revela en toda su fuerza y opone la Virtud a la moral convencional. "Si el Superhombre tiene alguna moral, es la moral del señor, opuesta a la moral del esclavo y del rebaño y, por lo tanto, opuesta a la moral de la compasión, de la piedad, de la dulzura femenina y cristiana".* Moral que, en medio de contradicciones personales, sirvió a Vasconcelos cual piedra de toque o punto de partida para ejercer, desde su propia voluntad de poder, las acciones transformadoras de su medio cultural.

Existen indicios que nos permiten suponer el ánimo espiritual de algunos ateneístas. Todos ellos coincidieron en el gusto por rescatar los ideales de la Grecia antigua. Podría decirse que de tales lecturas proceden sus posteriores preferencias políticas: la democracia como proposición ciudadana; la libertad como conquista de la razón; la justicia, derecho heredado de la cultura; y la superación educativa, signo, el más alto, de los empeños civilizadores. Filosofía, tragedia y concretamente el descubrimiento y la valoración de la persona humana, fueron temas de discusión que habrían de conducirlos, a cada uno de ellos por vías diferentes, a la necesidad de unificar nuestra cultura en función de lo que Henríquez Ureña llamara "La hora de América".

En la prosa de Martín Luis Guzmán, por ejemplo, puede advertirse su asimilación de la tragedia. Ni qué decir de la

* Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, 4 vols. Madrid, Alianza Editorial, 1979 (Alianza Diccionarios); t. III, p. 2361.

razón. Conforme sus propios términos "la tragedia griega es un concierto de la pasión desenfadada de Dionisios, y el sentido de la contemplación estética que se deriva de Apolo"*, lo cual, indirectamente, podría aplicarse a sus aspiraciones no a la supuesta tragedia que protagonizara como educador, profeta y líder incomprendido en este medio bárbaro que "no lo merecía".

Vasconcelos se aproxima a la veta dionisiaca del Nietzsche cercano a Wagner. Lo intimida el autor de *Ecce Homo* cuya soberbia, dijo, habría de pagar muy caro: "Andarse sintiendo otro Cristo o un Anticristo, no es juego que queda impune, ni lo resiste la mente".** Menos arriesgado, en su caso, fue conferirse en profeta del apocalipsis, en Ulises criollo o en el mítico redentor de los mexicanos, Quetzalcóatl, reencarnado en el líder político en campaña electoral. La fuerza poética de *Así habló Zaratustra* fue, seguramente, una de las impresiones más perdurables de Vasconcelos, aunque no hay que descartar su relación con Wagner y todo lo que ello implica en cuanto a sus vínculos con la mitología, con el drama y con las aspiraciones totalizadoras de sus composiciones. Uno y otro personajes, héroes del romanticismo, se acomodan con facilidad al carácter de Vasconcelos por su genio, por sus cuestionamientos a la cultura burguesa y porque uno y otro, cada uno a través de su expresión creadora, oscilaban entre la la fuerza de la razón, la voluntad de poder y el desbordamiento

* "Nietzsche. (1844-1900)", *Manual de filosofía*, O.C., t. IV, *Op. cit.*, p. 1146.

***Ibid.*, p. 1148.

extremo de sus pasiones. Eran genios diría Vasconcelos con entusiasmo. Como la de ellos, su lucha no se concentraba en la conquista de la vida en sí, sino en el ejercicio de la voluntad de poder, el poder.

Las simpatías temperamentales establecen, como puede observarse en las memorias vasconcelianas, un indudable parentesco con Nietzsche. De él observó peculiaridades que bien podrían atribuirse al imaginario Vasconcelos de la grandeza incomprendida. Y la tenía, ciertamente. Pero su drama era, en todo, más complejo que el de Nietzsche: en rigor, Vasconcelos no fue filósofo; tampoco esteta ni poeta. Lo mejor de su obra procede de la exploración exaltada de sí mismo y del culto a sus hazañas perdidas. Su campaña educativa es obra de un gran talento pero, como casi todas sus tentativas creadoras, ésta no prosperó. Así, un hombre dividido en dos planos fue desarrollándose a través de sus memorias: un protagonista de hechos evocados y otro, el profeta de la pluma, que va siguiendo la línea imaginaria de sus ideales: tal el Vasconcelos nietzscheano empeñado en la voluntad, en la vía de la superación contemplativa. Personaje heroico y víctima de "la barbarie", este Vasconcelos recurrió a la tinta después de haber fracasado en otros: ensayos de acción. Y en el lenguaje escrito, ciertamente, habría de encontrar el eco que no alcanzaron sus hazañas políticas: poder del adjetivo, que no de la voluntad; fuerza verbal que persuadió a las generaciones que seguían de la suya al punto de convertirse, como lo advirtiera Gastón García Cantú, en el ideólogo de la derecha.

y por sobre todo, su *genio*. Él mismo, desde su repudiada experiencia mexicana, habría de mostrarse como un espíritu de excepción, de "alma refinada" -como diría en el mejor estilo decimonónico- y apto para ejercer su voluntarismo. Se reconoció profeta, él sí, y a diferencia de Nietzsche llegó a creerse ángel exterminador.

Espíritu de excepción, conforme a sus propios juicios, lo fue desde niño. En el *Ulises criollo* abundan referencias en tal sentido; sin embargo, ningún atributo significado realmente merecía destacarse en un hijo curioso o en el joven estudiante que intercambiaba lecturas con su madre y las comentaba con una hermosa adolescente. Las anécdotas familiares o escolares que refiere Vasconcelos, en su primer tomo autobiográfico, no denotan calidades asombrosas; sin embargo, sí es clara esa urgencia suya por encontrar el tono mayor de una expresión vigorosa. Como maderista, tampoco se advierten aportaciones originales o actos más allá de lo que otros coetáneos hicieron ante el cambio de régimen. Estuvo cerca de Madero pero, acaso por falta de tiempo, no quedó de él alguna huella política que enriqueciera la lucha democrática de la hora.

Sus estancias en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos, serían períodos de concentración de energía. En *La tormenta* narra con entusiasmo su descubrimiento de la obra de Ianarcharski. En tales pasajes, localizados en la ciudad de Los

Ángeles, ya se deja ver al hombre que va determinando una acción y un proyecto de ser. No concibe el triunfo de los bárbaros ni el predominio, como se lo dijera Juan Andreu Almazán durante un encuentro en San Antonio, de la fuerza para someter aquello que sólo se logra con fuerza. Él observa, discute y recogé cuanto considera indispensable para ser aplicado en su oportunidad. Si de algo estuvo convencido, en cualquier época de su vida, fue de que estaba llamado a las grandes empresas.

Por revelador, el siguiente pasaje debe ser recordado porque en él se trasluce cómo se fue gestando la obra que, al decir de su autor, más lo ufanaba y regodeaba: la edición de los mejores libros de la Humanidad, a precios accesibles, para que los pobres tuvieran acceso a los privilegios de la cultura que sólo gozaban los ricos:

*En cafés y modestas fondas pasamos horas largas discutiendo los métodos de Lenin o las novedades introducidas en Educación, por Lunarcharsky. Una de ellas la copié cuando me tocó dirigir la educación de México: la edición de los clásicos, que ciertos escritores de renombre local me han criticado suponiendo que se trata de una medida aristocrática... Oyen la palabra clásico y caen en la trampa... No, señores despistados; la idea fue de Gorki y la tomé de Lunarcharsky... Gorki es plebeyo, plebeyo genial; que se acordó de los suyos y se dijo: Hay que abaratar los clásicos... hay que darlos a los pobres... No es justo que sean privilegio de ricos... Qué mejor tesoro por repartir.**

* La tormenta, Op. cit., p. 1187.

Es curioso: los mayores resentimientos de Vasconcelos al paso del tiempo no serían, en lo que a la educación se refiere, por la actitud de los políticos. Abominó de los intelectuales "prudentes", a los que asociaba al estilo de algunos ateneístas tan sembrado de ideas, referencias o párrafos de otros autores. Su impulso dionisíaco lo apartaba de temperamentos como el de Alfonso Reyes, por ejemplo, aunque éste lo llamara "el caballero del alfabeto", por su cruzada alfabetizadora.

Y no es extraño reparar en eso: de aquel grupo sería Vasconcelos el llamado a ensayar con la improvisación y a actuar conforme el legado de una tradición cultural. Ese es el contenido de *De Robinson a Odiseo* (España, 1938) y esa fue, en su vida, la cifra culminante de su vigor dionisíaco.

4. Como rector de la Universidad y luego como Secretario de Educación Pública, Vasconcelos repudió a quienes lo acosaban con ideas o con teorías pedagógicas. Deseaba "actividad creadora", no proposiciones que a nada conducen: "Lo que el país necesita es gente que ya sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad".* Y es que él concebía la pasión como medio cultural para alcanzar una edad vigorosa -la de Dionisio- e impregnarla de heroísmo. No se trataba de transmitir técnicas al modo norteamericano ni de incurrir en repeticiones ociosas

* *El desastre*, Op. cit., p. 1267.

de otros proyectos formativos. A Vasconcelos le entusiasmó siempre la posibilidad de *inventar* al nuevo mestizo, de crear los cimientos de una cultura de la grandeza.

Desde la Secretaría habría de realizarse, por primera vez en el siglo, una tentativa civilizadora que no acababa en las fronteras mexicanas. Lo importante de este empeño es que Vasconcelos se anticipaba al mayor drama de nuestro tiempo: el de la penetración norteamericana. Insistió en la formación latinoamericana, en los ideales conjuntos desprendidos de problemas, historias y de necesidades semejantes a todas las naciones de nuestra América. De haberse realizado su proposición, con inteligente constancia, ahora estaríamos mejor preparados para afrontar los embates sociales, políticos y económicos de los Estados Unidos. Y no sólo eso, acaso podríamos contar -como ya es inminente- con una alianza iberoamericana para fortalecer nuestra posición cultural conforme los principios del derecho internacional.

Crear un movimiento de liberación espiritual e "ilustrar las conciencias" en favor de una América nuestra, libre y justa, fueron, en principio, las aspiraciones más claras de Vasconcelos desde sus días de funcionario al lado de Eulalio Gutiérrez.

Aceptar un desafío como el de educar a una población ignorante casi en su totalidad, y civilizar un medio afectado por la violencia armada era la mayor hazaña de su espíritu creador. Hombre de imaginación indudable, nunca cayó en el

"frfo racionalismo" que tanto abominó. A la rectoría universitaria no llegó con intenciones limitadas, sino con la certeza de que, desde su escritorio y a partir del gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, comenzaría la obra más digna de la revolución y la única que, a la postre, habría de transformar, culturalmente, ese bárbaro estallido.

Dionisos, no Apolo, comandaría la aventura del espíritu. La inteligencia era, en esos momentos, menos útil que la pasión creadora. Se requería de vigor heroico, de voluntad para "romper las cadenas del coloniaje espiritual". Frecuentemente repite que no deseaba rodearse de "investigadores" o de personas acostumbradas a avalar afirmaciones con palabras o ideas de otros; destacaba la importancia de la respuesta vital, casi improvisada, a la necesidad que de siglos atrás sólo requería de *voluntad* para modificarse. Hombre de contradicciones, al fin y al cabo, no sería cual político de acción como habría de definirse, sino como "filósofo (a quien) el destino le llevó a la tarea de educar un pueblo".*

Para él, toda pedagogía es la puesta en acción de alguna metafísica; la suya estuvo apoyada en dos ideas fundamentales y en algunas lecciones tomadas de la experiencia de los evangelizadores del siglo XVI, del ejemplo del "buen maestro" o del saber análogo al hortelano egipcio quien, de entre toda la verdura del campo, logró el prodigio de la lechuga. Advirtió la importancia de que el niño, al margen de ideologías impuestas

* De Robinsón a Odiseo. *Pedagogía estructuralista*, O.C., t. II, p. 1496.

deliberadamente o de prejuicios que lo deformen esté próximo a la verdad más alta, la verdad de todos, que sólo se adquiere mediante el conocimiento (las lecturas), la curiosidad y el fomento de aptitudes en un medio que no le sea ajeno ni contrario a las enseñanzas recibidas.

Las ideas básicas dan título a su obra pedagógica:

Simbolizo en Robinson el método astuto, improvisador y exclusivamente técnico que caracteriza la era anglosajona del mundo. Época eficaz, pero desprovista de genio, no alcanzó la cohesión del romano, y hoy declina sin gloria, en tanto que el latino rejuvenece y se decide a no caer con el derrumbe de quienes temporalmente nos dominaron (...)

*Pasada la embriaguez del mal vino, volvemos al vino bueno de nuestra tradición y resucitamos a Odiseo para oponerlo al simplismo de todos los Robinsones. Y nos instalamos en la novedad y aceptamos su reto, pero a fin de trabajarla con toda la sabiduría que atesora la mente. No basta con el pioner inductivo que fabrica utensilios. Hace falta el totalismo clásico en esta hora de reconstrucciones y de universalidad. Robinsonismo, empirismo, filosofía de la ruta, es menester completarla con la teoría de los fines, la metafísica del bienaventurado desinterés y la conquista de lo absoluto.**

Asombrosa asimilación de la voluntad de poder

* Ibid., p. 1497.

nietzscheano: Vasconcelos, por medio de su proposición educativa, pretendía la más alta empresa de la cultura ya citada por el filósofo. Acentuar el elemento dionisiaco para afirmar la vida allí donde reinaban la barbarie y el crimen; fortalecer la voluntad de vivir para no resignarse al peligro primitivo del ignorante, sino para trascender los límites de la cultura e ir más allá -nuevo hombre americano- en la aventura del conocimiento. Música, fomento de la sensibilidad estética, desmesura en las aspiraciones y cierta orientación apolínea para conocer la ciencia y desarrollar las aptitudes de la eficacia eran, en verdad, un traslado agudo de lo que sería proposición filosófica al hecho de criticar, desde sus raíces, lo que Nietzsche llamara el "filisteísmo cultural".

Iluminismo nietzscheano para fomentar el movimiento espiritual del hombre educado y vitalismo para acentuar los ideales del pensamiento especulativo: la contemplación necesaria al sentido estético y al desarrollo de la sensibilidad poética. Vasconcelos llevaba al cabo la síntesis de las mejores lecciones de la civilización: la tragedia griega, el humanismo de los evangelizadores, la filosofía de la hora y una experiencia concreta: la de Lunarcharski en la Unión Soviética.

Pese a la proximidad económica y a los intereses particulares que lo estrechaban al mundo de los negocios norteamericanos, desde su antiguo despacho de abogado, Vasconcelos asumió una peculiar repugnancia al símbolo estadounidense. Lo asociaba al materialismo soso, sin sentido de grandeza y des-

provisto del vigor placentero de Dionisos; al mismo tiempo les reconocía su inigualable capacidad para organizar y para poner al alcance de todos las mejores obras de literatura universal en las bibliotecas mejor provistas. Su odio/amor a los Estados Unidos nunca quedó resuelto. Toda vez que tenía problemas en México salía hacia ese país y allí se quedaba sin mayores dificultades. En sus memorias se encuentran varias referencias al orgullo que sentía por dominar el idioma inglés como si fuese su lengua materna e inclusive por la facilidad con la que se desplazaba entre ellos. Por sus filiaciones políticas sostenidas y por su clara oposición al imperialismo, Gastón García Cantú en *El pensamiento de la reacción mexicana*, habría de incluirlo en lo que llamó "el antimperialismo reaccionario".

Al Odiseo de su teoría correspondió reconocer la obra educativa del liberalismo mexicano; concretamente la de Gabino Barreda y su doctrina positiva. En rigor, sus principios pedagógicos tienen una inteligente simplicidad. Se trata de evitar improvisaciones allí donde debe aplicarse la obra de la civilización, la imaginación inventiva y la curiosidad cuando la necesidad lo requiere. Por otra parte, afirma Vasconcelos:

Las condiciones de la edad moderna están reclamando un Odiseo más internacional que universal. Viajero que explora y actúa, descubre y crea, no sólo con las manos, porque ni quiere ni puede deshacerse del bagaje que le ensanche el alma, el ingenio

*y los tesoros de la cultura milenaria.**

Necesitamos un Odiseo, agrega, que no parta de un Bacon para ejercer su útil inventiva circunstancial; hay que remontarse a un Aristóteles o al legendario Yajnavalkia. Es preciso, inclusive, considerar al Moises fundador de nuestra civilización. Es decir, la imaginación, para ser eficaz respecto del saber, no debe cerrarse a la sola posibilidad de lo inmediato como lo propone Dewey, imbuido de la doctrina protestante del *do it yourself* anglosajón. Un Odiseo de nuestro siglo quien, por la extensión de su saber y por los recursos actuales de nuestra cultura, sobrepase al Odiseo homérico, aunque sin perder su lección original: "aspirar -dice- a la más alta ambición viril de la época".

Ni él mismo hubiera imaginado cuál sería el resultado de su proyecto sinfónico de la literatura. Ese concepto de la totalidad, derivado del drama musical de Wagner y de las mismas concepciones estéticas de Nietzsche, no lo consiguió como filósofo o escritor, sino como educador empírico. Allí, en la disciplina más vasta y universal, vinieron a congregarse todas sus experiencias, aptitudes y actos apasionados. Vasconcelos ocultaba un fondo de romanticismo que no concilió con su época de caudillos. Mientras que la revolución encajaba con sus inclinaciones hacia la heroicidad o hacia las hazañas vigorosas y desbordadas, los hombres de su circunstancia estaban lejos de

* *Ibid.*, p. 1528.

de aproximarse a figuras como Wagner, Nietzsche o D'Annunzio.

Él aspiraba a la ópera del esplendor hispanoamericano. No olvidaba los pregones ateneístas, comandados por Enriquez Ureña, en favor de la Hora de América. Qué mejor modo de realizar tal idea que por medio de la formación espiritual de millones de hombres y mujeres; *conformar*, diría él, pero con genio y pasión, la sensibilidad de los niños y de los jóvenes.

Que retorne el buen maestro -insistió-. para que, como el cultivador, proteja con celo y responsabilidad el crecimiento de las simientes: "En cada hombre hay esta semilla irremplazable que cada doctrina ha de ganar por persuasión, nunca por coacción. Lo que hace falta es fortalecer al germen; para esto se abona la tierra, se dan luz y calor".* Y, a poco, el salto a las contradicciones: en esta analogía con la botánica habrían de implicarse las imágenes de lo sucio, lo limpio y la del sentimiento de asco que tanto repite en sus memorias.

Una de sus características es que aún cuando pretende desarrollar temas pedagógicos, filosóficos o culturales, se infiltra su primera persona. No hay página suya en la que no aparezca como sujeto de memoria, referencia digna de mención o cual filósofo que ausculta o explica situaciones verdaderamente laberínticas. Por eso, en analogías como la de la botánica, no queda sino inferir una obvia distancia entre el hecho educativo, aplicado en su oportunidad conforme las circunstancias, y la pretensión posterior de teorizar a partir del proyecto propio.

* *Ibid.*, p. 1504.

Más sencillo es leer *El desastre* que *De Robinson a Odiseo* para comprender la obra del Secretario de Educación Pública. Es difícil entender las analogías que emplea para explicarse o para comunicar su metafísica pedagógica. Para él, la vida es turbia y sucia. Educar-se equivaldría al proceso purificador que advierte en la botánica y que, indistintamente, refiere a plantas o animales. El hombre, por otra parte, puede elevarse en la escala de la creación gracias a su espíritu: el suyo es un proceso que va de la impureza al poder radiante; es decir, de su subsistencia primitiva a la educación. Esto aparentemente ya que Vasconcelos, apegado como estaba a las imágenes de la excecencia, reincide en una suerte de sucia fatalidad del destino:

*El alma, encerrada en estos vasos impuros, se pasa una existencia amando lo que deberíamos ser y en repugnancia de como estamos.**

A más se avanza en la lectura de su tentativa pedagógica más se acumulan los asombros respecto de la mentalidad que refleja su autor: desorden de ideas y, por tanto, expresivo; páginas incomprensibles y una certeza que va confirmándose: Vasconcelos -otro rasgo de su temperamento-, tendía a escribir sobre asuntos que apenas conocía o que, por lecturas recientes e insuficientes, desprendía afirmaciones peligrosas por su falta

* *Ibíd.*, pp. 1504-5.

de solidez. Así, en este caso, pasa impunemente de lo mineral a la botánica y de ésta a lo animal, desde sus formas más primitivas, para denostar lo sucio y viscoso que, como manifestaciones primarias de vida, no pueden apartarse de la existencia. Para ilustrar sus ideas o, mejor dicho, sus metáforas, recurre a figuras como la que sigue:

*Vivimos entonces por instantes sin la avidez del corpúsculo, necesitados de mentiras que le den sustento, y poseídos de energía radiante. El ser se basta a sí mismo; ya no refleja la luz exterior, como lo hace el diamante, sino que ilumina. Y se apagarla enseguida la conciencia abandonada a sí misma, pero lentamente descubre el arte de abrir las ventanas por donde entra el raudal de la energía infinita.**

Párrafo inninteligible. Ni siquiera él mismo podría saber lo que significa. Lo dicho sigue a la metáfora del asco ante la vida y a la semejanza del espíritu con la luz del diamante. Lo de las ventanas no cabe en sitio alguno, ni siquiera en la posibilidad de comparárselas con la esperanza transformadora de la educación.

Es probable que esta tentativa teórica, basada en su acción educativa, estuviera regida por las imágenes alternadas de repugnancia y de grandeza que caracterizaron al autor de memorias. Su idea de lo radiante podría estar asociada a lo que

* *Ibid.*, p. 1505.

verdaderamente sintió cuando, imbuido de fervor dionisíaco, encabezara la cruzada cultural del gobierno de Álvaro Obregón. Uno fue el que, apoyado por numerosos políticos, maestros, escritores, pintores, artesanos, etc., organizara los medios para formar a los niños y otro quien, años después, pretendiera individualizar una empresa colectiva y presentarla cual proposición filosófico/pedagógica. No hay que olvidar que tras el funcionario hábil y dotado con indudables atributos estaba el hombre señalado por sentimientos de odio y de rencor implacables. Junto a Obregón llegó el Vasconcelos resentido y, a la vez, gratificado. Ese mismo, ya exfuncionario, habría de emplear la pluma para denostar a los gobiernos de la revolución por no haber sido presidente, en 1929.

En este aspecto es necesario aclarar que, para Vasconcelos, los hechos y las figuras de la Revolución eran rasadas conforme sus experiencias personales. Obregón no fue mejor ni peor al caudillo que tramara la caída de Carranza o al que apareciera involucrado, directa o indirectamente, en la matanza de Huitzilac. También es oportuno recordar que numerosísimos militares que hubieran firmado el Plan de Agua Prieta murieron fusilados o asesinados durante los gobiernos de Obregón y de Calles.

La pluma del exsecretario de Educación se movía con la velocidad de su ánimo exacerbado. De allí la precaución que debe tomar el lector de sus memorias. Así, imágenes como la de

la luz radiante o la del asco aparecen envueltas por la evocación oscilante del suceso y, al mismo tiempo, del efecto emotivo respecto de sus resultados políticos. Con tan sumaria metafísica él contempló una nueva pedagogía para la América hispana. Muy probablemente no existe relación alguna entre lo verdaderamente logrado por el educador en funciones de 1920 a 1923 y lo propuesto por el escritor resentido, diez años después.

El juicio más certero, sobre la obra de Vasconcelos, fue escrito por Daniel Cosío Villegas en un ensayo que causó asombro y no pocas discusiones en su época, marzo de 1947, titulado "La crisis de México".*

En la revisión que hiciera Cosío de las condiciones de México en el curso de la Revolución, la figura y la obra de Vasconcelos aparecían en su magnitud social durante menos de tres años y la huella perdurable que dejó en la educación nacional. El de Cosío es un retrato de grandes y firmes rasgos del Vasconcelos contradictorio, genial e imprudente. La cita, aunque larga, es indispensable:

José Vasconcelos personificaba en 1921 las aspiraciones educativas de la Revolución como ningún hombre llegó a encarnar, digamos, la reforma agraria o el movimiento obrero. En primer término, Vasconcelos era lo que se llama un "intelectual", es decir, hombre

* En *Ensayos y notas*, t. I, México/Buenos Aires, Ed. Hermes, S.A. pp. 113-151. Publicado por primera vez en *Cuadernos Americanos*, año VI, núm. 6, Marzo de 1947 y reproducido por el diario *Excelsión* los días 1, 2, 3 y 4 de abril de ese mismo año.

de libros y de preocupaciones inteligentes; en segundo, habla alcanzado la madurez necesaria para advertir las fallas del porfirismo, y lo bastante joven, no sólo para rebelarse contra él, sino para tener fe en el poder transformador de la educación; en tercero, Vasconcelos fue el único intelectual de primera fila en quien confió un régimen revolucionario, tanto que a él solamente se le dieron autoridad y medios de trabajar. Esa conjunción de tan insólitas circunstancias produjo también resultados inesperados: apareció ante el México de entonces una deslumbrante aurora que anunciaba el nuevo día. La educación no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino en la forma única en que México puede entenderse: como una misión religiosa, apostólica, que se lanza a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que la nación se levanta de su letargo y camina.

Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces

se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares, y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y nuestro propio deleite. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones.

Si Vasconcelos hubiera muerto en 1923, habría ganado la inmortalidad, pues su nombre se habría asociado indisolublemente a esa era de grandioso renacimiento espiritual de México; pero Vasconcelos siguió personificando y personifica todavía las vicisitudes de la educación de México. En 1923 peleaba con sus mejores amigos y sostenes: con Antonio Caso y con Pedro Henríquez Ureña, con Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Caso; el lugar que ellos dejaron fue ocupado por bardos aduladores desde la adolescencia. El apóstol de la educación, el maestro de la juventud, el Quiroga, el Motolinía, el Las Casas del siglo XX, resultó en

1924 un modesto y ambicioso político, a quien tenía que arrastrar, ahogar y hacer desaparecer el torbellino político. Con ello, no sólo dejó trunca su obra, la más importante y urgente para el país, sino que desprestigió el nombre, la profesión y las intenciones del intelectual, al grado de que la Revolución no volvió a confiar plenamente en ninguno otro.

Vasconcelos se desterró del país, para fracasar, primero, como profesor universitario; para encerrarse largos años en Francia, España y Argentina, sin leer, sin estudiar, sin ver cosas, sin tratar ni conocer a nadie, engeguccido y obstinado, todo en un sacrificio estéril que ni a él ni al país podía aprovechar. Y allí está, símbolo de las aspiraciones educativas de la Revolución: achacoso, desorbitado, arbitrario, inconsistente, convertido al catolicismo, tardía y vergonzantemente, para perder el respeto de los liberales y no ganar el de los católicos.

Se dirá que es injusto identificar la gloria y miseria de un hombre con una obra colectiva y, por ende, perdurable. Lo es, en verdad, mas sólo en un sentido: la nota encendida, creadora que tuvo entonces la obra educativa de la Revolución no se extinguió toda al salir Vasconcelos de su ministerio; pudo advertirse por diez o doce años más, durante los cuales, ya rela-

jada la tensión evangélica, se amplió, pulió y redondeó la obra en muchos y muy importantes aspectos. Pero la trayectoria de la obra es idéntica a la de quien en su momento de gloria la personificó, porque ha terminado por ser cabticamente inconsistente, mucho más aparente que real y, sobre todo, porque fracasó en su anhelo de conquistar a la juventud: hoy la juventud es reaccionaria y enemiga de la Revolución, justamente como Vasconcelos lo ha sido y lo es.*

* *Ibid.*, pp. 160-3.

IV. EL RIESGO DE LA PASIÓN.

1. José Vasconcelos, uno de los narradores más vivos de nuestras letras, se valió de la pasión para forjar un estilo. Con pretenderlo en su teoría sinfónica de la literatura, no fue la estética fin, medio o propósito ostensible de su obra autobiográfica. Una y otra vez insistió en ser "hombre de ideas" porque abominaba de aquellos autores que, incapaces de comprometerse en juicios críticos, divagaban con imágenes ajenas a la realidad.

A su manera, siempre explosiva y sumaria, tocó uno de los grandes temas que, directa o indirectamente, preocupan a los escritores. No hay, en sus memorias, pasajes concretos dedicados al examen de este asunto. "La verdad, su verdad" era cuestión implícita y recurrente en entrevistas, en cartas y aún en artículos periodísticos. Tan suya fue la certeza de que la realidad es indivisa de la pluma que no sólo no concibió otra herramienta para la argumentación de la estética, sino que de la gran lección de los griegos antiguos extraía los más altos ejemplos del arte literario. Recordemos que a Emmanuel Carballo aseguró que "en México no hay literatura porque casi nunca se dice la verdad".* Más aún, se consideró esclavo, no escritor, por vivir en "una sociedad atada de pies y manos".

Tal afirmación nos conduce a observar uno de los aspectos más importantes de las letras mexicanas: su relación con la circunstancia. En horas de lucha política, como las que

* 19 protagonistas..., *Op. cit.*, p. 21.

viviera Vasconcelos desde su juventud hasta el cardenismo, un escritor debe plantearse el dilema de la libertad limitada: o se convierte en crítico proscrito o, a nombre de la estética, se dedica a cultivar un estilo marginado de los acontecimientos. En el primer caso estuvo Vasconcelos igual que, durante otras épocas, estuvieran algunos escritores liberales.

Lejos de ser esclavo, como lo dijo a Carballo, el ex secretario de Educación aprovechó su inconformidad para crear modalidades narrativas en nuestra costumbre literaria. A los liberales debemos la fundación del Estado nacional; su obra, mezcla de ensayo, poesía, cuento o novela -Altamirano, Prieto, Ignacio Ramírez, Luis Cabrera...- pasaba por las tintas del periodismo y, al parecer, nada perdió nuestra gran literatura por el hecho de que algunos de sus mejores hombres agregaran ideas, proposiciones y juicios sociales a las metáforas o a la reinención de sus fantasías; antes bien, de las luchas del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, procede buena parte de nuestro mejor acervo literario.

Con todo y el acoso reinante en los días del caudillaje revolucionario, Vasconcelos ejerció el valor de la pluma. De sus diferencias políticas procede lo mejor de su obra y, gracias a tales desequilibrios, él innovó el género autobiográfico al vincular hechos a descripciones más o menos precisas, fragmentos de ensayos, pasajes imaginados y una misma indignación que hila lo evocado a su mundo imaginario. Hombre polémico desde sus primeras líneas publicadas, Vasconcelos hubiera sido el mismo

incendiario con o sin caudillos. Inclinado hacia la filosofía de la emoción intuitiva, fue temprana su repulsa al intelectualismo que ya reconocía en los ateneístas. De hecho, desde jóvenes fueron disímiles sus conductas políticas. Mantuvo una distante amistad con Antonio Caso y, no obstante los juicios sutiles entre ambos, depositó en Alfonso Reyes su verdadero reconocimiento. Es ambigua su actitud respecto de Martín Luis Guzmán y clara su posición intelectual: las letras se avivan con fuego político; la cultura depende, para superarse, del compromiso con la realidad. De sus propias páginas personales se desprende la cabal certeza que tuvo respecto de su sentimiento de superioridad frente a sus coetáneos. Si los otros se encubrían en citas o con referencias ociosas, él clamaba la verdad de la situación mexicana; si unos hufan del país disfrazados de diplomáticos prudentes, él, con o sin pluma en mano, avalaba su patriotismo en la página y en la acción; si los otros anticipaban con metáforas de la antigua Grecia la hora de América, él se comprometía con un programa educativo que revolucionaba la vida cultural de manera inmediata; si sus compañeros de generación aspiraban a la democracia sólo con frases alusivas o desprendidas de la retórica clásica, él se jugaba el destino en una campaña electoral por la Presidencia de la República.

Sólo una personalidad tan incendiaria podría haber sostenido el tono mayor de una sinfonía biográfica desde el *Ulises Criollo* (1935) a *El Proconsulado* (1939). Las suyas son, aún en nuestros días, de las páginas literarias más controvertidas por varias causas: reflejan el espíritu de una época de permanente violencia; están desprendidas de la pasión por el cambio nacional; la vida privada se va tramando

con los sucesos del país, al punto de que el lector supone que sin Vasconcelos tal tiempo histórico no hubiera sido posible, en especial, respecto de *Ulises criollo* y de *La tormenta* (1936). La suya es una serie autobiográfica de calidad por su fuerza narrativa, por las descripciones agudas y por la intención lograda de su autor de concertar el fondo a la forma de expresión; así, aunque Vasconcelos jamás conociera el don de la síntesis, utilizó el adjetivo como arma blanca, y lo llegó a dominar más que cualquier otro prosista mexicano de su tiempo.

A la publicación de *Páginas escogidas* de Vasconcelos, en 1940, el joven Octavio Paz respondió con una entusiasta nota en la revista *Taller*. Lo consideró uno de los libros más importantes de la cultura iberoamericana de ese año. Con ostensible simpatía define su fuerza y pondera sus diferencias respecto de sus compañeros de generación. Lo llamó "el escritor más vivo de México" por las controvertidas reacciones que provocan sus páginas. Adhesión o repulsa, como lo apuntamos en capítulos anteriores, eran los contrastes primarios que suscitaba su lectura; otros, más intensos, iban de la cólera al proselitismo fanatizado, como les ocurriera a sus seguidores, según lo narra Mauricio Magdaleno en *Palabras perdidas*. . Es interesante leer la opinión de aquel Paz con frescura crítica:

Ninguno como él está tan hundido en el tiempo, en la duración; otros hablan "desde la historia", desde los futuros libros de historia literaria

(con derecho, sin duda); él, por el contrario, habla, a veces sin ton ni son, desde el instante mismo. La literatura no es un sillón, parece de cirnos, ni un sitio cómodo; es un arma, un instrumento, tanto de amor como de pelea. No sólo pretende seducir sino que muchas veces, deliberadamente, se complace en desagradar. "Hay que saber nadar contra la corriente". Y Vasconcelos es un magnífico nadador.*

Vocero de "casi todos los jóvenes mexicanos", Paz agrega algo revelador:

Vasconcelos provoca en nosotros (...) una seducción y una admiración tan grandes que sería inútil negarlas, una admiración y una simpatía, entendámonos, que no nos hacen olvidar, sino que avivan, por el contrario, todas nuestras profundas diferencias. ¡Dichoso escritor que sabe mover de tal modo pasiones encontradas y que suscita, junto a la crítica inflexible, una amistad que no consiente otro adjetivo que el de encarnizada! Un escritor así es un escritor con discípulos, quiero decir, con interlocutores. Los libros de Vasconcelos provocan un diálogo, mientras que otros sólo consiguen un silencio de aprobación.**

Más que escritor, Vasconcelos fue un fenómeno social a través de la literatura. Paz diría que este hombre "ha creado, con palabras, las cosas de América". Relámpago que casi dejó sin aliento a una generación al perder las elecciones pre-

* Paz, Octavio, "Las 'Páginas escogidas' de José Vasconcelos", México en la obra de Octavio Paz. T.II; Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México, Edición de O. Paz y Luis Mario Schneider, México, FCE, 1987 (Col. Letras Mexicanas); p. 561.

sidenciales, su memoria permaneció vinculada a la del ideal quebrantado de "una hermosa pléyade de jóvenes ilustrados, que hacían sus primeras armas en la política" , como lo evocara José C. Valadés en su *Historia del pueblo de México*, III.* Sus libros -bien lo observó Octavio Paz-, eran un instrumento de pelea. Pareciera que un temperamento como el suyo hubiera sido forjado de acuerdo a la temperatura de la hora. Hombre encendido con argumentos emparentados a la ética social, sus palabras llegaban a un medio fatigado de violencia, asustado ante el desorden y ávido de soluciones capaces de equilibrar el saldo de sangre y el Estado nacional. Los generales, aunque de experiencia política y ya acomodados en la costumbre de gobernar, estaban desacreditados; los intelectuales, en mayoría, no precisaban su compromiso real respecto de los acontecimientos. Una generación nueva, la de los llamados "Siete sabios", llegaría al mundo institucional con la obra fundadora de la Revolución Mexicana: Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso, entre los más destacados, cuya voz crítica y educada alcanzaría el oído del gobernante y el de los militares.

El nombre de Vasconcelos aparece en casi todas las referencias políticas y culturales de los primeros gobiernos de la Revolución. Entre su obra educativa y la tormenta de su campaña presidencial, 1928 y 1929, esa nueva generación de intelectuales, conocida como de "servidores públicos" y definida por Manuel Gómez Morín como la de 1915 -por ser tal año el que señalaba,

* Tomo III, México, Editores Mexicanos Unidos, 1967; p. 344.

desde la Universidad, su ascenso a la conciencia de los problemas nacionales- creaba otro lenguaje, el de "la cuestión de los intelectuales". Ese fenómeno es singular por la trascendencia de sus quehaceres: fundaron instituciones económicas, culturales y políticas que habrían de enriquecer al México posrevolucionario; actuaron, como Vasconcelos, unas veces dentro del gobierno y otras contra él; Gómez Morín organizaría el Partido de Acción Nacional y Vicente Lombardo Toledano el Popular Socialista. No obstante su común origen académico tales hombres, al paso de los años, representaron posiciones ideológicas disímiles entre sí. Su saludable influencia en el México contemporáneo, en términos generales, nos remonta a un nombre y a una época: José Vasconcelos, durante los años veinte:

En 1921, momento en que surgen los desbordamientos de imaginación creativa en aquellos jóvenes del 1915, sus vidas se acercan y se contagian de la del fundador por excelencia, José Vasconcelos, "el hombre más constructor" que habla conocido la América hispana, según frase de Gabriela Mistral. Ocho años más tarde, en la hora de las decepciones, su presencia vuelve a rondar las vidas de los jóvenes, con una consistencia moral distinta de la que exigía el servicio del gobierno. La actitud principal de Vasconcelos, actitud común a los hombres del 1915, regaló el título a este libro: fue la de pretender instaurar en México el buen poder, la obra de beneficio colectivo, imponiendo a la realidad cruda y bronca de la Revolución la sublime y ordenada de la ética absoluta y la téc-

bable: el vasconcelismo respondía a un estado de conciencia nacional en contra del militarismo y asociada, en una primera fase, al antirreleccionismo de Madero; luego, única posibilidad de hacer cumplir los principios del debate revolucionario. Educación, demandas obreras y problemas agrarios eran argumentos que se levantaban en contra de los llamados "nuevos ricos de la Revolución", suma de sobrevivientes del porfirismo y de intereses fortalecidos por las alianzas del poder militar. Magdaleno, sin embargo, no repara en la posición conservadora de Vasconcelos respecto de la vida agraria y, como lo veremos adelante, este fue uno de los aspectos más débiles y antipopulares del candidato a la Presidencia. Por tratarse de un testigo comprometido en la campaña, sus juicios resultan importantes:

Vasconcelos, maderista de 1909, reprodujo un hábito revolucionario inspirado en la actitud de Madero, y planteó la síntesis de la circunstancia política de 1929 como base de lo realmente logrado en materia económica y social. Demandó, por una parte, el rescate de las normas morales sin las cuales el más atrevido progreso material carece de verdaderas bases de sustentación. Su premisa ética constituyó una suerte de revolución de la Revolución. Una vez purgadas de la simonía de que eran objeto, las conquistas agraria y obrera deberían ser pie de la transformación social del país. La educación popular y superior -su viejo torcedor largamente decantado en el exilio- merecía

*una preferente atención a fin de arrancar a la gran masa analfabeta que por lo mismo era instrumento obligado de las maquinaciones de los amos entronizados en el poder, de su ancestral servidumbre y de provocar su desenvolvimiento humano y ciudadano. De la liberación de los parias por medio del alfabeto dependería que contasen en el futuro reales y decisivos partidos que hiciesen posible la deliberación de los intereses de la mayoría y el consiguiente respeto de su voluntad (...)**

Lo anterior significa que para la población estudiantil, especialmente, Vasconcelos era una posibilidad de conquista democrática, aunque no estuviese claro el propósito político de su acción de gobierno. Tras él no había un verdadero partido político, a pesar de que lo postulaba el Antirreleccionista; tampoco contaba con fuerzas organizadas ni lo avalaban ideas o grupos concretos. Educar, como proposición nacional, no era ni es todavía razón para que un intelectual activo se convierta en Presidente de la República.

El estado de conciencia nacional, referido por Magdalena, se situaba en un grupo y correspondía a una posibilidad, no a un hecho: a Vasconcelos lo seguían jóvenes estudiantes, maestros y personas instruidas. Cuando se expande el vasconcelismo por las plazas de provincia y se incrementan las voces de la ovación, en pleno 1929, México ensayaba, a través

* Magdalena, Mauricio, *Palabras perdidas*, México, FCE, 1956, pp. 9-10.

de un movimiento electoral variado y conflictivo, la primera tentativa democrática verdadera de la clase media, después del triunfo de Madero en 1911. Los generales tenían el poder de las armas, el gobierno estaba en sus manos y contaban con los medios para formar alianzas o para convocar a las organizaciones populares. La ola de asesinatos -el episodio de Topilejo es la cumbre del horror y del cinismo de esas horas-, las pugnas entre cabecillas del ejército y la violencia, aunadas a la prevaricación, eran las principales causas del desprestigio; no obstante, hasta el 17 de julio de 1928, día en que José de León Toral asesina al Caudillo en el restaurante La Bombilla, la fuerza era una e incuestionable: Álvaro Obregón, "invencible" Presidente Electo. Otra sería la historia de haber sobrevivido: al rectificar lo que fuera el lema mismo de la Revolución, el Caudillo habría instituido un ciclo político similar al de Porfirio Díaz. Su reelección -ya norma constitucional- avivaba la memoria de Madero, la necesidad de un nuevo líder.

Tal retroceso se evitó cuando Calles, en 1929, institucionaliza la Revolución mediante el Partido Nacional Revolucionario e inventa, a partir de entonces, el "Maximato".

No era sencillo precisar el alcance de las fuerzas reales en el México de 1929: agraristas, militares, estudiantes, católicos fanatizados por los cristeros, remanentes maderistas... La evidencia de los problemas no era coincidente con la educación política de los mexicanos. Como ha ocurrido

y aún ocurre en nuestra historia, la realidad rebasaba la intención del cambio; el hecho es superior al deseo de modificar las condiciones del poder. Así, Vasconcelos iba a la cabeza de una clase media fatigada de barbarie militar, ávida de organización social para el desarrollo capitalista y sensible al significado de la educación. Pero no era suficiente. Como su prosa, la campaña electoral corría como peligroso estallido, como el verbo encendido que condena y señala pero que nada transforma.

Vasconcelos, en verdad, simbolizaba el riesgo de la pasión no la probabilidad del cambio. En él se fortaleció la esperanza democrática, ciertamente, pero también se debilitó un proceso civilista y se retrasaron las condiciones propicias al régimen de derecho. Sin organizaciones ni proyecto preciso, sin comprender, cabalmente, el compromiso agrario de la Revolución, Vasconcelos agitó, sacudió, removió conciencias en favor de la cultura y después salió del país sin comprender las razones de su derrota, amargado por la cobardía de sus seguidores porque no se atrevieron a matarse o vencer. Salió Vasconcelos, sí, convencido de que los mexicanos no tenemos remedio: pueblo de bárbaros que no lo mereció.

Tras él, una realidad que aún perdura: los estudiantes nunca más han vuelto a participar directamente en una lucha electoral. Esto se debe, en parte, a que se ha comprendido que la política no se hace con adjetivos y que el poder de la pluma no es el del Estado; en parte, también, porque aquella

*tendría que verse las con una verdadera conflagración en la que, a diferencia de la promovida por Escobar y socios once meses antes, el pueblo intervendría en masa contra el gobierno (...)**

El de Calles no era un poder en proceso. Desde 1928, después del asesinato de Obregón, demostró su habilidad política. Lejos de desestabilizar el símbolo de su gobierno, León Toral no hizo sino propiciar su fortaleza. Calles, hombre de reconocido talento, actuó conforme la circunstancia lo requería: robusteció la posición del Estado, ponderó el ejercicio de la Ley, levantó un monumento al Caudillo y, ya sin concesiones, determinó el control civil y el sometimiento armado de los "cristeros".

Esta y no otra, ficticia, era la fuerza real de Plutarco Elías Calles, Jefe Máximo de la Revolución Mexicana.

Cuando, en 1935, hablaron Vasconcelos y Calles, muchas cosas quedaron claras. Una, la fundamental, es que el Maestro estaba lejos de conquistar, verdaderamente, la Presidencia de la República. Desde 1928, Calles tuvo, de hecho, los dos elementos indispensables del poder: el control de la fuerza militar y la conducción política del país.

2. Una característica de Vasconcelos, como autor y político, es que consideraba ilegítima, desde el punto de vista moral, la conducta de los gobernantes. No se encuentra,

* *Palabras...*, Op. cit., p. 205.

entre las miles de páginas de su obra, un solo juicio político o un razonamiento que tienda a criticar la realidad mexicana, a partir de su circunstancia. En este sentido, el Maestro no fue diferente a la mayor parte de los ateneístas y también, como ellos, quedó marcado con el signo conservador del porfiriato.

Los ateneístas abominaron de la doctrina positiva, apelaron en favor de las humanidades e hicieron suya la causa de la No reelección. Ellos, entonces, actuaban de manera similar a la juventud vasconcelista: entusiastas estudiantes que encuentran un guía, el líder que habrá de distinguirlos, pero que está condenado al fracaso.

Vasconcelos se preci6, hasta sus últimos días, de su filiación maderista. Estuvo cerca de él, sin duda, pero es evidente que, por su edad misma y por lo intempestivo de su temperamento, poco podría haber hecho como colaborador. De entonces le qued6, sin embargo, una clara relación emotiva con la justicia y una conciencia similar a la de Alfonso Reyes, respecto de su imperativo moral. Aún en las últimas páginas de su vida habría de dominarlo el sentimiento juvenil que se antepone al razonamiento histórico o a la inferencia como herramienta explicativa. El siguiente párrafo, parte de su prólogo a *La flama*, podría anteponerse a toda su obra:

Los atropellos más terribles transcurren delante de una opinión que simula indiferencia o la padece inalterable. Los temas para una gran producción

*literaria abundan en nuestro acontecer y, sin embargo, nuestra novela se refugia en el episodio truculento o en el sentimentalismo rampón. ¿No basta, entonces, con que ocurran injusticias notorias, para que surja la literatura de elevada condición moral que ponga a salvo los fueros del Bien? ¿No basta una gran angustia colectiva para que la tragedia plasme en prosa o en verso? ¿Qué es lo que hace falta para que el alma popular encarne en el Verbo su dignidad ofendida?**

La función del arte, él responde, es la de proclamar la verdad; de otro modo, el creador corre el riesgo de asquearse; la única manera de purificar la sucia condición del hombre es la de redimirse por medio de la ética. No es la inventiva creadora lo que rige la tarea del artista, sino la proclama de la verdad. Es cierto que los personajes no se levantan de la nada y que en prosa o en verso resulta imposible la obra de pura invención. Lo que no consideró Vasconcelos, acaso por esa fiebre por la denuncia y por su pretensión mesiánica, es que el arte no es empeño moralista, sino talento capaz de universalizar una forma, una imagen o un lenguaje. Es lo único que destaca entre el saber de todos y, ciertamente, dignifica o ennoblece. Es redentor toda vez que sus logros depuran el espíritu y su ejercicio contribuye a superar los niveles primarios de la existencia; pero Vasconcelos, hijo del idealismo y miembro de una generación en pos de categorías para modificar el estado de barbarie mexicano, se apartó de la enseñanza

* Vasconcelos, José, *La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia*, México, Cía. Editorial Continental, 1959; p. 7.

platónica: el arte de la palabra o del razonamiento aplicado al saber; es decir, el arte es un modo del pensamiento para alcanzar la verdad y, por tanto o de paso, regir la sociedad conforme tal categoría.

Su visión del mundo y de la vida es la de una lucha entre el Bien y el Mal. La redención no es la artística, tampoco la del pensamiento, sino la de vencer el pecado. Por eso su idea política se reduce al embate de los buenos contra los malos. Tal concepto, de raíz cristiana, fue confundido por él con la estética y con la función de las letras.

Difficil propósito para un intelectual mexicano en años de lucha armada por el poder. La realidad rebasaba cualquier intención estética y de tales horas de crisis Vasconcelos sólo alcanzó a reafirmar un fanatismo religioso:

*(...) la maldad victoriosa mata el instinto creador, ensombrece el espíritu. Una realidad simplemente ruin, no merece otra cosa que el olvido. Para cierta clase de mezquindad, una conciencia esclarecida tiene la defensa del desdén perfecto. Cierta género de conducta asqueada y basta; pero las almas sumisas y confusas, necesitan que alguien les denuncie el mal y les de esperanza de corregirlo. De otro modo, se contagian y terminan por no tener otra veneración que la del éxito (...)**

Grito de indignación, enfado, amargura acumulada a través de un largo recorrido de la memoria selectiva. La pluma, aún en los últimos pasajes de su vida, actuaba como herramienta de combate.

* *Ibid.*, p. 8.

Atrás del ángel doblegado por "las fuerzas del mal" permanecía el infatigable redentor que animó el espíritu del que educaba: Quetzalcóatl del siglo XX con alma criolla y discriminador de indios; hombre de contradicciones tan irresolubles que sólo pudieron sobrevivirse gracias al genio narrativo que las expresaba. Y este es, precisamente, uno de los fenómenos más interesantes de nuestras letras mexicanas: es la obra viva que reconoce el joven Paz, es la pasión del lenguaje que enardece y levanta los ánimos, sacude la imaginación y conmina a la respuesta brava.

La de Vasconcelos no es la obra mejor escrita; tampoco destaca por su finura estética ni por sus metáforas o por la originalidad temática. La de Vasconcelos es, sencillamente, una obra de fuerza equivalente, en intensidad, a su circunstancia. No hay antecedentes estilísticos; tampoco creó discípulos ni imitadores. El estallido fue único. Grito, denuncia y, también, una original manera de recobrar, en nuestras letras, la función del coro griego: manifestar, con ira, la indignación que restituye el equilibrio moral de la sociedad.

Si el estudio de las letras clásicas condujo a Alfonso Reyes hacia el apego a la Retórica y a la exploración de la armonía en los valores espirituales, a Vasconcelos, en cambio, lo situó en la reflexión del sentimiento trágico como instrumento de justicia y medio de salvación. Una y otra vez insistió en el significado civilizador del coro; es decir, el

que la gente del pueblo participe de la verdad en favor de los derechos y mediante esa lucha contra la ruindad, la barbarie y el crimen, supere su destino.

En la tragedia, el Hado nunca perdona. Los conflictos morales se resuelven conforme la sentencia superior e inapelable de la Voz, del destino o de los dioses. El criminal sabe que sus actos serán castigados. Ocurre, sin embargo, una larga deliberación. El coro acusa, esclarece, exige; el protagonista trágico, mientras tanto, enfrenta su conciencia. Nadie se libra de la verdad porque es norma que todo acto implique consecuencias. Así, conforme lo observara Ángel María Garibay en su análisis a la Trilogía de Orestes, la tragedia refleja un proceso de lógica inapelable: 1) Ocurre el crimen 2) surge la venganza y 3) se suscitan el dolor y el perdón. Para Vasconcelos tal movimiento dialéctico asegura la dignidad de un pueblo: no hay humillación impune ni conciencia que no se levante para exigir castigo.

La tragedia fue posible en Grecia porque hubo protesta y sanción. La novela, según Vasconcelos, es propia de la cultura cristiana ya que procede de una moral implacable que persigue al malvado más allá de la vida". Acaso en esta afirmación suya esté la respuesta a su gradual fanatismo religioso: a medida que el odio y la frustración se acumulaban con su certeza de la barbarie mexicana, más incrementaba su fervor por la idea del castigo; no uno temporal -que ese era imposible donde reina la injusticia-, sino el mayor y capaz de rebasar

el límite de la sanción humana; justicia a la medida de las atrocidades cometidas: el infierno interno.

En el prólogo a *La flama* está la clave del Vasconcelos cuya pasión contra el medio se avivaba en cada título. Cuando se lee *Ulises criollo*, el lector parece contagiado de su agilidad, de su afán de cambio; con *La tormenta*, la intriga que comienza, una lucha que a veces indigna y otras remonta a los vaivenes temperamentales del autor; *El desastre*, la dualidad. Es la obra de la fecundidad creadora, la de la memoria vital y la acción apasionada por las ideas educativas, aunque su segunda parte esté marcada por sus diferencias con Álvaro Obregón y otra salida del país; *El Proconsulado*; su saldo de campaña; repaso de una esperanza en la democracia civilizadora, en la voz del coro mexicano, en la respuesta popular a la iniquidad de los militares en el poder. Este es el libro de la tragedia en su primera fase, la del crimen cometido; la diferencia está en que el coro se enmudece -tal la causa por la que en México no existe la "gran literatura". Los vasconcelistas resultan cobardes para exigir justicia e irremediablemente triunfa el mal. Un libro más escribe durante su senectud: *La flama*: páginas incendiarias de un autor que se acoge a la imagen de la sanción eterna y que, al mismo tiempo, busca protagonistas "dignos", "heroicos", que no se resignan a la barbarie; por ejemplo, Anacleto González Flores, ideólogo de los cristeros, quien habría de morir torturado y

y asesinado de forma brutal; otro, el ingeniero Luis Segura Vilchis, coautor del bombazo al automóvil de Obregón cuya confesión no libró de la muerte al padre Pro. Ambos, con otros dos implicados, fueron fusilados el 23 de noviembre de 1927, sin formación de causa ni consignación previa. Bastaron "las investigaciones" ordenadas por el inspector de Policía para determinar los fusilamientos citados.

El fondo de estos repasos se encuentra en un pasaje estremecedor que, por su importancia, es necesario transcribir:

Habla un cronista de no se cuíd de los señores precortesianos que alentaba odio implacable contra un su rival. Para herirlo simuló una tregua: pidió a su enemigo que en prueba de reconciliación le enviase a su hija predilecta, que sería colmada de beneficios. — Envío el otro a la hija, de mensajera de paz. Corrieron algunos días; el incauto enemigo fue invitado a un convite por su rival. En la puerta, dándole la bienvenida, estaba un sirviente cubierto con la piel de la hija, recién sacrificada.

La salvaje traición arranca al ofendido gritos de injuria y de venganza, pero todos lo abandonan. En torno suyo una plebe intimidada, lejos de formular comentario, se escurre silenciosa. — El coro griego constantemente se pronunciaba en favor de la víctima y en contra del malhechor—. En el Anáhuac a nadie se le ocurrió exigir venganza, formular una protesta. Entre los habitantes, repite la crónica, "nadie vido nada". No apareció ningún Orestes, ni siquiera un alguacil.

*La conciencia humana se dejó humillar, se quedó muda, no se aprestó a la defensa del ofendido; por eso no hubo Tragedia ni Literatura en la llamada civilización precortesiana.**

Aterradora imagen que, en algunos aspectos, perdura entre nosotros. Hábil como ninguno para encontrar muestras de bajeza, él mismo incurrió en actos de parcialidad extrema que ofuscan e imposibilitan la justa crítica. No deja de asombrar su gradual inclinación por cierto tipo de personajes mexicanos: el disidente agresivo, el profeta incomprendido, el mártir, el fanático inmolado. Suerte de justicieros en medio de una horda militarizada; hombres valientes, santos y justos que alzan su voz indignada. En tanto y los buenos ofrecen sus vidas en bien del coro que *vide nada*, los malos se embriagan en los prostíbulos creando un espectáculo semejante al de "Huichiperros": bigoté ralo, piel morena, mirada esquiva; manos de torturador ... Echado al respaldo de un ancho sillón forrado de seda, el General retiene sobre una de sus piernas, el cuerpo semivestido de una joven bonita, de tez clara y pelo castaño, ojos gatunos un tanto apagados por el tequila que en copitas de cristal guarda un fuego innoble.** Matarife vulgar, asiduo de meretrices, sólo se le escuchan palabras soeces y órdenes vejatorias. Personaje como tantos han coleccionado las letras de la Revolución: cobardes y semi letrados, hombría de cantina y valientes escudados por un pelotón de bestias. Tal el contin-

* *Ibid.*, p. 9.

***Ibid.*, pp. 48-9.

gente de *Los de abajo* que tanto perturbó al Maestro de América. Son las exaltaciones de la bajeza, dirfa, que tanto Azuela como Martín Luis Guzmán han ponderado como si se tratara de algo digno de recordarse.

Cierto, Mariano Azuela fue, respecto de la Revolución, el novelista de los vicios y de las bajezas entre la "bola" armada: mundo de ocultamientos, traiciones y mentiras que deja la sensación de que aquélla era una horda: dirigida al azar por caudillos bribones y bajos. Memoria sombría de horas ahogadas con amorfos de paso y litros de alcohol; pasajes humillantes, descripciones que dejan al lector sólo vergüenza de ser mexicano, no obstante su calidad literaria. Lo mismo ocurre con *La sombra del Caudillo*. Si Azuela noveló "la ceguera de las masas", Guzmán completó ese cuadro de iniquidades con páginas ya clásicas sobre "la irresponsabilidad de los caudillos medios, la insolencia y la maldad de los que asaltaban los más altos puestos", como escribiera Vasconcelos al justificar la obra de *Los de arriba*, subtítulo de *La flama*.

¿En verdad eran los de arriba? El problema con Vasconcelos es que en el camino del reconocimiento hay que detenerse a matizar un juicio analítico porque, en su lectura, nos asalta con un párrafo desbordado o con su admiración súbita a personajes tan inesperados como Daniel Flores, aquél que, por un balazo en la mandíbula, desfigurara a Pascual Ortiz Rubio. Ni qué decir de su entusiasmo por los líderes

cristeros, "héroes cívicos" de "oscura suerte", como lo fueron León Toral y la Madre Conchita.

Ningún otro escritor mexicano habría de dedicar tantas y tan devotas páginas a estos parroquianos activistas. Sus vidas y sus obras desfilan por *La Flama* como muestrario del catolicismo fanatizado. "Mártires de la barbarie", porque cayeron actuando contra el tirano. Conforme a su analogía con la tragedia, éstos serían los Orestes de México, protagonistas de una insatisfacción popular que, aunque no consumaran la redención de las venganzas cumplidas, actuaban cual voz de dignidad en actos de esperanza.

Vasconcelos, según se comprueba en su lectura, fue sufriendo un proceso de intransigencia creciente. Al no conseguir los cambios políticos esperados, su odio al sistema y a la realidad mexicana se exacerbaba al punto de reflejarse en repeticiones odiosas, en ese insistir en el latrocinio, la codicia o la vulgaridad de los hombres de gobierno. Al final de su vida llegó a asociar la grandeza con figuras de la ofuscación y denunciaba una supuesta intolerancia de los demás mediante frases sin salida, siempre anecdóticas.

Hay páginas en *La flama* que lindan en desatinos. Casi quinientas que amplían, repiten o abundan en anécdotas ya referidas en *El Proconsulado*. Libros complementarios que se desprenden, en lo fundamental, de un tiempo histórico, 1926-1932, y de sucesos a partir de dos hechos decisivos: el asesinato de Álvaro Obregón y la candidatura de José Vasconcelos.

Entre uno y otro se traman los relatos: pasajes cristeros, comentarios al antirreleccionismo, ejemplos de las corruptelas militares, los abusos del poder y su ejemplario de torturadores. En *La flama*, pequeños altares a los caídos por opositores. Párrafos, algunos, que se antojan inauditos, como el que dedica a las "apariciones" de León Toral en su celda de condenado a muerte. Allí, en la soledad de sus últimas horas el héroe/asesino de Álvaro Obregón "descubre" ante sí "una patética lucha (entre) los agentes del mal y del bien"; escena demencial en la que se funde el autor con obvio entusiasmo. Más que de Toral, el embate grotesco parece de un Vasconcelos olvidado de sí mismo, entregado al fervor de la contricción:

Si en *El Proconsulado* se sugiere, *La flama* lo confirma: la campaña vasconcelista actuó como expresión política del vacío que dejaba el levantamiento cristero. No es extraño encontrar ex combatientes católicos entre miembros de los clubes electorales. Su lenguaje era similar y, aunque no abiertamente en favor del culto y de la doctrina, los jóvenes orientaban su acción antigubernamental bajo consignas casi idénticas en la plaza o en la parroquia. Los cristianos recién fusilados se enlistaban en campaña como mártires afines. Bastaría repasar lo escrito por Vasconcelos en favor de León Toral para darse cuenta de qué poca o casi ninguna distancia quedaba entre el fanatismo parroquial y su lucha por la Presidencia de la República:

*Su talla moral es tan rara en América donde hay pocas convicciones y abundan los arraigos en la tibia neutralidad o las conveniencias directas. Católico fervoroso obró como nihilista de principios de siglo. Místico de una sola pieza, mató movido por el amor que las dolencias del pueblo despertaron en él; buscaba un atajo que llevara rápidamente al arreglo del lacerante conflicto religioso; quería mover a compunción a los poderosos del momento, hiriendo como un rayo de justicia divina. Entregó su vida a cambio de la que quitaba, convencido de que la firmeza que impidió a su mano, venía de Dios.**

Quien, al margen de las leyes, se regodea en la interpretación mágica de la realidad es, sin duda, un ser inepto para gobernar. Con pluma en mano, Vasconcelos es temerario e imprudente; con el poder, seguramente, arrearía con la vida de todos sus enemigos, "a nombre de Dios", cuya voluntad tampoco haría temblar su índice acusador.

Flaco favor se hizo agregando, a su cuarteto autobiográfico, la versión de *La flama*. A las semblanzas de los líderes cristeros sigue el panteón del vasconcelismo en el que incluye -otra vez- el repaso electoral y su culto funerario a personajes como Germán del Campo y Valeria -Antonieta Rivas Mercado. De ella queda un doble testimonio que por su parcialidad no deja de llamar la atención: mujer de talento, escribió un diario y algunos cuentos; autora de las únicas crónicas de campaña, de cartas y de otros documentos que resultan indispen-

* *Ibid.*, p. 136.

sables para conocer pormenores y aún el contenido de discursos, de discusiones o de charlas que revelan la ideología del candidato, de ella quedó la sombra de su dramático suicidio en Notre Dame.

Dejó su Diario a Vasconcelos y éste, tras utilizar las páginas en las que Valeria -como a ella le gustaba llamarse- relatara los sucesos de campaña, lo regaló no obstante reconocer su calidad literaria.*

En *La flama* están algunas de sus crónicas, además de una larga semblanza de la que fuera mecenas del Teatro Ulises y del grupo Contemporáneos. Su tormentosa relación con Vasconcelos es ya indivisible del examen de una época mexicana que va de 1928, cuando se conocieron, al 11 de enero de 1931, fecha de su muerte.

Ninguna página de Vasconcelos se iguala en intensidad a la evocación que hiciera de ella en *El Proconsulado*, la parte más brillante y a la vez más desconsolada de su autobiografía**, según Luis Mario Schneider, quien reunió y prologó sus crónicas en 1981.

La de su candidatura es la época en la que renovaba la vieja asociación mítica con Quetzalcóatl. Vasconcelos asume su llamado y se imbuye de su acción transformadora. Del mito recoge dos aspectos básicos: la parte creadora del demiurgo, cuyas enseñanzas vinculaba a su tarea al frente de la SEP; la

* V.: Robles, M., *La sombra...*, Op. cit., T. I, pp. 135-158.

**Rivas Mercado, Antonieta., *La campaña de Vasconcelos*, Prólogo de Luis Mario Schneider, México, Ed. Oasis, 1981 (Colección Biblioteca de las Decisiones); p. 19.

otra, más compleja, es la que protagoniza en sus batallas con Huichilopochtli, el Mal, el dios de la sombra, de la guerra y de la adversidad.

Quetzalcóatl contra Huichilobos (el nombre que le dieran los españoles) es modelo alegórico del Vasconcelos en lucha contra Plutarco Elías Calles, tirano entre los tiranos, "Jefe Máximo" de la barbarie a quien su contrincante atribuye actitudes de debilidad y supeditación ante el Embajador norteamericano Morrow, el Procónsul, cuya ingerencia en la organización del Partido Nacional Revolucionario, según lo reitera una y otra vez en *El Proconsulado* y en *La flama*, era tan definitiva que de ella viene el título de este cuarto tomo de sus memorias.

Acostumbrado a referirse al Vasconcelos candidato en tercera persona, se distinguía con el uso del yo cuando se trataba de asuntos íntimos, o más personales. Esta diferenciación es más notoria en sus libros últimos: pareciera que el mundo de la política perteneciera a otro. y no al hombre de ideas puras, al filósofo y al escritor de verdades que asociaba con sus empeños mesiánicos; José Vasconcelos, ajeno a sí mismo, es recurso de reflexión sobre sus propias proposiciones y tema que desprende de sí para observarse como personaje de un proceso histórico. En "Valeria se decide" abundan las frases que, en pocos párrafos, podrían definirlo como amante, como protagonista mítico y, ante todo, como escritor mexicano;

veámos algunas:

Sintió Valeria que la campaña electoral del vasconcelismo iba a darle a su vida entera una tarea digna de sus capacidades. Hasta entonces y pese a su ambición profunda, lo mejor de su actividad se había dispersado en frivolidades. Por primera vez sentía el llamado de una causa que merecía la devoción y aún el sacrificio (...). Precisaba insertar este movimiento dentro de la corriente general de la Historia de México. El propio candidato venía hablando de que pretendía encarnar la faz civilizada... de la más remota historia del país: reencarnarla el mito de Quetzalcóatl en oposición a Huixilopochtli, el dios sanguinario que perdura en la conciencia nacional. ¿Hasta qué punto tenía razón Vasconcelos? Pero la mejor manera de precisar las ideas era escribirlas. De paso cumpliría Valeria con su vocación de escritora; era preciso iniciar un diario, recopilar una historia de los sucesos, según se fuesen manifestando, y así es como empezó, en horas febriles de la soledad nocturna, horas robadas a su antiguo y estéril vagabundear por cafés, salas de espectáculos y centros de diversión de dudosa fama, a redactar páginas que son hoy el mejor testimonio de su talento y de su patriotismo.*

Antonieta, por fin, encontraba sentido a su existencia... Extraña observación, parecida a alguna del Ulises criollo, respecto de aquella Adriana olvidada en algún apartamento de Nueva York. Que a ella debemos el mejor testimonio de la campaña, no hay duda; lo asombroso es que el suyo fuera el último

* La flama, Op. cit., pp. 130-1.

en conocerse y el que llegara con más recortes y pérdidas hasta nuestra generación. Si *Palabras perdidas* abruma por sus repeticiones y por la ausencia de agilidad narrativa, la prosa de Antonieta destaca por su claridad, por su síntesis descriptiva que en mucho supera a la de sus coetáneos profesionales. El mismo candidato reconoció su inteligente precisión y tanto apreció sus escritos políticos que aparecen intercalados a los suyos en *El Proconsulado* y en *La flama*; muchas afirmaciones que él hace suyas y que tiende a repetir en su afán de acabar con la memoria de Calles tienen su versión primera en la prosa de Antonieta.*

Hombre de diatribas y de palabras como látigos, consideró que no sólo en la tribuna, sino en la página impresa dejaría una "honda huella" por "la perfecta sencillez" con la que vertía sus frases exactas. Y es probable que lo halla logrado: no hay página suya que no levante ira o reconocimiento. El problema de su prosa es que, en medio de tan cerrada selva de adjetivos, brilla demasiado su odio por el país y llega a hacerse insoportable ese espejo de perversa fatalidad, el laberinto del horror del México que avergüenza y que, según él, no tiene remedio.

3. Octavio Paz afirmó que la obra de Vasconcelos era la única -entre las de sus contemporáneos- "con

* Además de las crónicas de campaña son decisivas otras páginas políticas de Antonieta Rivas Mercado. Véase, por ejemplo, la síntesis lograda a partir de "México en 1928", incluidas por Vasconcelos en *El Proconsulado*, *Op. cit.*, pp. 16 y sigs.

ambición de grandeza y de monumentalidad".* Lo escribió en 1941. Para bien de nuestras letras, algunas hay que las superan en grandeza, aunque no hemos tenido ningún otro creador de memorias que lo semeje en pasión, en arrebató por la frase y por la situación que describe. En sus memorias recae lo previamente escrito en páginas sobre estética, su teoría del ritmo o en las de *La raza cósmica*. En realidad, se trata de una obra cuyas partes se completan: las ideas de unas van al auxilio de otras y las imágenes reaparecen como si se tratara de vasos comunicantes. Su tendencia a repetir es inevitable toda vez que lo fundamental se ha desprendido de una circunstancia nacional y de los hechos vinculados a los dos gobernantes que protagonizan sus querellas: Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, desde los años del carrancismo hasta el término del Maximato. Lo demás es evocación agregada, como si la vida posterior de Vasconcelos se hubiera quedado prendida al México gobernado por militares.

Antes de que participara en actividades públicas, sus recuerdos se avivaban con alusiones amorosas y con avatares casi insulsos de su relación con Adriana. *Ulises criollo* y *La tormenta* podrían integrarse a un tiempo del escritor: es la época de la juventud, la de aspiraciones y diferencias políticas aún marcadas por el signo maderista. Hombre más cercano al mundo del porfiriato que al del constitucionalismo, sus con-

* Las "Páginas...", *Idem.*, p. 563.

flictos con Carranza señalan el verdadero comienzo del Vasconcelos interesado en los asuntos de la Revolución. Estas páginas son las de la frescura, las del entusiasmo por el descubrimiento de personas, de libros, de situaciones o de ideas. Su vida es un espectáculo que puede recrearse sin amargura acen- tuada y hasta con paciencia para describir, con brillo, una región desértica, una ruta caminera o una tarde estival en la Pro- vincia.

Es el hombre en la pasión que evoca y es el país avivado por los cambios. Párrafos de expectación, de sorpresa, de asombro por la velocidad con que la historia va mudando de nombres, de modos y de atuendos. El gran salto del porfiriato al mundo de las balas es el del lenguaje, el del quehacer de hombres que antes estuvieran en las aulas o sobre poltronas de lectura. Para Vasconcelos, especialmente, la Revolución traza- ba su propia biografía. De ahí la fuerza de sus líneas y de ahí lo insólito de sus recuerdos.

Lo nuestro está en él y como su prosa atropella- da, a veces luminosa, colérica y reiterativa, ha sido la his- toria inmediata mexicana. Lo de ayer parece nuevo y cuanto se creyó abolido se presenta ante nosotros como si se tratara de un designio, de la fatalidad de una historia condenada como Sísifo: el dominio personal, hoy en la modalidad del presiden- cialismo, la vigencia del caos y de la ilegalidad, el *nadie vido*

nada y una democracia de sordos y de ciegos que va fundiéndose en organizaciones sindicales o en prosélitos sin voz.

Los dos tomos siguientes, *El desastre* y *El Proconsulado*, indivisibles de *La flama*, corresponden al hombre maduro en la acción, en los proyectos excepcionales, en el amor de Valeria y, después, en el fracaso que abarca signos de acoso, barbarie y, finalmente, la muerte. De la tentativa civilizadora desde los nuevos recintos de la Secretaría de Educación Pública -sin duda la más significada de sus obras-, hasta los mítines en las plazas públicas como candidato a la Presidencia de la República, Vasconcelos levanta un mundo mexicano a través de sus páginas. Es el universo del horror y el del desencanto. También es el de la esperanza durante horas febriles en lucha por las ideas y por las convicciones políticas. Tal el México que se desbordó en el símbolo de un candidato alejado de los desafíos internos del poder; escritor que dominó las palabras para encender el ánimo de una generación de jóvenes que habría de construir el México de la oposición crítica. Despertaba el país que va apartándose, poco a poco, de la barbarie que tanto lo ocupó en esas miles de páginas.

Al correr de miles de frases una duda va surgiendo por entre el cúmulo de claves: ¿cuál sería la verdadera causa de tanto odio contra Calles? La situación nacional ha indignado a muchos mexicanos; nuestro siglo XIX se conoce, principalmente, por páginas autobiográficas o por memorias políticas; sin em-

bargo, nadie iguala al Vasconcelos del tono mayor: su cólera quetzalcotliana; ninguno, como él, pasó de la investidura mítica al recuento condenatorio, ni otro escritor lo alcanza en la "monumentalidad" que dijera Paz. Tal adjetivo sugiere una obra de amplias proporciones, un volumen ostensible... y eso es lo que representa Vasconcelos en nuestra historia literaria: un capítulo abultado, incómodo y, a veces, hasta insólito. Allí ha permanecido durante más de cuarenta años, en la soledad de su género impreciso, en la vaguedad de una pertenencia que, en rigor, no le corresponde; me refiero a su origen de ateneísta, a sus ligas iniciales con Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña o Martín Luis Guzmán. Nombres y hombres que, al paso del tiempo, no pueden situarse juntos ni observarse a partir de un lenguaje compartido. Quedaron unidos por la esperanza de juventud, por la curiosidad del que comienza y por los actos primeros que definen un carácter. A partir de Madero, cada uno siguió el curso de sus historias diferentes, de sus intereses políticos o de sus quehaceres puramente intelectuales. En menos de cinco años, 1915, aquellos ateneístas ya no eran los mismos.

Fiel a sus intereses especulativos, Antonio Caso continuó el trazo del idealismo que determinó desde su juventud y el mismo que habría de sostener en la célebre polémica con Vicente Lombardo Toledano, en 1933, "Idealismo vs. Materialismo dialéctico", durante el Primer Congreso de Universitarios Me-

xicanos.* De tal evento, y gracias a los argumentos de Caso en favor de la libertad de cátedra y de la universalidad del conocimiento, la posición ideológica de la Universidad se libró de una peligrosa amenaza, sostenida por Lombardo Toledano: adoptar el materialismo histórico para orientar las tareas docentes, culturales y de investigación.

Tal debate podría representar el fin del tiempo evocado por José Vasconcelos. Aquella polémica, de la cual éste no se dio por enterado, no obstante su importancia, expresaba la desintegración ideológica del Maximato, el término de un programa educativo mediante el cual el Estado pretendía "educar" para el trabajo. El hecho cultural más importante del Maximato, único que en verdad requería de la opinión o del juicio crítico de todos los intelectuales, no interesó, aparentemente, al fundador de la Secretaría de Educación Pública.

"Apóstol" del nuevo humanismo, el Vasconcelos en exilio no reparaba en nada que no fuera, en rigor, la acción aparente de sus dos enemigos mayores: Plutarco E. Calles y el embajador de los Estados Unidos en México, Dwight W. Morrow. El hecho revela que en la indignación del ex candidato no estaba el móvil de la barbarie que supuestamente procuró abolir, sino el de la encubierta lucha por el poder. Tenía oídos, ojos y atención para vigilar, a distancia, los acontecimientos del gobierno "institucional"; no los tuvo, sin embargo, para aquéllo

* La polémica tuvo dos etapas: la del Congreso y la sostenida, en 1935, en las páginas de *El Universal*. Los temas tratados por Caso y Lombardo, principalmente, pasarían de la mera argumentación polémica a tema de discusión académica y aun política. V.: Robles, Martha, *Educación y sociedad en la historia de México, México, Siglo XXI, 1977, pp. 137-146.*

que provenía de otros ámbitos. El asunto de la Polémica Caso-Lombardo era importante no sólo por tratarse de dos personalidades de nuestra cultura, sino porque uno y otro sostenían posiciones que todavía son actuales respecto de la función académica de la Universidad.

Una doctrina y no la universalidad del conocimiento era lo que Lombardo Toledano consideraba única herramienta para formar al México de la industrialización que ya ascendía con una clase media imprecisa en sus demandas. Dos posibilidades mexicanas estaban enfrentadas: la de Caso, orientada a un país en libertad, más consecuente con el capitalismo que, de hecho, ha existido en México y apto para fincar las bases de la democracia mediante las libertades de expresión y de cátedra en las aulas superiores; la de Lombardo, por otra parte, sostenía que la educación es medio de la clase trabajadora para desarrollar su conciencia social; es decir, los obreros impondrían su clase y su significado histórico en el proceso de producción nacional al sentido de la enseñanza, a la necesidad de formarse y aún a la curiosidad intelectual de cualquier mexicano. Su idea era que la nuestra fuese una "sociedad de trabajadores".

Nada más absurdo que el imponer, en una economía capitalista, la doctrina del materialismo histórico cual método de enseñanza. Y Vasconcelos, tan cuidadoso para atender las minucias, no tuvo palabra que decir respecto de asunto

tan significado. Le ocupaba, todavía, el recuento de los caídos durante la guerra cristera. Llenaba sus páginas con la evocación de nombres o de sucesos decididamente apegados al conservadurismo extremo. La campaña electoral permaneció en su recuerdo como si a partir de ella hubiese ocurrido un despertar efímero y luego, con la derrota, los asesinatos posteriores, las defecciones inevitables y la natural dispersión de los vasconcelistas. El país hubiera entrado en una suerte de agonía institucionalizada que, para él, no era otra cosa que el pillaje organizado y evidencia de la "cobarde" respuesta de sus seguidores por no tomar las armas -en una nueva lucha civil-, para llevar al Apóstol hasta la silla de gobierno.

Hay varios pasajes en *El Proconsulado* que expresan tal estado de ánimo; sin embargo, "Eulalio vio claro" es la página en la que puede advertirse este doble tiempo que se encima en los asuntos mexicanos: uno, el de Vasconcelos, queda paralizado en un suceso; otro, el real, sigue el curso de las contingencias, el de los acomodos naturales y el lógico despertar después de las derrotas políticas. El primero es el que comparten los grupos fanatizados, los hombres y mujeres cuya historia quedaría marcada por los evangelizadores caídos, por los santones cuya voz brotaba en los pueblos de Michoacán y Jalisco, principalmente, y quedaban como ecos lastimeros de aquellos ideólogos pasados por las armas: Luis Segura Vilchis, el Padre Pro... por extrañas causas, los nombres de la Madre Conchita y el de José

de León Toral quedaban, también, prendidos a la memoria mesiánica de los católicos derrotados. El asesinato de Álvaro Obregón se antojaba monumento a la justicia, símbolo de redención y esperanza liberadora de los católicos mexicanos. Por eso, acaso, León Toral no sería visto como un asesino, sino como redentor, héroe y hasta víctima de los militares que lo enjuiciaron hasta el drama final de su fusilamiento.

El segundo, el México que se transformaba por encima de los eventos de la Revolución y los de la Contrarrevolución, era el del progreso inevitable: el de una clase media con instrucción y recursos para organizarse social y económicamente. Tal el país al que se ajustaban los jóvenes vasconcelistas: nación cuyo nuevo orden, ajeno ya a las luchas frontales entre caudillos, comenzaba a prepararse para una época de reformas, de ajustes políticos y sociales desde la conquista de la autonomía universitaria, en 1929, hasta la expropiación petrolera, en 1938. Ese México es el que no pudo mirar José Vasconcelos como tampoco pudo comprender lo que Eulalio Gutiérrez le anticipaba durante aquella conversación sostenida -quizá a fines de 1930- en San Antonio, Texas:

"Se quedará usted gritando en el vacío". "El país está cansado". "Ya no existe el ánimo heroico de otras épocas". "Aun muchos de sus amigos están pensando en la forma de acomodarse; y se volverán contra usted si así es necesario para que los dejen vivir en paz dentro del país..." "Qué le vamos a hacer, usted hizo ya lo que

humanamente es posible hacer, manténgase airado, pero no espere, para pronto, una reacción nacional".

-Pero si vengo a que usted mismo me ayude, a urgirle a todo el mundo que se levante en armas, que nos secunde; si no se hace esto en seguida, más tarde será más difícil... -Y le conté lo del recado de mister Hoover... pronto o nunca, nos decía el jefe del imperio.

-Pues siento no poder prometerle nada, porque usted y yo juntos y otros cuantos más, nada lograremos...

A Vito Alessio y a Gerzán Ugarte les participé el resultado de mi viaje y los dos prometieron mantenerse activos en la tarea de recomendar los alzamientos. Y me llamó la atención que Vito andaba como queriendo esconderse (...)*

Una y otra vez brincan las contradicciones de Vasconcelos: tanto criticar a Calles, tanto oponerse al embajador Morrow por sus supuestas ingerencias en los asuntos de gobierno y él, apenas probar el efecto de su derrota, corrió tras la voz de Herbert Hoover, Presidente de los Estados Unidos, para que lo ayudara a tomar el poder, quizá por medio de una intervención. "Pronto o nunca..." le diría a Vasconcelos -¿directamente o por mensajero?-, pero ninguno de los dos consideró, en ese momento, que el candidato derrotado no era hombre para oponérsele a Calles. Durante estos meses de 1930 todo parece concurrir en una comedia de equivocaciones, en un drama de torpezas políticas que sólo habrían de servir para que Vasconcelos lo recordara en sus memorias. Con respecto al país, ninguna consecuencia significada: México, ni entonces ni ahora, ha sido

* El Pronconsulado, Op. cit., p. 295.

un pueblo de tal vulnerabilidad. Ni siquiera la cristiada, con ser el movimiento civil y armado que más agitara por sus móviles religiosos -aparentemente-, consiguió doblegar la sólida estructura de poder que logró forjarse a partir de Álvaro Obregón.

Pero Vasconcelos permaneció atado a tales imágenes de la misma manera que en *El recurso del método*, por Alejo Carpentier, sobrevive el viejo dictador exiliado. Por la magia de la experiencia vivida, el tiempo se detiene y aquel país perdido, aquella nación distante, comienza a disminuirse frente al símbolo de la grandeza personal. Más grave habría de ser el caso del Vasconcelos que actuaba de Apóstol de América en Europa. Valeria a su lado, los recuerdos a cuestas; algunos mexicanos que aparecen con noticias gastadas o con esperanzas difusas... La trama personal mezclada al suceso público: Valeria/Antonieta sufre la mayor depresión de su vida. Vasconcelos va y viene entre charlas de ilusionismo político. Organizan, en París, *La antorcha*. Antonieta añora la patria perdida, un tiempo inexistente; no logra apartar su odio de "la canalla", de los "ladrones entronizados". Que se hará bohemia y vivirá como pueda en Europa, dice. Vasconcelos sonríe, no sin ironía. Comienza el deterioro, las frases vagas y, a poco, su desenlace:

Hay noticias dolorosas que nos fulminan: por ejemplo, que la hubiera arrollado un auto; pero aquella ejecu-

ción fría, deliberada, me produjo confusión, me dejó atónito, insensible, casi. Al rato, el primer sentimiento fue de ira, como si todavía una intervención violenta pudiera deshacer lo hecho; segundos después, la consideración del mal irreparable me deprimió, me causó malestar de estómago, desesperación. Luego, ya en el taxi, hablando con Pani, la reflexión de lo que tenía que haber sufrido para llegar a una resolución tan terrible me causó enternecimiento, me soltó el caudal de lágrimas. Conmovido, Pani contaba: "Estuvo a verme ayer tarde; me habló de vender, desde aquí, una casa que le quedaba libre; me ofreció a gestionar la venta; luego, declaró que no, que partía para México y le ofreció pasaporte. Hace unas horas, antes de mediodía, me llamó al teléfono, me dijo con naturalidad, como si se tratara de tomar un tranvía: "En este momento, ingeniero, voy a pegarme un tiro". Algo en el tono de su voz me alarmó y pretendí detenerla, diciendo: "¿Dónde está, dígame dónde está para ir a verla, quiero hablarle..." "No, no" -repuso, y añadiendo: "¡adios, adios!", se retiró del teléfono". (...) Una hora después me avisó la policía: "Se ha dado un tiro en Notre Dame una dama de México... que dejó una carta para usted" (...)

(...) En el famoso hospital se hallaba el cadáver. El oficial que la recogió de una banca de Notre Dame nos transmitió el relato del sacristán: "Había penetrado al templo, que se hallaba casi vacío; se había sentado frente a un altar; se quedó mirando un crucifijo y sacando de la bolsa de mano un revólver, disparó, bajo la teta izquierda, al corazón; nada más se había doblado, con la vista fija en el altar. El sacristán pidió auxilio; cuando llegó la policía, su cuerpo estaba exánime".*

* EL Proconsulado, Op. cit., pp. 488-9.

El Cónsul de México en París, ingeniero Arturo Pani, fue quien recibió el telefonema previo al suicidio y la carta con las frases de rigor "... No culpen a nadie de mi muerte..."

Todo lo que rodeaba al dramático suceso tenía algo más que signo de tragedia personal: en Valeria estaba el sello de un porfiriato degradado, el fin definitivo de los símbolos de los románticos y del modernismo. Con ella acababan los despilfarros y las ocurrencias culturales que inventaron al Teatro Ulises y la sofistificación dudosa de algunos poetas que pasarían a la historia bajo el nombre de Contemporáneos. Valeria/Antonieta, mujer de dos tiempos mexicanos es, en verdad, uno de los pasajes más reveladores de las memorias de Vasconcelos: su atracción del México perdido con Porfirio Díaz, la aventura del cambio hacia una quimera y, finalmente, la desolación provocada por el descubrimiento de una realidad que, en todo, los rebasaba; a ella, porque carecía de sentido social; porque su educación refinada no era afín al tipo de lucha que se desarrollaba en ese país intermedio entre la soldadera y los intelectuales a la manera de Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo... o pintores como Manuel Rodríguez Lozano, quienes, curiosamente, planteaban cuestiones en torno de su homosexualidad o sobre las actitudes vanguardistas en tanto y el país se desgarraba en luchas tangibles, en hechos trascendentales para la vida nacional. Y, a Vasconcelos, porque la realidad que pretendió construir desde la tribuna pública no era, ciertamente, la de las

componendas, la de las alianzas reales o las de la sujeción del poder.

A Antonieta Rivas Mercado y a José Vasconcelos los unió el tono exacerbado de todas sus acciones. Cada uno de ellos, a su manera, traía hasta el México de las balas y el de las primeras luchas constitucionales, lo mejor del porfiriato: sus logros educativos; sin embargo, no eran conciliables con este medio, con este lenguaje que brotaba de las clases sociales que fueran oprimidas y que, de pronto, descubrían su fuerza y su capacidad de mando.

Drama extraño, apasionante: la vida de Antonieta está teñida de romanticismo; la de Vasconcelos, de confusión porque en él se mezclaron las necesidades mesianicas, las ideas escolares del supuesto apostolado, una imaginaria superioridad intelectual que lo identificaba como el Maestro de América y la siempre peligrosa analogía mítica con Quetzalcóatl, el civilizador. En medio de tantos personajes que pretendió protagonizar, estaba el verdadero Vasconcelos, el más transparente en su obra escrita: tal el hombre que codicia y que lucha por el poder. Hombre que, sin embargo, carece de armas adecuadas para lograr sus propósitos -de allí el drama de su existencia. No dejaba de ser un intelectual y, aunque diferente a sus compañeros ateneístas, producto de una esperanza de nuevo humanismo forjada durante la agonía de la Dictadura.

No es pasajera su frase, escrita cuando los trámites

policíacos habían terminado. Lo acompañaba el escritor Carlos Deambrosis, quien sería secretario de redacción de *La antorcha*. Que necesitaba estar solo, insistió, porque, en realidad, comenzaba *el calvario de mi propia conciencia*.

Y es probable que así haya ocurrido porque Vasconcelos, después de este brutal enfrentamiento con la muerte, comenzó la fase del asco, la de las repulsas sociales, la de contradicciones ostensibles y cada vez más acentuadas, hasta llegar, finalmente, a la expresada en *La gllama*: tiempo de exaltaciones religiosas, hora de la contrición confesional y páginas de expiación. A Emmanuel Carballo habría de confirmarle lo que tanto repitió en sus últimas páginas: *Las mujeres sólo me han deparado infortunios. Hablé con insistencia del amor porque fui en él desafortunado.**

Tal parece que con el disparo de Valeria se desataron los fantasmas. Desde entonces, Vasconcelos perdería su libertad. Con la muerte de Antonieta quedan marcadas, con dramática claridad, las páginas del rencor, las del desaliento fatal, las del hombre derrotado que incurre en más de una tontería política lamentable.

4. Como escritor y hombre de ideas, Vasconcelos no podía ignorar que en política hay normas, sistemas de presión y de alianzas de cuyo hábil manejo depende la parti-

* 19 protagonistas..., *Op. cit.*, p. 22.

cipación en el poder. Su conducta frente a los gobiernos mexicanos no fue la de quien aplicara los medios prudentes para ejercer la democracia. Él actuó como líder al margen de un partido, como anarquista ante el régimen repudiado, como rebelde humanista o símbolo de grupos acosados o perseguidos. Lo apoyaban, fundamentalmente, los católicos y quienes veían en él una posibilidad de reconquistar privilegios perdidos de cierta clase social agotada con el porfiriato.

Es verdad que tras él aparecía el Partido Antirreleccionista, pero eso y nada, en tales momentos, daba lo mismo. En realidad, Vasconcelos era el solitario en campaña: imagen fugitiva de un régimen que no había muerto del todo ni tampoco podía reanimarse. De tales ligas nadie habló: no era necesario. Los símbolos brotan y al punto se identifican sin necesidad de explicaciones. Somos nosotros, los mexicanos de hoy, quienes requerimos ahondar en los fundamentos del símbolo para comprenderlo. Para los jóvenes representaba el vigor, una capacidad de oposición que, en México, siempre ha tenido eficacia. Suerte de héroe civil en un medio cifrado por el abuso de los militares, su presencia era, para unos, esperanza ordenadora a través de la legalidad; para otros, seguridad de que el clero y sus expresiones públicas no serían perturbados; para los menos, garantía de que ni sus bienes ni sus propiedades rurales serían amenazadas con la aplicación de algunos artículos constitucionales. Era también la figura de la revancha

del antiguo régimen, o algo aún más representativo en tales momentos: el maderismo fortalecido; *nepantla* entre la dictadura y los gobiernos de la Revolución mexicana.

Sabiamente afirmó Cervantes que "la pluma es la lengua del alma"; la de Vasconcelos era, por cierto, demasiado elocuente. Muy a su pesar brotan entre líneas las verdaderas razones de su participación electoral. Su ejercicio público va aclarándose, con notable facilidad, si el lector procura explicárselo a través de elementos y afirmaciones constantes en su obra autobiográfica. Allí están las evidencias que, posiblemente, no se han querido reconocer, porque a los mexicanos nos agrada más la idea de un líder perseguido que la de un hombre que, por oscuras razones personales, se confiere en símbolo de revancha de un régimen, de un tiempo histórico o de una generación que pudo ser.

¡Vasconcelos! ¡Pobre alma solitaria!; de ahora en adelante, por donde vaya lo seguirá el fracaso. Tal es su destino, despertar inquietudes sin llegar a poner la mano en el timón de la nave que lo arrastra al garete.

Antonieta Rivas Mercado.

(Nota final de su Diario).

EPÍLOGO.

En 1936, José Vasconcelos, después de su estancia en Buenos Aires, llegó a Texas. Acaso por primera vez en su vida adopta hábitos de un investigador. Ya en *La tormenta* describía sus horas en la biblioteca pública, entregado al estudio de los temas indostánicos; pero ahora, después del fracaso electoral, se aproximaba a las páginas con la certeza de que ése y no otro era su destino. Así permanece, durante largas jornadas, en un cubículo de la Biblioteca de Austin. Encomia su orden, el respeto con el que los estadounidenses reúnen títulos de todas las culturas para ponerlos a disposición del saber de todos.

En uno de sus acostumbrados gestos de omisión, pasa por alto un hecho en el cual él tuvo responsabilidad directa: el principal acervo del fondo de Austin, en lo que respecta a temas mexicanos, provenía de la biblioteca de Genaro García; aquélla que él mismo, cuando fuera Secretario de Educación Pública, rehusara comprar a su descendencia por considerarla un "montón de papeles viejos".

Sí, ciertamente, la de Austin era y es una biblioteca admirable: se ha formado con lo mejor de lo nuestro, desde el siglo XIX.

Vasconcelos describe, en *La flama*, la paz del campus, el saludable vigor de los estudiantes, sus espaciosas

facultades y el bienestar que ofrece esa biblioteca, "útil, servicial, comedida, hospitalaria".* Los temas filosóficos lo atraen, pero se inclina por los mexicanos: *Todo el plan de mi libro "Breve historia de México", comenzó a perfilarse en la mente. La revancha estaba allí, en la conquista de la verdad. Si la justicia se derrumba en la realidad, queda el recurso de trasladarla al pensamiento... ***

En su mente, el plan de una obra que comienza, la de "la revancha", y la agitación por las noticias desde México. Todo lo aturde; lo incomoda cuanto hace el presidente Lázaro Cárdenas --"tan inculto e inepto como un agente de tránsito". Compara la Universidad de Austin, el bienestar económico de sus maestros, a la de México; vuelve a lamentarse y de entre páginas leídas, reflexiones resentidas y no pocos informes que le llegan de su patria envía, regularmente, colaboraciones a la revista *Hoy*. Su vida transcurre entre la melancolía y el quehacer intelectual; después de Valeria, la soledad disfrazada de contrición católica y de apego familiar. A los cincuenta y cuatro años de edad, José Vasconcelos actúa como abuelo caprichoso.

A diario se cruza con algún mexicano. Habla con exiliados de la cristiada, con generales opuestos al gobierno de Cárdenas y con personajes cuya identidad encubre. Reitera su oposición a Cárdenas a quien, como sus interlocutores, con-

* *La flama*, *Op. cit.*, pp. 428 y sigs.

***Ibid.*, p. 426.

sideran un usurpador cuyas "torpezas" -la política de reformas; fundamentalmente la agraria- les hace suponer que es la oportunidad del levantamiento esperado:

Les di a conocer mis relaciones con el Gral. Cabral, que se hallaba en Arizona, y con otros muchos jefes que deseaban actuar y me instaban a no desistir en mi actitud de protesta. La violación del voto en el 29, no había sido olvidada. Constantemente habla yo sostenido que, desde entonces, todos los Gobiernos que se han sucedido han sido de usurpadores. Sin excepción, por supuesto, del más desleal de todos esos usurpadores, el General Cárdenas, que de Presidente del Partido Oficial de la imposición, había saltado a Presidente, por medio de otra usurpación: y su deslealtad a su benefactor.

*"Lo que a usted le ha faltado, dijeron los tres amigos, es dinero, y venimos a entregarle nuestra contribución y a informarle de un plan destinado a conseguir lo necesario".**

La ilusión política, otra vez, reanima la fábula vasconcelista. No faltan quienes le aseguran que Acción Nacional se organiza con sus otrora seguidores, que el ambiente es propicio para el retorno del Maestro, del Presidente Electo, de cuya investidura fuera despojado por "la canalla".

Las alusiones a Calles, al final del Maximato, no son políticas, sino en todo vinculadas a su experiencia personal. No olvida que, después del 29, él insistió en derrocarlo mediante

* *Ibid.*, pp. 437-8.

una lucha armada del todo imposible; su ofuscación le impide reconocer que sería Cárdenas, precisamente, el que logró el fin del Jefe Máximo de la Revolución mediante una inteligente y cuidadosa maniobra política.

Obcecado con las imágenes de la ilegalidad electoral lanzó, en 1935, un manifiesto, cuya única trascendencia sería su publicación en la primera serie de *Cartas políticas de José Vasconcelos* (1959), reunidas por Alfonso Taracena. Aunque aquel escrito no llegó a circular y por eso quedó sin efecto, sí revela cierto apagamiento de su ira frente a los "gobiernos espurios", como calificara a los de Ortiz Rubio, Portes Gil, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas. Con este estado de ánimo es como recibe a los empresarios nortños. Acepta la ayuda económica y arregla su traslado a la ciudad de San Antonio.

Son los meses del verano y del otoño de 1936, en los que se entretiene procurando supuestas conspiraciones. Aquí y allá descubre interlocutores con quienes comparte esa tendencia suya a hacer del odio privado un argumento político y de la pequeña experiencia, causa de un levantamiento armado.

La contradicción de Vasconcelos es evidente: durante sus horas de estudio soñaba más con caballos, con organizaciones armadas y con hombres dispuestos a enfrentar al cardenismo que con una obra intelectual terminada, después de sus indagaciones. El contexto en el que fuera escrita su *Breve historia de México*, explica lo sustancial de su contenido.

Un día indefinido de 1936, en la ciudad de los Angeles, se entrevista con el general José María Tapia, viejo y leal callista, quien dejara fama de administrador honrado: "no se le atribuya ningún asesinato y no se había enriquecido", a pesar de sus vínculos con "la pandilla de los Ministros y Generales del régimen del Jefe Máximo". Tapia fue, sin duda, correo particular de Calles para invitarlo a reunirse con él en el rancho de Tapia, entre esa ciudad y la de San Francisco. Convienen la hora y el día y, al acceder, Vasconcelos hace los arreglos pertinentes con Francisco Ahumada, hermano de su yerno, quien fuera el introductor del emisario.

Los modos de la política mexicana se aplican con puntual rigor. Antes de encontrarse con Calles, Vasconcelos escucha las confesiones de Tapia: era un hecho su triunfo electoral en 29; pero el General Calles era el "ídolo" de los revolucionarios, por eso habían apoyado al señor Ortiz Rubio; pasados los años y ambos contrincantes en exilio, era justo que se encontraran, porque, según las palabras de Tapia:

*Es una lástima que ustedes dos hayan disentido. Ahora, sin embargo, estoy seguro de que puede producirse una reconciliación en beneficio de nuestro país, y por eso me he puesto a las órdenes de ustedes.**

Preparadas las partes, cada uno tomó camino a San José. Dos derrotados, dos aspirantes al poder, dos enemigos

* *Ibid.*, p. 463.

desesperados llegaban a pararse uno frente al otro, como si intercambiaran una fábula. El diálogo*, contra las conjeturas posibles del resultado de un encuentro con el hombre que más odió en su vida, es asombroso. La cordialidad y casi el afecto fueron el tono de su conversación. Calles ofrece una fuerza que creía poseer en el ejército. Presume que la popularidad de Vasconcelos permanecía intacta, después de seis años. Charla insólita por su cinismo, por la tranquila relación de hechos que hace Vasconcelos. Se entienden en su repudio a Cárdenas y acuerdan regresar a México al mando de una revolución restauradora. Nada pide Calles y nada le ofrece Vasconcelos. Calles, más coherente, clama venganza; Vasconcelos insiste en lo que llama "su justicia". Descubre, al fin, el móvil de tantos esfuerzos y palabras: el afán del poder.

Se despiden, después de una tranquila comida, como dos viejos jefes de ejércitos fantasmales; sombras que inevitablemente acudirían a la supuesta convocatoria que lanzaría Vasconcelos; pacto comandado bajo las órdenes secretas de Calles a los jefes del ejército mexicano. Los viejos sueñan, brindan por su fábula.

De todas las defecciones que Vasconcelos tuvo en su vida, ninguna descubre lo que en el fondo de su espíritu movió su odio a Calles. De esto quedará, acaso, un tema literario: el gran secreto de la simpatía distante entre el "dueño del poder en México" -"ignorante y safio"- y el Apóstol de

* V.: Apéndice II.

América, mesías de la justicia y de la democracia mexicana.

Vasconcelos regresa al país en 1939 y Calles, en 1941; los dos aparecieron en público cuando Manuel Ávila Camacho anuncia la Unidad Nacional, el 15 de septiembre de 1942. Fue un suceso que atrajo la atención asombrada de los mexicanos de entonces: Ver en la tribuna improvisada, bajo el balcón central del Palacio de la Nación, a Adolfo de la Huerta, a Pascual Ortiz Rubio, a Emilio Portes Gil, a Abelardo L. Rodríguez y, a sendos lados del Presidente, a Plutarco E. Calles y a Lázaro Cárdenas. Esto sucedía cuando nuestro país entraba a la guerra contra el fascismo. Aquél sería el acto simbólico de unión de los contrarios, en bien de los fines de una política que proponía anteponer lo que se llamaba "intereses de la República" a los de un partidario que tenía, en cada presidente, seguidores obstinados.

Calles no pudo resucitar el callismo. Su retiro de la cosa pública fue severo. Vasconcelos, por su parte, prosiguió su labor en diarios y revistas semanarias. Fue nombrado Director de la Biblioteca México, cuyo recinto ocupa parte de la Ciudadela de la que partió la oposición de Felix Díaz y Manuel Mondragón, la cual llevó a Victoriano Huerta a aquella supuesta presidencia. Las hermanas de Vasconcelos habitaron una sección del edificio. Él, en su despacho de director, prosiguió la única tarea que explica su verdadero carácter: el de un escritor.

Miembro del Colegio Nacional, dictó conferencias no muy concurridas. El tiempo del vasconcelismo, como el del callismo, habían terminado.

CONCLUSIONES.

1. Uno de los personajes más controvertidos de nuestra historia cultural, José Vasconcelos^{*}, representa el símbolo entre el poder y las letras: aspiró a gobernar; la política fue su pasión y, fiel a su talento narrativo, a su indudable oficio de escritor, se valió de la pluma para conciliar la dualidad de su carácter. El afán de trascendencia se manifestó desde sus días de maderista; la voluntad de poder, en cambio, fue confusa hasta los sucesos electorales de 1929.

Los cuatro volúmenes reconocidos como sus memorias -*Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El Proconsulado*-, a los que hay que agregar *La flama*, escrito al final de su vida y publicado después de su muerte, reúnen lo mejor de su obra: allí quedaría aplicada, hasta lo posible, su teoría sinfónica de la literatura que delineó durante su juventud; también, aspectos de su teoría del ritmo y la realización de una idea de monumentalidad: unir, mediante tramas y capítulos continuados, la autobiografía con los sucesos nacionales y lograr, por añadidura, un valor literario.

Como los demás miembros del Ateneo de la Juventud, Vasconcelos fue formado en la certeza de pertenecer a una generación privilegiada: la del cambio de la dictadura hacia un nuevo humanismo. Desde estudiantes se opusieron a la doctrina positiva; se aliaron al antirreleccionismo y, por la vía del conocimiento, se consideraron depositarios del helenocentrismo que

* V.: Apéndice III.

parecía olvidado.

El maderismo, para ellos -excepto para Antonio Caso y Nemesio García Naranjo- representó una esperanza de cambio; sin embargo, de entre los ateneístas sería Vasconcelos el único comprometido en la acción política de la hora. De él quedan fotografías sentado junto al Presidente Madero y, por la lucha reavivada a propósito de Álvaro Obregón, habría de vincularlos, otra vez, al Partido Antirreleccionista de 1928 a 1929.

El entusiasmo maderista data de 1908, desde que apareció *La sucesión presidencial*. Sus argumentos históricos y políticos para postular un candidato independiente durante las elecciones, levantaron el ánimo de quienes consideraban agotada la dictadura. El mismo Alfonso Reyes, imbuido como estaba del organicismo spenceriano, habría de comparar al "antiguo régimen" con el cuerpo cansado, envejecido y enfermo de Porfirio Díaz. Lejos de entenderse cual espíritu revolucionario, el de los ateneístas era reflejo de una clase social formada y beneficiada por la dictadura. Para ellos resultaban inconvenientes sus "ataduras ideológicas"; es decir, la doctrina positiva y su expresión en la obra de gobierno porque limitaban sus aspiraciones culturales entre las cuales estaban, desde luego, las asociadas a la democracia y a la libertad.

Igual que Madero, los ateneístas se formaron en la dictadura y por maestros que oscilaban entre el liberalismo remanente de las luchas juaristas y los conservadores de siempre. Una depurada instrucción para la minoría contrastaba el analfabetismo total de más del 90% de la población. La de los

ateneístas, sin embargo, no era actitud crítica, sino inconforme. Procuraban el rescate de las humanidades clásicas, griegas y latinas, en la lectura de autores europeos contemporáneos y en la creación de un nuevo lenguaje intelectual que transformara la enseñanza y la actividad de esa pequeña parte del México con acceso a los libros, a las ideas y a las expresiones artísticas.

La intención era, desde luego, renovadora ya que ninguna enseñanza -mucho menos la de las ideas- son vanas. Quedaron los benéficos resultados de su Sociedad de Conferencias y Conciertos y los de la fundación de la Universidad Popular. Al paso de los años, sin embargo, los ateneístas habrían de distanciarse por la disimilitud de quehaceres y de intereses intelectuales. Posteriormente, Vasconcelos habría de repetir en numerosos pasajes del *Ulises criollo* y de *La tormenta* que era poco, muy poco, lo que lo identificaba con sus coetáneos. Los criticó por su insistencia en la erudición "ociosa", abominó de su costumbre de citar a otros autores y llegó a creer -con justificada razón en muchos casos- que tanto apoyo en ideas ajenas se debía al temor o a la incapacidad de expresar las propias. Este aspecto, aún en nuestros días, sigue manifestando algo del colonialismo cultural que nos aqueja. En nuestro país, ciertamente, sigue haciendo falta la mentalidad creadora, el juicio individual y el riesgo crítico. No deja de ser revelador el que México todavía no tenga filósofos verdaderos, autores de teorías significadas en la historia de las ideas y una literatura que, en lo general, se levante como forma de respuesta

mexicana de qué es el mundo para nuestra cultura o, dicho en lenguaje de José Ortega y Gasset "a qué podemos atenernos desde México", cuál es la circunstancia mexicana.

2. La primera causa de notoriedad para José Vasconcelos sería de origen político, no intelectual: su enconada oposición a Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y, después, Presidente de la República.

En 1914, a propósito de la invasión norteamericana a Veracruz, Vasconcelos asumió una conducta precavida frente al gobierno de Woodrow Wilson. Por medio de una misiva recomendó a Carranza acceder a sus peticiones para evitar mayores problemas. La respuesta de Carranza fue la de sostener, conforme el derecho internacional, que se trataba de un agravio a nuestra nación y que, por consiguiente, las tropas extranjeras debían retirarse. Esta fue la causa de la persistente difamación de Carranza por Vasconcelos.

En dos obras quedaría el mayor testimonio de su odio: *La calda de Carranza*, libro colectivo no incluido por él en sus *Obras completas* y *La tormenta*, segundo tomo de sus memorias.

La calda de Carranza es, de una parte, el primer documento contra Carranza y, de otra, de su partidarismo por Álvaro Obregón. Es importante señalar que los insultos a Carranza contienen el propósito de alagar a Obregón.

Uno y otro libros expresan lo que, en voz alta,

dijera Vasconcelos en la Convención de Aguascalientes en contra de Venustiano Carranza. Las páginas de *La caída...* son más virulentas que las de *La tormenta* porque la intención de Vasconcelos fue la de participar en la rebelión en contra del Presidente para abrirle a Obregón el camino del poder.

José Vasconcelos fue, además, un hombre del Plan de Agua Prieta; es decir, aliado de quienes llegaron al gobierno con el grupo sonorenses y supuestos generales como Manuel Pe-láez, Jefe de las "Guardias Blancas" de las compañías petroleras, norteamericanas principalmente.

En este período, Vasconcelos es Ministro de Instrucción Pública, durante el breve gobierno de Eulalio Gutiérrez, electo por la Convención; posteriormente, con Adolfo de la Huer-ta, Presidente Interino, sería Rector de la Universidad y, con Obregón, fundador de la Secretaría de Educación Pública.

3. El mejor Vasconcelos fue el civilizador; talento e imaginación quedaron empeñados en la empresa transformadora del país, por la vía del aprendizaje razonado. Las contradicciones de un hombre irasible y de lealtades variables no fueron obstáculo para que su inteligencia se expresara en una tarea que nadie, hasta la fecha, ha igualado, mucho menos superado.

El origen de su arribo al gobierno de Obregón quedó entre los recuerdos que él mismo pretendió olvidar; tan intensa fue su actividad difamatoria en contra del carrancismo

que llegó a considerar al Caudillo como una suerte de Mesías redentor. No sería en vano tal entusiasmo: De la Huerta lo llamó y Obregón apoyó, hasta el conflicto final que lo llevó a la renuncia, todas sus proposiciones. Un dudoso comienzo no ha tenido, en nuestra historia política, resultado semejante. Y es explicable: Vasconcelos, con todo y su formación anti positivista, no dejó de pertenecer al porfiriato. El espectáculo del militarismo, durante y después del levantamiento armado, acarreaba demasiadas pasiones, enfrentamientos por el poder y cambios de actitud. Si de esta vorágine pudo crear el más valioso proyecto educativo nacional que hemos tenido, aun por encima de sus propias oscilaciones, quiere decir que, durante las crisis, el impulso ordenador puede ser uno de los valores políticos más importantes: por sobre otros, este fue uno de los argumentos implícitos del voluntarismo que sostenía su intuición pedagógica.

Entre lo hecho por Justo Sierra y lo alcanzado por José Vasconcelos, la educación mexicana quedaría dividida en dos grandes períodos: el de la dictadura, en cuyas postrimerías se funda la Universidad Nacional y el del obregonato porque el proyecto vasconceliano iniciaba una verdadera revolución cultural en ese medio agobiado por las armas.

Es asombroso que en sólo dos años y medio haya logrado edificar la Secretaría, levantar bibliotecas, el primer estadio del país y nuevas escuelas; fundar la revista *El maestro*, hacerla la mejor publicación periódica que han tenido los profesores y la de más alto tiraje, en términos relativos; editar

y distribuir los memorables libros de autores clásicos, antiguos y modernos; reeducar al magisterio mediante el conocimiento del idioma, la lectura en voz alta y la aproximación a las artes; difundir la música, la danza y el canto como asignaturas obligatorias; reformar las normales, promover las misiones educativas y culturales en la mayor parte de la República y fijar las ideas fundamentales para orientar a las nuevas generaciones.

En *De Robinson a Odiseo* quedó su teoría pedagógica; en *El desastre*, la memoria de un proyecto interrumpido. Hombre de voluntad, de invariable persistencia y de pasiones permanentes, partió de una certeza simple: la barbarie es un compendio de holganza y de brutalidad; se requiere del voluntarismo para que, por la vía de la educación, el hombre rescate su sentido de dignidad y pueda transformarse en un ser productivo y apto para la democracia.

Sin comprender, cabalmente, el significado histórico del colonialismo, elogió la obra del conquistador, emuló la de los evangelizadores y, curiosamente, combatió los efectos del colonialismo mediante su proyecto de educar la voluntad de un pueblo despojado de su sentido de vergüenza, inclinado hacia el primitivismo estéril y marcado por la violencia que ampliamente fuera ejercida durante esos años de balaceras y de crímenes cotidianos.

Nietzsche ejerció una poderosa influencia en la determinación de su voluntarismo; como el filósofo, Vasconcelos

supuso que el hombre puede transformar su destino por la acción dirigida del gobierno de la razón. "Ilustrar las conciencias", aspirar a la unidad cultural de la América hispana y arriesgarse, como el Superhombre, a la aventura de combatir los valores de una cultura decadente: tales fueron, a grandes rasgos, los móviles de su obra civilizadora. Nietzsche y Wagner, por la vía dionisíaca, se convirtieron en símbolos de un proceso transformador hacia la moral del señor para abolir, de una vez por todas, la moral del esclavo y del rebaño que ha regido, históricamente, nuestro país.

4. *El Proconsulado y La flama*, obras complementarias, revelan al Vasconcelos enardecido, el de la amargura nacional y al hombre que, en la vejez, rectifica lo fundamental de su pasado político, aunque no su ambición de poder.

Conforme lo escrito, repetido y asimilado a través de recuerdos de años, el poder fue, sin duda, el valor que gobernó su vida.

La pasión en contra de Carranza habría de transformarse, casi con la misma intensidad, en el odio enconado que le expresó a Plutarco E. Calles, a quien le atribuyó el fraude electoral de 1929 y una larga lista de crímenes y errores políticos cuya causa provenía, según él, de la intervención constante del embajador de los Estados Unidos en México, Dwight W. Morrow, el "proconsul" que dió título al cuarto volumen de sus memorias.

Como candidato a la Presidencia de la República,

según lo evoca en su autobiografía, Vasconcelos determinó su verdadera filiación política: la democracia propugnada por Madero; es decir, el establecimiento de partidos políticos y elecciones en libertad.

No varió esa ideología de Vasconcelos durante el gobierno de Obregón. Después, en su itinerario latinoamericano, recurrió a la figura de Bolívar para proponer la unión de nuestros países en torno de lo que calificó de Bolívarismo frente al Monroísmo, entendido éste como la síntesis de las intromisiones norteamericanas con el nombre del presidente de los Estados Unidos que enunció la doctrina en 1823.

Más tarde, y ya en sus memorias, evocó el catolicismo de su infancia pero no perteneció, en política, al Partido católico que desde el gobierno espurio de Victoriano Huerta trató de influir en los problemas de México.

Vasconcelos no fue un católico militante pero sí un teórico del catolicismo como ideología, principalmente en un aspecto tolstoiano en lo cual se identificó como educador.

De la cristiada le interesó el desafío militar y en su Convocatoria del Plan de Guaymas, buscando con afán al grupo armado que lo llevaría al poder, exaltó a algunos de sus jefes militares. De ese movimiento rescató la figura de Anacleto González Flores por su convicción cristiana y su desafío político. Cosa parecida hizo con el padre Pro Juárez y con el ingeniero Luis Segura Vilchis. Ponderó a José de León Toral y a quienes vio como mártires por sus creencias religiosas. Agregó, en sus evocaciones, las semblanzas de sus partidarios asesinados en

Topilejo, fundamentalmente.

En el tránsito del Maximato al gobierno de Lázaro Cárdenas, las facciones conservadoras se agruparon en el Partido Acción Nacional y en la Unión Nacional Sinarquista. Las obras de Vasconcelos aparecen entonces como una vasta exposición de teoría, interpretación histórica y acusación política, sobre todo para los afiliados al PAN. Por ello se dijo, hacia 1940, que Vasconcelos podría ser candidato de ese partido. Del mismo modo que, abiertamente, fue propuesta entonces la candidatura a Luis Cabrera. Entre uno y otro hombres de la revolución se buscó a los más significados por su crítica al gobierno de Cárdenas; desde luego, era más clara y contundente la de Cabrera. Hasta un mes después de su muerte, se conocería en *La flama* la relación final que tuvo Vasconcelos con Plutarco E. Calles durante los últimos meses de su exilio en los Estados Unidos.

Vasconcelos, acaso de manera involuntaria, fue el ideólogo de la derecha cuando ésta hace una revisión histórica posterior a la de Lucas Alamán y a la de Carlos Pereyra en su libro *México falsificado*. Vasconcelos llevó las conclusiones históricas de los conservadores a un panorama más amplio y más conciso en su *Breve historia de México*.

Su repudio de la República española lo hizo exaltar los significados de Francisco Franco y de la falange; por esta vía indirecta, simpatizó con las conquistas militares del nazismo alemán y con el facismo italiano. Sin embargo, no fue un divulgador, entre nosotros, de tales doctrinas. Históricamente, como consta en sus artículos periodísticos, difundió la importancia de la

obra de Toynbee. Hasta el fin de su vida abominó la barbarie y repudió la improvisación del ignorante; empero, celebraba el genio creador, la oportunidad inventiva. Por ello, su obra como educador trasciende la escrita y a pesar de haber logrado páginas intensas, descripciones de excepción, como civilizador destaca por su talentosa originalidad.

Política y filosóficamente fue un hombre de actitudes tan variables como aquel tiempo mexicano. Sus memorias son uno de los mayores cuadros de época de nuestras letras. Como a todos los hombres a quienes domina la pasión del poder, las tendencias de la hora rebasaban su capacidad de reflexionar, pacientemente, los problemas políticos. Por la viveza de sus relatos, parece actual la discusión en torno del destino del país. Viajó, recorrió paisajes y protagonistas de otras culturas; sin embargo, México fue su verdadera pasión: la tierra, el idioma; rostros, gestos, afectos... y aun la violencia que tanto señaló. Sólo México le provocaba furias y horas de nostalgia. Bárbaros o no, los mexicanos permanecían en su conciencia cual inmensa raíz, tema y razón de su obra literaria. Entre nosotros, ningún otro escritor, como él, ha logrado hacer del pasado una emoción presente.

La autobiográfica, por sobre el resto de su obra, concentró su fuego creador. Ni sus ensayos o sus artículos contienen semejante pasión, no obstante referirse a hechos de actualidad. Su tiempo, las descripciones del paisaje y de las antiguas ciudades mexicanas, los hombres a quienes ^{yo} vio luchar, padecer y morir; las mujeres a las que amó y la expresión depurada de sus emociones más intensas lo hacen uno de los grandes escritores mexicanos y,

desde luego, el único que ha hecho de las confesiones de su propia vida una obra de arte literaria.

APÉNDICE I.

Al día siguiente de su llegada, Bonillas asiste a un mitin en el Teatro Obrero de Saltillo, para aceptar la postulación de su candidatura. Allí, un grupo de obregonistas, encabezados por Aurelio Manrique, escandaliza y sale a la calle para protestar "contra la imposición de Bonillas".

Marzo 21. Llega Bonillas a la ciudad de México y, en la estación (1919) de Buenavista, lo reciben miles de personas. Taracena escribió que los obregonistas, desde los andenes, lanzaban confetti revuelto con "pica pica", un polvillo que causaba estornudos y, además, chile piquín remolido y convertido en polvo finísimo; también revolviéron tachuelas con el confetti. Hubo necesidad de que interviniera la policia montada y que hiciera detenciones: más de cuarenta personas; entre ellas, Basilio Vadillo y Miguel Alessio Robles. Con los presos se encontraban algunos diputados.

Marzo 26. El general Pablo González rompe con el Presidente Carranza. Según Taracena, don Venustiano había accedido a que, en vez de Bonillas, fuera el doctor Luis G. Cervantes el candidato oficial.

Marzo 28. Álvaro Obregón llega a Tampico y se organiza un mitin desde los balcones del Hotel Continental. Dicen discursos Aurelio Manrique, Rafael Martínez Escobar y Manlio Fabio Altamirano, quienes son aprehendidos.

Marzo 30. Obregón llega a Ciudad Victoria, Tamaulipas, y dirige un telegrama al Partido Liberal Constitucionalista en el que dice: (...) *Tengo la conciencia de que el triunfo nuestro está asegurado y lo consolidaría de una manera absoluta, la consumación de nuevos atentados.**

* Taracena, Alfonso, *La verdadera Revolución...*, Op. cit., p. 210.

En los telegramas incluidos por Vasconcelos en *La calda de Carranza*, hay dos que completan esta historia: el del 31 de marzo, dirigido por Adolfo de la Huerta, Gobernador del Estado de Sonora a don Venustiano Carranza y la respuesta de éste, del 2 de abril. Según De la Huerta, "la prensa amarillista" de los Estados Unidos propalaba noticias sobre la destitución de su gobierno por otro militar.

La alarma de De la Huerta provenía de la llegada del general Manuel M. Diéguez, con algunas tropas, a diversas poblaciones de Sonora. Carranza, en su respuesta, le dijo a De la Huerta:

*Me extraña sobre manera que tanto el gobierno como el pueblo de ese Estado hayan dado crédito a las noticias propaladas por la prensa amarilla de los Estados Unidos.**

Abril 2. El general Plutarco Elías Calles declara, en Nogales, que sería inminente una revolución si se sustituye a las autoridades sonorenses.

Abril 6. Llega Álvaro Obregón a la ciudad de México, acompañado por Miguel Alessio Robles y por el general Francisco R. Serrano (quien, en 1928, sería asesinado en Huitzilac. Martín Luis Guzmán contó esa tragedia en *La sombra del Caudillo*).

Abril 7. La legislatura de Sonora dirige al Presidente Carranza

* *La calda...*, op. cit., pp. 148-152.

un telegrama para protestar por la movilización de tropas sin que existiera campaña militar alguna: En cuanto a las circunstancias especiales que usted indica (...) no pueden ser otras que el propósito deliberado, imperante en las esferas oficiales de la Federación, de realizar impunemente una burla sangrienta al voto popular, con motivo de las próximas elecciones para Presidente de la República.*

Abril 8. Manifiesto de diputados y de senadores obregonistas mediante el cual condenan a Carranza porque lejos de limitarse a ejercitar su acción dentro de los preceptos constitucionales, se ha constituido en un partido político militante con violación, no sólo de nuestro Código Fundamental, sino también con menosprecio de las promesas que arrastraron al pueblo a la sangrienta guerra civil, cuyas consecuencias soporta un resignado en espera de recobrar como justa compensación el libre ejercicio de sus derechos políticos. Refiriéndose a Bonillas, agregan los legisladores: El exótico candidato presidencial, a quien el Ejecutivo, con menoscabo de los fondos del Erario, se obstinan en imponer contra la voluntad del pueblo soberano para servir los mezquinos intereses de un grupo privilegiado nacido a la sombra del poder actual (...) Más adelante, advirtieron a Carranza que el país arderá en una nueva y destructora revolución de consecuencias incalculables que afectarán hasta a la misma nacionalidad.

* Idem., pp. 171-2.

La responsabilidad de tan grave mal inferido a nuestra Patria, será sólo de aquellos que, cerrando sus ojos y arrancando su corazón prefieran abrazarse al dios de su Egoísmo y de sus Ambiciones.

Nosotros, senadores y diputados al Congreso de la Unión, representantes de los intereses del pueblo de toda la Nación protestamos enérgicamente contra tales abusos del Poder, y arro- jamos la responsabilidad de lo que sobrevenga sobre el Poder Ejecutivo; no sin antes exitar al Pueblo Mexicano para que, ha- ciendo honor a su dignidad personal y a su Patria, oponga a las concupisencias oficiales la coraza de la Ley y la fuerza de su Derecho.*

Abril 10. Telegrama circular de Adolfo de la Huerta a los pre- sidentes municipales del Estado de Sonora, diciéndo- les que el general Plutarco Elías Calles ofrecía sus servicios a su gobierno, para la defensa de la soberanía del Estado, y con fundamento en la Ley número 30, decretada ayer por el Con- greso del Estado, he tenido a bien nombrar a dicho general Jefe de las Operaciones Militares en esta entidad (...)**

Telegrama del Presidente Carranza al gobernador De la Huerta, el cual dice así:

Tengo conocimiento de que el gobierno de ese Estado ha incautado las líneas del ferrocarril Sud Pacífico que se encuentran en

* Idem, pp. 185 y sigs.; y Taracena Alfonso, Op. Cit., pp. 214-5.

**Taracena, op. cit., p. 217.

territorio de Sonora. De ser cierto, sírvase ordenar desde luego la devolución de la empresa de la parte incautada e informe al Ejecutivo federal sobre la causa de esas medidas para resolver aquí lo que proceda.*

Abril 11. De la Huerta contesta a Carranza informándole de una huelga en esos ferrocarriles y que, de acuerdo con la empresa, se reanudaba el servicio.

El mismo día, el general Diéguez se dirige a Calles, desde Guadalajara, diciéndole que apasionado por sentimientos personalistas, está desarrollando una labor antipatriótica. Comprende su exasperación porque el Ejecutivo Federal ha demostrado los proyectos que él, Calles, y los suyos, habían imaginado poder llevar a la práctica sin obstáculo alguno.** (El general Diéguez sería fusilado, por órdenes de Obregón, el 20 de abril de 1924, por unirse a la rebelión de Adolfo de la Huerta).

Entrevista de Álvaro Obregón y Pablo González en el restaurante Chapultepec, acompañados por Rafael Zubaran Capmany, Juan Sánchez Azcona y el general Jacinto B. Treviño. Según Taracena, Obregón dijo que estaba muy comprometido por la actitud de los sonorenses que habían actuado sin conocimiento suyo.

Abril 12. Taracena refiere que Obregón tuvo una larga plática con Vicente Blasco Ibáñez en la cual narró cómo habían encontrado, sus oficiales, la mano desprendida de su brazo en una

* Idem.

** Idem., pp. 218.

de las batallas de Celaya; también, un atroz episodio sobre el robo del reloj del embajador español, en el cual don Venustiano aparece como un pillo mayor que el propio Álvaro Obregón. Estas eran las anécdotas que servían a escritores, como Vasconcelos, para desprestigiar a la revolución. Blasco Ibañez, en *El militarismo mexicano*, habría de abundar en semejantes imágenes deplorables.

Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora, dirigió un telegrama a *The New York World* informándoles de lo que, según él, constituía una violación al Estado de Sonora por parte del Ejecutivo de la Nación.

Abril 13. El Jefe del Estado Mayor Presidencial, general Juan Barragán, informa que el general Juan José Ríos, Jefe de las Operaciones en Sonora, fue desconocido por las fuerzas federales que tenía a su mando y que éste salió, por Nogales, a Ciudad Juárez.

El mismo día se publica el Manifiesto de Adolfo de la Huerta y de algunos diputados, entre ellos, Gilberto Valenzuela, en el que informan a los habitantes de Sonora sobre el conflicto con el Ejecutivo Federal y lo acusan de fraudes en las elecciones de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León, Tamaulipas y en las del Ayuntamiento de la Ciudad de México y de la disolución, entre otros cargos, del Partido Socialista Obrero de Yucatán, así como del supuesto atentado cometido por el general Francisco Murguía, en contra de los obregonistas

de Tampico. Señalan, finalmente, que el gobierno de Sonora recibe adhesiones de toda la República.*

Abril 15. El gobernador de Michoacán, Pascual Ortiz Rubio, al mando de 150 hombres, abandona Morelia y se interna por la Tierra Caliente en abierta sublevación en contra del Gobierno Federal.

Abril 17. Obregón llega a Chilpancingo. Lo recibe el gobernador Francisco Figueroa.

El gobernador de Zacatecas, general Enrique Estrada, se levanta en armas contra el Presidente Carranza.

Abril 18. En el Palacio de Gobierno de Chilpancingo, el gobernador Figueroa presenta al general Obregón a algunos funcionarios locales, entre ellos a Teófilo Olea y Leyva, uno de los "Siete Sabios".

Abril 20. El general Ángel Flores informa a Plutarco E. Calles haber ocupado Culiacán.

El Comité Directivo del Partido Laborista Mexicano, representado en Chilpancingo por Luis N. Morones, Ricardo Treviño y Salvador Álvarez, lanza un Manifiesto en el cual recomiendan a los obreros y a los campesinos cooperar en la lucha, iniciada en Sonora, Zacatecas y Guerrero, por haber violado el Gobierno Federal, la Constitución de la República.

Idem., p. 223.

Manifiesto de Álvaro Obregón desde Chilpancingo:

El actual Primer Mandatario de la Nación, olvidando su alta investidura de suprema autoridad, se convirtió en jefe de una bandera política y puso al servicio de ésta, todos los recursos que la nación le confió para su custodia, y violando todo principio moral, abiertas las cajas del Tesoro Público y utilizando sus caudales como arma de soborno para pagar prensa venal, ha tratado de hacer del Ejército Nacional un verdugo al servicio de su criterio político, y la posterga, la intriga y la calumnia han gravitado alrededor de los miembros de dicho ejército, que conscientes de su honor de soldados y de su dignidad de ciudadanos, se han negado a desempeñar funciones que mancillan su honor y su espada (...). Que el mismo Primer Mandatario, Jefe nato del partido "bonillista", al darse cuenta de que una mayoría aplastante de los ciudadanos de la República rechazaban con dignidad y con civismo la brutal imposición, provocó un conflicto armado, para, en él, encomendar a la violencia un éxito que no pudo alcanzar dentro de la ley, y a este conflicto, que fue provocado para el Estado de Sonora, han respondido las autoridades y los hijos de aquel Estado con una dignidad que ha merecido el aplauso de todos los buenos hijos de la Patria (...).

Abril 23. Plan de Agua Prieta⁽³⁾.

Abril 24. Declaraciones de Calles a los corresponsales de los periódicos y de la prensa asociada en Agua Prieta⁽⁴⁾.

*"Manifiesto que desde la ciudad de Bravos, Chilpancingo, lanza a la Nación el candidato del pueblo", *La cada...*, Op. cit. pp.203 y sigs.

Es importante señalar que, en su periodismo político, José Vasconcelos habría de repetir los argumentos esgrimidos por Calles en contra del Presidente Carranza.

Del 25 de abril al 4 de mayo, en distintas partes del país, ocurren sublevaciones militares en contra de Venustiano Carranza.

5 de mayo. Carranza lanza un Manifiesto a la Nación, en el cual analiza los orígenes de la rebelión y, "la labor corruptora de Obregón entre los miembros del ejército y sus tratos con enemigos de la revolución como Félix Díaz y Manuel Peláez, Jefe de las Guardias Blancas de las compañías petroleras (al frente del desfile del ejército de Agua Prieta, en la ciudad de México, en mayo de aquel año, iban Alvaro Obregón, Benjamín Hill y Manuel Peláez, precisamente).

Carranza afirma que estaba resuelto a hacerse respetar y que apelaría a todos los medios que la conveniencia pública y el patriotismo aconsejen, para no dejar el Gobierno del país en manos de ninguno de los caudillos militares, que seguirán ensangrentando la Patria.*

Mientras Carranza se dirige al Panteón de San Fernando, a la ceremonia en honor de Ignacio Zaragoza, ese 5 de mayo, recibe un parte del general Francisco Murguía en el cual le informa que se ha empeñado un combate contra las fuerzas del general Luis Hermosillo en Otumba. En la tarde de ese día, el aviador

* Taracena, Op. cit., pp. 236-7.

Carlos Santana lanza algunas granadas sobre Cuernavaca y Texcoco. Empieza la deserción de las tropas del ejército federal.

6 de mayo. El Presidente Carranza resuelve trasladar los poderes federales al Puerto de Veracruz.

7 de mayo. Embarcan las tropas y los empleados desde las estaciones de Colonia y Buenavista. Las escenas de la salida de los trenes, de la máquina lanzada por ferrocarrileros para estrellarla contra el tren en que viaja el 2o. Regimiento de Infantería, *Supremos Poderes*, los heridos y el ~~convoy~~ con municiones y partes de la aviación y de la Guardia Presidencial, son imágenes que anticipan el desastre que se inicia en las llanuras de San Juan Teotihuacán y termina en la Hacienda de Aljibes, en el Estado de Puebla, de la cual parte Carranza hacia su muerte.

Entran a la ciudad de México las tropas al mando de Jacinto B. Treviño. En el Palacio Nacional, desde uno de sus balcones, Treviño habla a la tropa congregada.

El general Juan Barragán, Jefe del estado Mayor Presidencial de Venustiano Carranza, encabezó un escrito con la denuncia del Presidente, dirigido a Pablo González. Tal escrito y su refutación por Álvaro Obregón⁽⁵⁾ fueron incluidos por Vasconcelos en *La calda de Carranza*. Alfonso Taracena, en su anotación correspondiente al 20 de mayo (pp. 161-255), incluye la versión del supuesto suicidio de Carranza que ha corrido como

verdad hasta nuestros días. El comentario de Alvaro Obregón al comunicado de Barragán descarta cualquier duda: da por hecho el asesinato durante el asalto de las fuerzas opositoras, que estuvieron al mando del general Rodolfo Herrero, quien era parte del Plan de Agua Prieta, toda vez que era subalterno de Manuel Peláez.

APÉNDICE II.

Diálogo de Plutarco E. Calles y José Vasconcelos, en el rancho del general José María Tapia, en San José, California, en el otoño de 1936.

Fragmento de "La entrevista", *La flama*, *Op. cit.*, pp. 465-469:

Nos dió asiento el Gral. Tapia y en seguida se retiró para volverse a presentar con el Gral. Calles, que con toda sencillez me tendió los brazos, apostrofando: "¡Licenciado!". A lo que contesté, tendiendo también los brazos hasta tocarlo cerca de los hombros y diciendo: "¡General!". En seguida nos sentamos y empezaron a circular, portadas por un criado, las bandejas con vasitos de Manzanilla y platos pequeños con esas aceitunas negras de California preparadas en salmuera con cebolla, que son positivamente deliciosas.

Desde el comienzo, la conversación fue fácil. La inició el General: "Hemos sido, durante muchos años, unas veces amigos y otras veces enemigos, y ahora nada impide que hablemos como hombres".

"En efecto, General, nada se lograría con reproches inoportunos: lo que nos interesa es el presente".

Calles: "Pues verá usted, Licenciado, y permítame que comience hablando de mf. Yo, como usted comprenderá, no quiero nada de México. Pero es mi país y en él tuve cuanto puede

ambicionar un hombre; todo lo que el más ambicioso puede desear. Usted sabe lo que significa el poder en nuestra patria; ahora estoy viejo y dedicado a mis hijos, no tengo ambición personal de ningún género; veo que el país va a la ruina con esta gente, pero no quiero intervenir, sólo busco mi venganza. Es necesaria para que otras gentes puedan hacerse cargo del futuro del país".

"Le digo a usted todo esto para que no crea que si el día de mañana ejerce usted en México la autoridad a que tiene derecho, voy yo a pedirle nada. Nada necesito. Mi carrera en México ha terminado. Pero es mi deber colaborar para que esta gente de ahora sea echada del mando".

Licenciado: "Puede usted lograr mucho todavía, en este sentido".

General: "Así lo creo. De distintas zonas del país, diversos Comandantes me mandan aviso en este sentido. No he querido movilizarlos hasta ahora, porque ello beneficiaría al Gral. Cedillo, que tiene ambiciones y nada más está estorbando. Ya le he mandado decir que lo harán pedazos porque él no es una bandera política. Pero hay que estar preparados para el momento en que desaparezca Cedillo".

Licenciado: "¿Y cuál sería el plan de usted llegado ese caso?".

General: "Mire, Licenciado, usted me conoce y sabe que ya no tengo más lenguaje que el de la franqueza".

"Usted perdió en el 29 porque le faltó la fuerza. Tenfa usted la popularidad y es todavfa el único que podría recobrarla con sólo que se presente una oportunidad cualquiera. Yo tuve la fuerza y creo seguirla teniendo. Mi plan actual es este: mover al Ejército para que derroque a Cárdenas y establezca un Gobierno a cargo de un Triunvirato Militar. Lo primero que harfa ese triunvirato es convocar a elecciones y en ellas, es claro, usted tendría el triunfo asegurado".

"Y repito, si usted llega al poder, nunca me verá en una de sus antecsalas".

Licenciado: "Debo corresponder su franqueza y le digo que en esta lucha en que yo estoy en contra de la Canalla que gobierna al país, me creo obligado a aceptar cualquier ayuda, así me la ofrezca el Diablo. De suerte que acepto".

General: "Está bien, Licenciado, y sólo insisto en decirle una cosa y es que cuando tiendo la mano de amigo no traiciono esa amistad".

Pasamos a la mesa, que estuvo muy bien atendida, con manjares a la sonoreense, de buena carne y esas tortillas redondas muy anchas, estilo árabe, un tanto desabridas.

Ya entre plato y plato y en tono desahogado, el General volvió a hablar. "Quiero contarle, me dijo, ciertos detalles que le servirán a usted para entender mejor mi posición". En torno de la mesa nos hallábamos el Gral. Calles, el Gral. Tapia, don Francisco Ahumada, el Sr. Castellanos, por el momento secretario particular de Calles, y el que esto relata.

"Sin duda, comenzó a decir el General, usted sabe que el Gral. Cárdenas, durante su campaña electoral y a principios de su Gobierno, se mostró excesivamente complaciente conmigo. En su primer Gabinete nombró Ministro a mi hijo Rodolfo -un rasgo de lealtad sin precedente-: todo el Gabinete, por lo demás, era de amigos míos. No faltó quien supusiera que yo los había designado, lo cual desde luego es falso. En suma, el Gral. Cárdenas se empeñaba en hacer ver o hacer creer a todo el mundo, que yo era su director espiritual. En el fondo, a mi me tenía cansado todo eso del Maximato y para acentuar mi alejamiento de los asuntos públicos, me fui a refugiar en mi rancho de Sinaloa, por ser el más distante de la Capital".

"Desde allí, sin embargo, no pude dejar de darme cuenta del camino equivocado que seguía el Presidente incitando a los obreros a declarar huelgas y promover dificultades con los patronos. Llegó el momento en que Cárdenas sintió que había llegado demasiado lejos y entonces me mandó invitar a que me dirigiera a la Capital para prestarle apoyo con mi presencia. Al principio le mandé decir que debía afrontar solo las dificultades, que mi viaje a la Capital daría lugar a que su autoridad se sintiera deprimida; pero intervinieron los amigos y al fin, creyendo que le prestaba un servicio decisivo, me trasladé a México. Inmediatamente fue el Presidente a verme; me hizo ver que las organizaciones de trabajadores estaban escapando a su control y que juzgaba que sólo unas declaraciones mías podrían contener la agitación".

"¿Qué clase de declaraciones?, pregunté.

"Pues queremos pedirle que dirija usted un Manifiesto a la clase obrera llamándole la atención sobre el peligro que suponen las exigencias desmesuradas que están presentando. A todo esto, por supuesto, añadió la renovación de su lealtad y la súplica de que como en otras ocasiones, no le negara mi sostén".

"La solicitud del Presidente me pareció digna de apoyo. Le pedí un plazo corto para redactar el documento. Nos separamos con la habitual cordialidad, con muestras de efusión por su parte, y me apresuré a servirlo. Otras veces puedo haber desconfiado del actual Presidente, pero no aquella en que caí redondo en su trampa".

"Usted conoce el texto de aquel Manifiesto. Cuando se lo mandé al Presidente, se me aseguró que sería publicado acompañado de unas declaraciones del Presidente Cárdenas ratificándolo en toda su extensión".

"No tuve que esperar más de 24 horas; se conoce que lo que se publicó como respuesta era una declaración preparada de antemano, en la cual no sólo no se ratificaban mis recomendaciones, sino que, en contraste con todo lo que yo decía, el Presidente Cárdenas daba la razón a los obreros en todas sus exigencias y se exhibía como el Caudillo insobornable del proletariado, dando a entender que mi tiempo había pasado, ya no era yo el revolucionario intachable de antes y que el Gobierno sentía discrepar de mi posición".

"A los pocos días ocurrió lo que todo el mundo sabe: me expulsaron sin que yo pudiera ofrecer resistencia porque desde antes de mi visita, las autoridades militares de la Capital habían sido cambiadas, poniendo a jefes que habían tenido alguna rencilla personal conmigo".

Licenciado: "Me alegro mucho de haber tenido la ocasión de esta entrevista; le agradezco la confianza con que me ha hablado. Siempre sospeché que había sido usted víctima de una traición deliberada y sucia".

General: "Leí las declaraciones que usted hizo en ese sentido, a raíz de los sucesos. En fin, Licenciado, lo único que yo quiero es mi venganza".

Había oscurecido y era oportuno despedirse. Como no queríamos que en torno de la entrevista se hiciesen comentarios que pudieran estorbar nuestra acción, decidimos mantener comunicación periódica a través de amigos de confianza, como el Gral. Tapia y don Francisco Ahumada, o bien el Sr. Castellanos, que fungía como secretario particular y se mostraba muy enterado de todo y muy despierto. Como yo sabía que la cuestión religiosa la estaba resolviendo el cardenismo de acuerdo con la presión de Washington, sentía ansiedad de enterarme de todos los demás aspectos del cambio político que se operaba en México. La demagogia cardenista nunca nos impresionó; sabíamos que era la cortina de humo que disimulaba la entrega de la soberanía nacional a las conveniencias internacionales de los Estados Unidos. De allí la prisa que sentía, de dar una vuelta

por Nueva York, que es donde se conoce el desarrollo de los sucesos de nuestro país. En conversación de pie, ya para separarnos, manifesté todo esto a Calles, que estuvo de acuerdo conmigo y en seguida me habló de su situación económica. No tenía dinero y no quería pedirlo a los que podrían ayudarnos porque en la situación en que nos hallábamos, lo que ofrecerían sería insuficiente y nada más serviría para comprometernos. En cambio, nos sobrarían ofertas de dinero tan pronto como se produjese en México el primer brote de insurrección militar. Sin embargo, comprendía que no era justo que yo me echase la carga de gastos de viajes que en lo de adelante servirían en beneficio recíproco. En aquellos días, precisamente, llegarían a visitarlo de México, precisó Calles, personas que solían traerle auxilios amistosos de algunos miles de dólares para lo más urgente. Por conducto del Gral. Tapia, me haría llegar 2,000 Dls. para el viaje a Nueva York.

APENDICE III.

Como en ninguna otra Biobibliografía o nota de diccionario, de las numerosas que se refieren a José Vasconcelos, la de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española* contiene datos tan completos de su actividad pública. Se trata de una breve biografía la cual dice:

Vasconcelos José.- Nació en Oaxaca, a 27 de febrero de 1882; y terminados sus estudios primarios, vino a esta capital para hacer los de Leyes en nuestra Escuela de Jurisprudencia, en la que obtuvo el título de abogado.

Fue Agente del Ministerio Público en Durango; pero atraído por la política, se afilió al Partido Antirreleccionista; y entre 1908 y 1909 actuó en los Estados Unidos como agente confidencial del movimiento revolucionario que preparaba D. Francisco I. Madero.

Al triunfar la revolución se dedicó a ejercer su profesión de abogado, pero se lanzó de nuevo a la lucha activa al ser asesinados los señores Madero y Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República. Se ligó con los "convencionistas" y fue el consejero más importante que tuvo el Presidente de la República "convencionista" D. Eulalio Gutiérrez; período en el cual fungió como Secretario de Educación Pública.

* *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, t. VII (1945), Edición facsimilar, México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana/12, 1975; p. 372.*

Lanzó su candidatura primero para Gobernador de su Estado y luego para Presidente de la República, después de haber sido nuevamente Secretario de Educación Pública; pero como sus opositores le hubieran negado el triunfo que él y sus sostenedores consideraron había alcanzado, se retiró de la política y abandonó el país por largo tiempo.

Ha recorrido muy ampliamente el viejo y el nuevo mundo, siendo aplaudido siempre como un pensador y filósofo de altos vuelos, y como escritor literario, sugestivo y artista.

Al escribirse estas apuntes vive relativamente apartado de la política militante y es el Director de la Biblioteca Nacional de México; sin que por esto deje de estar con la pluma en la mano como su mejor arma para combatir.

Ha sido siempre hombre de gran empuje y notable escritor de combate.

NOTAS

- 1) Copia del acta de fundación de la Sociedad de Conferencias y Conciertos:

En la ciudad de México, a los cinco días del mes de septiembre de mil novecientos diez y seis y siendo las once de la mañana, se reunieron en la biblioteca de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, los señores Alfonso Caso, Antonio Castro, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Alberto Vázquez del Mercado, y acordaron:

- I.- Fundar una sociedad con el fin de propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México.
- II.- La sociedad se llamará "Sociedad de Conferencias y Conciertos".
- III.- Constituirse en socios fundadores reservándose el derecho de invitar a las personas que den conferencias.

.Y para constancia firmaron la presente los que en el acto intervinieron.

Alfonso Caso, Antonio Castro, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Alberto Vázquez del Mercado.

- 2) *En la educación pública en México a través de los mensajes presidenciales desde la consumación de la independencia hasta*

nuestros días, Prólogo de J. M. Puig Casauranc, México, Publicaciones de la SEP, 1926, se transcriben párrafos alusivos a la autonomía de la Universidad aunque no llegara a legalizarse entonces.

V.: "Venustiano Carranza. Septiembre 10. de 1918. 2o. año del 27° Congreso de la Unión", pp. 197 y sigs.:

En el año escolar de 1918 ha continuado el desarrollo de los estudios de especialización que establece el plan vigente, lo que ha hecho necesario aumentar el número ordinario de los profesores, que en la actualidad asciende a treinta y uno, y a los cuales se han agregado ocho que atienden el desempeño de igual número de cursos libres de diversas materias generales, por ellos mismos designadas. Todos ellos imparten la enseñanza a 539 alumnos. Teniendo presentes los visibles resultados de estos cursos libres y de la confianza que inspira el actual Gobierno y la labor desinteresada de la Universidad Nacional, varios ciudadanos han otorgado donativos permanentes, para pagar los honorarios de algunos de los profesores libres. Estos donativos, unidos al de la finada señora Isabel Pesado de Mier, hecho a la Escuela Nacional de Bellas Artes, contribuirán para que se realice la autonomía de la Universidad Nacional, formalmente instituida por la Constitución vigente.

3) Plan de Agua Prieta. Considerando:

I. Que la Soberanía Nacional reside esencial y origina-

riamente en el pueblo; que todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio, y que la potestad de los mandatarios públicos es únicamente una delegación parcial de la soberanía popular, hecha por el mismo pueblo.

II. Que el actual Presidente de la República, C. Venustiano Carranza, se ha constituido Jefe de un partido político y persiguiendo el triunfo de ese partido, ha burlado de una manera sistemática el voto popular; ha suspendido, de hecho, las garantías individuales; ha atentado repetidas veces contra la soberanía de los Estados y ha desvirtuado radicalmente la organización política de la República.

III. Que los actos y procedimientos someramente expuestos, constituyen, al mismo tiempo, flagrantes violaciones a nuestra Ley Suprema, delitos graves del orden común y traición absoluta a las aspiraciones fundamentales de la Revolución Constitucionalista.

IV. Que habiendo agotado todos los medios pacíficos para encauzar los procedimientos del repetido Primer Mandatario de la Federación, por las vías constitucionales, sin haberse logrado tal finalidad, ha llegado el momento de que el pueblo mexicano asuma toda su soberanía, revocando al mandatario infiel el poder que le había conferido y reivindicando el imperio absoluto de sus instituciones y de sus leyes. En tal virtud, los suscritos ciudada-

nos mexicanos en pleno ejercicio de nuestros derecho políticos, hemos adoptado en todas sus partes y protestamos sostener con entereza, el siguiente:

PLAN ORGANICO DEL MOVIMIENTO REIVINDICADOR DE LA DEMOCRACIA Y DE LA LEY.

Art. I. Cesa en el ejercicio del Poder Ejecutivo de la Federación el C. Venustiano Carranza.

Art. II. Se desconoce a los funcionarios públicos cuya investidura tenga origen en las últimas elecciones de Poderes Locales verificadas en los Estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas.

Art. III. Se desconoce asimismo el carácter de Concejales del Ayuntamiento de la Ciudad de México a los ciudadanos declarados electos con motivo de los últimos comicios celebrados en dicha capital.

Art. IV. Se reconoce como Gobernador Constitucional del Estado de Nayarit al C. José Santos Godínez.

Art. V. Se reconoce también a todas las demás autoridades legítimas de la Federación y de los Estados. El Ejército Liberal Constitucionalista sostendrá a dichas autoridades siempre que no combatan ni hostilicen el presente movimiento.

Art. VI. Se reconoce expresamente como Ley Fundamental de la República a la Constitución Política del 5 de febrero de 1917.

Art. VII. Todos los Generales, Jefes, Oficiales y soldados que secunden este Plan, constituirán el Ejército Liberal Constitucionalista. El actual Gobernador Constitucional de Sonora, C. Adolfo de la Huerta, tendrá interinamente el carácter de Jefe Supremo del Ejército con todas las facultades necesarias para la organización política y administrativa de este movimiento.

Art. VIII. Los Gobernadores constitucionales de los Estados que reconozcan y se adhieran a este movimiento en el término de 30 días, a contar de la fecha de la promulgación de este Plan, nombrarán cada uno de ellos, un representante debidamente autorizado, con objeto de que dichos delegados, reunidos a los sesenta días de la fecha del presente en el sitio que designe el Jefe Supremo Int., procedan a nombrar en definitiva, por mayoría de votos, el Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista.

Art. IX. Si en virtud de las circunstancias originadas por la campaña, la Junta de Delegados de los Gobernadores Constitucionales a que se refiere el artículo anterior, no reúne mayoría en la fecha indicada, quedará definitivamente como Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista el actual Gobernador Constitucional del Estado de Sonora, C. Adolfo de la Huerta.

Art. X. Tan luego como el presente Plan sea adoptado por la mayoría de la Nación y ocupada la ciudad de México por el Ejército Liberal Constitucionalista, se procederá a nombrar un Presidente Provisional de la República, en la

forma prevista en los artículos siguientes:

Art. XI. Si el movimiento quedare consumado antes de que termine el actual período del Congreso Federal, el Jefe del Ejército Liberal Constitucionalista convocará al Congreso de la Unión a sesiones extraordinarias, en el lugar en que pueda reunirse, y los miembros de ambas cámaras elegirán al Presidente Provisional, de conformidad con la Constitución vigente.

Art. XII. Si el caso previsto por el artículo X llegare a presentarse con posterioridad a la terminación del período constitucional de las Cámaras actuales, el Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista asumirá la Presidencia Provisional de la República.

Art. XIII. El Presidente Provisional convocará a elecciones de Poderes Ejecutivo y Legislativo de la Federación inmediatamente que tome posesión de su cargo.

Art. XIV. El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista nombrará Gobernadores Provisionales de los Estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas, de los que no tengan Gobernador Constitucional y de todas las demás Entidades Federativas cuyos primeros mandatarios combatan o desconozcan este movimiento.

Art. XV. Consolidado el triunfo de este Plan, el Presidente Provisional autorizará a los Gobernadores Provisionales para que convoquen inmediatamente a elecciones de Poderes Locales, de conformidad con las Leyes respectivas.

Art. XVI. El Ejército Liberal Constitucionalista se regirá por la Ordenanza General y Leyes Militares actualmente en vigor en la República.

Art. XVII. El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista, y todas las autoridades civiles y militares que secunden este Plan impartirán garantías a nacionales y extranjeros y protegerán muy especialmente el desarrollo de la industria, del comercio y de todos los negocios.

SUFRAGIO EFECTIVO.- NO REELECCION.

Agua Prieta, abril 23 de 1920.

GRAL. DE DIVISION, P. ELIAS CALLES.

Generales de Brigada: Angel Flores, Francico R. Manzo, Juan Cruz, Lino Morales, Fco. R. Serrano .- Generales Brigadieres: Miguel Piña, h., J. M. Padilla, Fructuoso Méndez, Carlos Plank, Roberto Cruz, Alejandro Mange, Luis Matus, Ramón Gómez, Luis Espinosa, Ignacio Mori, Macario Gaxiola y José Ma. Ochoa.- Capitán de Navío, J. de la Llave.- Capitán de Navío, E. Olivier.- Coroneles: Abelardo L. Rodríguez, J. M. Aguirre, Fausto Topete, Enrique León, Guillermo M. Palma, Lorenzo Muñoz, E.C. García, Anatolio B. Ortega, A. A. Ancheta, Guillermo Nelson, Eduardo Andalon, Julio García, Z. Jiménez Ponce, Francisco G. Manríquez, Camilo Gastelum, jr. Mateo de la Rocha, Rosendo Quesada, Pablo C. Mancías, Juna G. Amaya y Antonio A. Guerrero.- Tenientes Coroneles: Mariano Valtíérrez,

Angel Camargo, Pedro Sosa, Anselmo Armenta, Antonio Cruz, J. Jesús Arvizu, A. Campbell, Jesús M. Palma, G. R. Limón, Jesús O. Cota, Rafael Villagrán, Alberto G. Montaña, Manuel Bacilio, Francisco Ochoa, Juan B. Izaguirre, Antonio Armenta, Pedro Quintero, Pedro C. Figueroa, Manuel García, Ignacio Otero, Rodolfo Ibarra Vega, Manuel Limón, Jesús Otero, Manuel Escobar, Gumersindo López, Eligio Samaniego, Benito Bernal, Alberto Zuno Hernández, Santos R. Flores y Jesús Borquez.- Mayores: Luis Palomares, Rodolfo N. Reyna, Isaac M. Rocha, Guadalupe, Cruz, Canuto Ortega, Máximo Othón, Patricio García, Manuel Meza, Manuel I. Medina, J. M. Gurrola, J. J. Pérez, Ricardo Legaspi, B. González, Luis R. Flores, Manuel O. Lugo, Angel Gaxiola, jr., Victoriano Ibarra, Francisco Pérez Sánchez, Angel B. Quiróz, Vicente Tabares, F. Polanco, Leopoldo Robles, Alfredo Delgado, José Ma. Hernández, Victoriano Díaz, Manuel Martínez, José S. Obregón y José A. Araiza.- Capitanes primeros: S. Amézquita Licéaga, Pantaleón Pineda, José Ma. Tapia, Francisco Herrera.- Subteniente Manuel H. Lira.- Señores: Francisco S. Elías, Luis L. León, H. Gavilondo, Antonio G. Rivera. Administrador Aduana de Agua Prieta, Julián S. González, Pte. Mpal. de Cananca, J. R. Estrada, Alfonso Vázquez, Agente Comercial en Douglas, Arizona Ricardo C. López, Jefe de la Oficina Telegráfica en Nogales, Son. Teniente Coronel, Abraham Fraijo, Pte. Mpal. de Agua Prieta. Arturo M. Escandón, Director de "El Tiempo", y F. Alfonso Pesquiera.- Constituyentes de Querétaro: Luis G.

Monzon y Froylan C. Manjarrez.- Constituyentes de Sonora:
Antonio R. Romo, Rosendo L. Galaz, José Ma. V. Lizárraga,
Gabriel Corella, Adalberto Trujillo y Clodoveo Valenzuela.
Ramón M. Bernal, Oficial Mayor del Congreso del Estado.
A. M. Sánchez, Oficial 1o. de la Secretaría de Gobierno.
S. M. Moreno, Jefe de la Sección de Gobernación. A. B.
Sobarzo, Encargado de la Sección del Registro Civil. Amos
B. Casas, Oficial 2o. de la Secretaría de Gobierno. S. A.
Campoy, Oficial 3o. de la Secretaría de Gobierno. Carlos S.
Díaz, Jefe del Departamento de Compras. Miguel Vázquez,
Jefe del Departamento de Archivo. Angel Avilez, Oficial del
Departamento de Archivo. Guillermo de la Rosa, Director
General de Instrucción Pública. Miguel Yépez Solórzano,
Director General del Catástro. Aurelio S. Larios, Dibujante
del Catastro. Manuel Larios, Ingeniero de la Direccion del
Catastro. Raúl Salazar, Procurador General de Justicia en
el Estado. B. Cabrera, Jefe de Defensores de Oficio. Angel
Amante, Oficial 1o. de la Secretaría del Congreso. Plutarco
Padilla, Oficial 2o. de la Secretaría del Congreso. Helio-
doro Pérez Mendoza, Jefe de la Sección de Glosa de la Ins-
pección de Telégrafos. Eloy García S., Jefe de la Oficina
Telegráfica de Hermosillo. F. R. Pesqueira, Administrador
Principal del Timbre. Rafael Manzo, Tesorero General del
Estado. Lic. Pedro González Rubalcava, Juez de Instrucción
Militar. Lic. José Guzmán V., Agente del Ministerio Público,
Militar. Lic. Senén García, Asesor de Guerra. José S. Healy,
Periodista. Alberto S. Díaz, Carlos Genda, jr., Mario Her-

nández Machain, Secretario Particular del Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista. A. R. Guzmán, Agente General de Agricultura y Fomento.- Diputados al Congreso del Estado, Lic. Gilberto Valenzuela, Emiliano Corella M., Ing. Joaquín C. Bustamante, Miguel C. López, Alejo Bay, Luis F. Chávez, Felizardo Frías, Ramón D. Cruz, Alfonso Almada, Ignacio G. Soto, Florencio Robles, Leoncio J. Ortiz, Julio C. Salazar, Rafael F. L. Paredes y Emilio Mendivil.- Magistrados del Supremo Tribunal de Justicia. Lic. Luis N. Rubalcava, Espiridión S. Ruiz y Lic. Manuel Zezati, Alberto C. Laustanau, Secretario del Tribunal de Justicia. Diputados al Congreso de la Unión: Alejandro Velázquez López, Damián Alarcón, Ezequiel Ríos Landeros.- Señores: Fernando Torreblanca. Lic. Rafael Díaz de León y Alfonso Guerra.

- 4) V.: Taracena, Alfonso, *Figuras y episodios de la historia de México. La verdadera Revolución Mexicana. Sexta etapa (1918-1920)*, Op. cit., pp. 233-4.

Abril 24. Entrega el general Plutarco Elías Calles, a los corresponsales de los periódicos y de la Prensa Asociada, en Agua Prieta, Son., unas declaraciones firmadas por él en las que revela que Carranza, ante el general Murguía, le dijo en Querétaro: "Usted comprenderá que el general Pablo González no es candidato viables a la Presidencia, y el general Alvaro Obregón, por la política de ataque a

nosotros, que viene desarrollando, tampoco puede ser Presidente; pero mañana llegarán a esta población los señores licenciados Luis Cabrera y Manuel Aguirre Berlanga y en una junta que celebraremos con ellos vamos a resolver esta situación, determinando quién debe ser el candidato a la Presidencia de la República, que el Gobierno va a sostener y a imponer, si es necesario, por cualquier medio". A la salida de la conferencia le manifestó el general Murguía que el candidato de Carranza era el ingeniero Bonillas. Antes de que llegaran Cabrera y Aguirre Berlanga, Calles dijo a Carranza que él no podía traicionar sus convicciones y que se inclinaba por Obregón. Si- gue atacando a Carranza, a quien lo considera sin escrúpulos y rodeado de una camarilla corrompida que trafica con todo. Afirma que con su política internacional ha venido Carranza engañando al pueblo mexicano. En los cuatro meses que permaneció en el gabinete, lo observó de cerca: "Quedé completamente convencido -dice- de que este farsante es un tirano vulgar que no obedece otra ley que su voluntad y no persigue otro ideal que conservarse en el Poder. Como Carranza desea incondicionales en vez de colaboradores, sigue el sistema de corrupción para hacerse de los hombres que necesita. La corrupción la logra con los espíritus débiles, con dádivas, concesiones y toda clase de impunidad para los negocios sucios y los atropellos de sus autoridades y de sus esbirros..."

5) Dos misivas son fundamentales para conocer la versión de los cabecillas militares respecto de la muerte de Carranza. La primera, copia del mensaje dirigido al general Pablo González de 21 de mayo de 1920, informa que esa madrugada, en Tlaxcalaltongo, Carranza fue hecho prisionero y *asesinado cobardemente*.

La respuesta de Obregón parece disipar cualquier sospecha posterior respecto del supuesto suicidio de Carranza:

LA MUERTE DE CARRANZA

México, mayo 22 de 1920.

General Juan Barragán y demás firmantes del mensaje de ayer.- Necaxa, Pue.

Enterado del mensaje que dirigen al señor general Pablo González y que se sirvieron transcribirme, y cuyo texto dice:

"Número 4.- Necaxa, el 21 de mayo de 1920.- Recibido a la 1.50 a.m.- General A. Obregón.- Urgente.- Hoy decimos al general Pablo González lo siguiente: Hoy a la madrugada, en el pueblo de Tlaxcalaltongo, fue hecho prisionero y asesinado cobardemente, al grito de ¡viva Obregón! el C. Presidente de la República don Venustiano Carranza, por el general Rodolfo Herrero y sus chusmas, violando la hospitalidad que le había brindado. Los firmantes de este mensaje protestamos con toda la energía de nuestra honradez y lealtad ante el mundo entero por esta nueva mancha arrojada

sobre la Patria. Cumplida la obligación que nuestra dignidad de soldados y amigos nos impone, nos ponemos a la disposición de usted y sólo pedimos llevar el cadáver de nuestro digno jefe hasta su última morada en esa capital, suplicándole ordenar se nos facilite un tren en Beristáin para tal objeto. Atentamente.

Firmados.- General Juan Barragán, F. de P. Mariel, Federico Montes, Marciano González, Ignacio Bonillas, Coroneles M. Fernández, S. Lima, Arturo Garza, Librado Flores, Eustaquio Durán, Maclovio Mendoza, Victoriano Neyra, Benito Echauri, Horacio Sierra, Dionisio Mariles, Victoriano Farfás, Mayor Ignacio Meza, Capitanes primeros Pedro Rangel, Ismael García, Raúl Fabela, Juan R. Gallo, Fermín Valenzuela; Capitanes segundos Santiago Kelly, Ignacio M. Velita, Juan Sánchez, Mariano Gómez; Tenientes Pedro Montes, Juan G. Barrón, Manuel Robledo; Subtenientes Pascual Zamarrón, Wenceslao Cáceres, Tirso González".

Es muy extraño que un grupo de militares que, como ustedes, invocan la lealtad y el honor y que acompañaba al C. Venustiano Carranza, con la indeclinable obligación de defenderle, haya permitido que se le hubiera dado muerte, sin cumplir ustedes con el deber que tenían, ante propios y extraños, de defenderlo hasta correr la misma suerte, máxime cuando sabe toda la nación que son ustedes precisamente los más responsables en los desgraciados

acontecimientos que han conmovido a la República durante las últimas semanas y que ayer tuvieron el lamentable desenlace de la muerte del C. Venustiano Carranza, muerte que encontró abandonado de sus amigos y compañeros, quienes no se resolvieron a cumplir con su deber en los momentos de prueba. Repetidas ocasiones se notificó al C. Carranza que se le darían toda clase de garantías a su persona, si estaba dispuesto a abandonar la zona de peligro; y él se negó a aceptar esta prerrogativa, porque creyó indudablemente que habría sido un acto indigno de un hombre de honor ponerse a salvo, dejando a sus compañeros en peligro. Este acto, que reveló en el señor Carranza un rasgo de dignidad y compañerismo, no fue comprendido por ustedes.

Solamente los firmantes del mensaje a que me refiero son treinta y dos militares y un civil; número más que suficiente, si hubieran sabido cumplir con su deber, para haber salvado la vida del señor Carranza, si es, como ustedes lo aseguran, que se trata de un asesinato; y tengo derecho a suponer que ustedes huyeron sin usar siquiera sus armas, porque ninguno resultó herido. Si ustedes hubieran sabido morir defendiendo la vida de su jefe y amigo, que tuvo para ustedes tantas consideraciones, se habrían conciliado: en parte con la opinión pública y con su conciencia y se habrían ahorrado el bochorno de recoger

un baldón, que pesará siempre sobre ustedes.

A. OBREGON.

V.: *La calda de Carranza, Op. cit.*, pp. 207-9.

- 6) Rafael Nieto (1883-1926). Diputado Federal y Constituyente. En la XXVI Legislatura atacó las tiendas de raya y apoyó los proyectos de reforma agraria. Sub-secretario de Hacienda y Crédito Público, encargado del Despacho, durante el gobierno de Venustiano Carranza, y Gobernador de San Luis Potosí en 1919 -al hacerse cargo de la Sría. de Hacienda Luis Cabrera-, hasta 1921. Fue el primer gobernante que concedió el derecho de voto a las mujeres; Director General de los Ferrocarriles Nacionales y diplomático en Suecia, Italia y Suiza, en donde murió. Fue autor, entre otras obras, de *Más allá de la Patria* (1920) y *Ensayos económicos y políticos* (1922).

BIBLIOGRAFIA DIRECTA:

- Vasconcelos, José, La caída de Carranza. De la dictadura a la libertad, México, Imp. Murguía, 1920.
- Obras completas, 4 t., México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957-1961 (Col. Laurel).
 - En el ocaso de mi vida, México, Populibros "La Prensa", 1957.
 - Cartas políticas de José Vasconcelos. Primera Serie, 1924-1936, Preámbulo y notas de Alfonso Taracena, México, Clásica Selecta/Editora Librera, 1959.
 - La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y Tragedia, México, Cfa. Editorial Continental, 1959.
 - Breve historia de México, 6a. ed., México, Ediciones Botas, 1950.
 - Qué es la Revolución, 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1937.
 - La raza cósmica, México-Buenos Aires-Madrid, Espasa-Calpe Mexicana, S.A., 1948.
 - et. al., México y España, 4a. ed., México, 1929.
 - Carta a la intelectualidad, México, 1933.
 - Los últimos cincuenta años, México, 1924.
 - Páginas escogidas, Selección y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Ediciones Botas, 1940.

BIBLIOGRAFIA INDIRECTA:

- Ahumada, Herminio, José Vasconcelos. Una vida que iguala la acción con el pensamiento, México, Ediciones Botas, 1937.
- Blanco, José Joaquín, Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica, México, FCE, 1977. (Vida y Pensamiento de México).

- Cabrera, Luis, "Una cacería de gazapos", Obras completas. Tomo II: Obra Literaria, Edición preparada y dirigida por Eugenia Meyer, Eds. Oasis, 1974, pp. 354-391.
- La herencia de Carranza (Bajo el seudónimo de Blas Urrea), México, Imprenta Nacional, S.A., 1920.
- Carballo, Emmanuel, 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, México, Empresas editoriales, 1965.
- Conferencias del Ateneo de la Juventud, Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, México, Centro de Estudios Filosóficos/UNAM, 1962 (Nueva Biblioteca Mexicana, 5).
- Cosío Villegas, Daniel, Ensayos y notas, t. I, México/Buenos Aires, Ed. Hermes, S.A., 1966.
- Elmore, Edwin, Vasconcelos frente a Chocano y Lugones. Los ideales americanos ante el sectarismo contemporáneo. (El último trabajo intelectual de mi hermano cuya primera parte "La crónica" no quiso publicar mostrándoselo a Chocano), Consideraciones por Teodoro Elmore Letts, Lima, Perú, s/e, 1926.
- García Cantú, Gastón, "Vasconcelos, historia y política", Cruce de caminos, México, Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., 1985, pp. 15-34.
- Guisa y Azevedo, Jesús, Me lo dijo Vasconcelos..., México, Editorial Polis, 1965.
- Magdaleno, Mauricio, Palabras perdidas, México, FCE, 1956 (Col. Vida y Pensamiento).
- Ramírez y Ramírez, Carta de un joven a José Vasconcelos, México, Ediciones del C.C. de la Federación Juvenil Comunista de México, 1936.
- Reyes, Alfonso, "Adios a Vasconcelos", Memorias de la Academia mexicana correspondiente de la española, (Discursos Académicos), t. XVII, México, Ed. Jus, 1960, pp. 168-169.

Rivas Mercado, Antonieta, La campaña de Vasconcelos, Prólogo de Luis Mario Schneider, México, Eds. Oasis, 1981 (Col. Biblioteca de las Decisiones, 1).

Sierra, J. Carlos, José Vasconcelos: (Hemerografía 1911-1959), México, sobretiro del Boletín Bibliográfico de la SHCP, No. 311, 1965.

Skirius, John, José Vasconcelos y la cruzada de 1929, Traducción de Félix Blanco, México, Siglo XXI, 1978.

Torres Bodet, Jaime, Autobiografía. Tiempo de arena. Obras escogidas, México, FCE, 1961 (Letras Mexicanas); pp. 190-382.

Vasconcelos visto por la Casa Blanca, según los archivos de Washington, D.C., con una carta inédita, a manera de Prólogo de José Vasconcelos, Selección, traducción y comentarios de Joaquín Cárdenas N., México, s/e, 1978.

BIBLIOGRAFIA GENERAL:

Casasola, Gustavo, Historia gráfica de la Revolución Mexicana, 1900-1960, 4.t., Edición Conmemorativa, México, Trillas, 1960.

Copleston, S.J., Frederick, 17 History of Philosophy, 9 vol. in 3 books, Image Books, a Division of Doubleday & Co., Inc. Garden City, New York, 1985.

Educación pública en México a través de los mensajes presidenciales desde la consumación de la Independencia hasta nuestros días

(La), Prólogo de don J.M. Puig Casauranc, México, SEP, 1926. Elizondo, Salvador, Cuaderno de escritura, Universidad de Guanajuato, 1969.

Ferreira, João-Francisco, Capítulos de literatura hispanoamericana, Porto Alegre, Edições da Faculdade da Filosofia, Gráfica da Universidade, 1959.

Gamboa, Federico, Mi Diario, mucho de mi vida y algo de la de otros, varios tomos, Primera y segunda serie, México Ediciones Botas, 1907-1938.

- Diario de Federico Gamboa (1892-1939), Selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977 (El Hombre y sus Obras).

García Cantú, Gastón, El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962, México, Empresas Editoriales, 1965.

- El socialismo en México, México, ERA, 1969.

González Navarro, Moises, El porfiriato. La vida social, en Historia Moderna de México, Col. dirigida y con una "Cuarta llamada particular" por Daniel Cosío Villegas, México, Ed. Hermes, 1957.

Krauze, Enrique, Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1982.

- Puente entre siglos. Venustiano Carranza, Investigación iconográfica de Aurelio de los Reyes, Asistente de investigación: Margarita de Orellana, México, FCE, 1987 (Biografía del poder/5).

Labor internacional de la Revolución Constitucionalista (La), México, Srf. de Relaciones Exteriores, s/f (probablemente de 1918).

Martínez, José Luis/ Ramos, Samuel/ Larroyo, Francisco, et. al., México en la cultura, México, SEP, 1946.

Nietzsche, Friedrich, The Birth of Tragedy and The Genealogy of Morals, Transt. by Francis Golffing, New York, Doubleday Anchor Books, 1956.

- El eterno retorno. Así habló Zaratustra. Más allá del Bien y del Mal, Traducción, introducción y notas de Eduardo Ovejero y Mauri, 7a. ed., Argentina, Aguilar Eds., 1974 (Biblioteca Filosófica).
- Novo, Salvador, La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, México, Empresas Editoriales, 1964.
- La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho, México, Empresas Editoriales, 1965.
- La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán, México, Empresas Editoriales, 1967.
- Toda la prosa, México, Empresas Editoriales, 1964.
- Orozco, José Clemente, Autobiografía, México, Eds. Occidente, 1945.
- Paz, Octavio, México en la obra de Octavio Paz. II: Generaciones y Semblanzas. Escritores y letras de México, Edición de O. Paz y Luis Mario Schneider, México, FCE, 1987 (Letras Mexicanas).
- "Pintura mural", México en la obra de Octavio Paz, III: Los privilegios de la vista. Arte de México, Ibid., pp. 217-319.
- Ramos, Samuel, El perfil del hombre y la cultura en México, Buenos Aires-México, Austral, 1951.
- O.C., I: Hipótesis. El perfil del hombre y la cultura en México. Más allá de la moral de Kant. Apéndice, Prólogo por Francisco Larroyo, México, UNAM, 1975 (Nueva Biblioteca Mexicana, 41).
- Revolución y régimen constitucionalista, T. I. Documentos históricos de la Revolución Mexicana, publicados bajo la dirección de Isidro Fabela, México, FCE, 1960.

Reyes, Alfonso, Oración del 9 de febrero. (Breve noticia de los sucesos del 9 de febrero de 1913), Prólogo de Gastón García Cantú, México, ERA, 1963 (Col. Alacena).

-- Pasado inmediato, O.C., t. XII, México, FCE, 1960, pp. 175-278.

-- Posición de América, Prólogo por Martha Robles, México, CEESTEM/Nueva Imagen, 1982 (Col. Cuadernos Americanos, 2).

Robles, Martha, Educación y sociedad en la historia de México, México, Siglo XXI, 1977.

-- La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional, 2 t. México, Centro de Estudios Literarios/Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, t. I, 1985, t. II, 1986 (Letras del XX).

Rodríguez Lozano, Manuel, Pensamiento y pintura, Prólogo de Rodolfo Usigli, México, Imprenta Universitaria, 1960.

Russell, Bertrand, A History of Western Philosophy (and its Connection with Political and Social Circumstances from the Earliest Times to the Present Day), Simon and Schuster, New York, 15nd. printing, 1945.

Sierra, Justo, Obras completas, t. VIII: La educación nacional (Artículos, Actuaciones y Documentos), Ed. ordenada y anotada por Agustín Yañez, México, UNAM, 1948.

Silva Herzog, Jesús, Un ensayo sobre la Revolución Mexicana, México, Ediciones de Cuadernos Americanos, 1946.

-- Breve historia de la Revolución Mexicana, 2 vols., séptima reimpresión, México, FCE, 1973 (Col. Popular).

-- Una historia de la Universidad de México y sus problemas, México, Siglo XXI, 1974.

-- Biografías de amigos y conocidos, México, Ediciones de Cuadernos Americanos, 1980.

Taracena, Alfonso, La verdadera Revolución Mexicana. Sexta etapa (1918-1920), México, Ed. Jus, 1961 (Figuras y Episodios de la Historia de México, 93).

Valadés, José C., Historia del pueblo de México. Desde sus orígenes hasta nuestros días, 3 t., México, Editores Mexicanos Unidos; tomo III, 1967.

Varios autores, México, 50 años de Revolución, México, FCE, 1963.

Valbuena Prat, Ángel, Historia de la literatura española, 4 vols. 8ava. ed. corregida y ampliada, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1974.

-- Valbuena Briones, Ángel, Literatura hispanoamericana, t. V, de la Historia de la literatura española, 4a. ed, ampliada, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1969.

Zea, Leopoldo, El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia, la. reimp. de la 1a. ed. en un solo volumen, México, FCE, 1975 (Sección de Obras de Filosofía).

DICCIONARIOS

Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía de México, 4a. ed. corregida y aumentada con un suplemento, 2 t., México Porrúa, 1976.

Ferrater Mora, José, Diccionario de filosofía, 4 vols. Madrid, Alianza Editorial, 1979 (Alianza Diccionarios).

Ocampo de Gómez, Aurora M./Prado Velázquez, Ernesto, Diccionario de escritores mexicanos, "Panorama de la literatura mexicana" por Ma. del Carmen Millán, México, UNAM/Centro de Estudios Literarios, 1967.

- Santamaría, Francisco J., Diccionario de mejicanismos, México, Porrúa, 1959.
- Velázquez Bringas, Esperanza y Valle, Rafael Heliodoro, Índice de escritores, México, Talleres Gráficos de Herrero Hns. Sucs., 1928.
- Enciclopedia de México, Director José Rogelio Álvarez, 3a. ed., 12 vols., México, Enciclopedia de México, S.A., 1977.
- Encyclopaedia Universalis, 18 Corpus et 3 vol. Thesaurus Index, France, Encyclopaedia Universalis, 1985.
- The New Encyclopaedia Britannica, Micropedia: Ready Reference, Macropaedia: Knowledge in Depth, 29 vols., 15th. ed., plus Index and Britannica World Data, Printed in USA, 1986.
- Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente a la Española, tomo VII (1945), Edición facsímil, México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana/12, 1975.